This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

$B 283 431

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

Le Sage
" "

AVENTURAS

DE GIL BLAS

DE SANTILLANA,

Escritas en francés por M.r Lesage, y traducidas al castellano por el Padre José Isla.

NUEVA EDICION CORREGIDA.

TOMO I.

LIBRARY
UNIVERSITY

MADRID,
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
M. DCCCVII.

1307

812.6
H5i
V.1

DECLARACION

DEL AUTOR.

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caractéres viciosos ó ridículos que en él se censuran á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores que harán mal, y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal qual es; y no permita Dios que jamas sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se dará á conocer fuera de tiempo: *Stultè nudabit animi conscientiam*, dice Fedro.

No ménos en Francia que en España se usan médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Confieso que no siempre describí exâctamente las costumbres Españolas. Por exemplo: los que saben como viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasiadamente mitigados; pero creí deber hacerlo así, porque fuesen algo mas parecidos al mayor disimulo, ó sea civil hipocresía de los nuestros.

GIL BLAS DE SANTILLANA,

UNA PALABRITA AL LECTOR.

Antes de leer la historia de mi vida, escucha, lector amigo, un cuento que te voy á contar.

LICEA
OF
UNIVER

Caminaban juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentáron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansáron y mitigáron la sed, observáron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudiéron leer estas palabras castellanas: *Aquí está enterrada el alma del Licenciado Pedro García.*

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apénas leyó la inscripcion, quando exclamó riéndose á carcajada tendida: ¡gracioso disparate! *¿Aquí está enterrada el alma!* Pues que *¿una alma puede enterrarse? ¿Quién me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio?* Y diciendo esto, se levantó para irse. Su

compañero, que era algo mas juicioso y reflexîvo, dixo para consigo: *aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dexó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo y comenzó á socavar la tierra al rededor de la lápida, hasta que logró levantarla. Encontró debaxo de ella un bolsillo. Abrióle, y halló en él cien ducados, con estas palabras en latin: *Declárote por heredero mio, á tí, qualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió á poner la lápida como ántes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del Licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexîon á las instrucciones morales que se encierran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás lo *útil mezclado con lo divertido*, que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los exércitos de la Monarquía Española, se retiró al Lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por moza de cámara, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era Canónigo de aquella Iglesia. Llamábase Gil Perez, era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aquí

la *vera effigies* de mi tio. Por lo demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo qual le suministraba suficientemente la renta de su Prebenda.

Llevóme á su casa quando yo era aun niño, y se encargó de mi educacion. Parecíle desde luego tan despejado que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme baxo la férula de un preceptor, y me envió al Doctor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que había en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los Autores Griegos, y suficientemente los Poetas Latinos. Apliquéme despues á la Lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos, ó no conocidos, para proponerles qüestiones y argumentos. Encontrábame algunas veces con ciertas figuras Escocesas no ménos escolastizadas que yo, y entonces era indispensable disputar. ¡Qué voces! qué patadas! qué gestos! qué contorsiones! qué espumarajos en las bocas! Mas parecíamos energúmenos que Filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la Ciudad. A mi tio se le caía la baba, y

se alegró infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion, presto dexaria de tenerme sobre sus costillas. Díxome un dia: hola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto enviarte á la Universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dexarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero, y la mula que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No me podia mi tio proponer cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo: sin embargo supe vencerme y disimular mi alegría. Quando llegó la hora de partir, solo me mostré sensible al dolor de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enterneciόse el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leido ó penetrado lo que pasaba en el fondo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los quales no anduviéron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, ni mucho ménos tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme aren-

g[illegible] largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la Ciudad.

CAPITULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor, lo que hizo quando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.

Eteme aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de quarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dexar la mula á discrecion, esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéla las riendas sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría. Jamas me habia visto con tanto dinero junto. No me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, quando la mula alzó de repente la cabeza en ayre de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y exâminé lo que podia ser. Ví en medio del

camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *Señor pasagero, tenga Vmd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y ví al pie de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de Soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la qual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme extrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonticamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos tarines, los fuí echando poco á poco, y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los Cristianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el Soldado que yo lo hacia noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y me dió tantas gracias como yo espolazos á la mula para que quanto ántes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso baxo el gobierno de mi tio, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veía que aun no estaba

en Salamanca, y que me podian suceder otras [illegible]res. Parecióme que mi tio habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le pareceria que dándome su mula gastaria ménos en el viage; lo qual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me exponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenia la dicha de llegar á aquel Lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los Lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos ántes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflor, y me paré á la puerta de un meson, que tenia bella apariencia. Apénas eché el pie á tierra, quando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. El mismo desató mi maleta y mis alforjas; cargó con ellas, y me conduxo á un quarto, miéntras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar, sin necesidad, todas sus cosas, como curioso en informarse de las agenas. Díxome que se llamaba Andres Corzuelo, y que habia servido al Rey muchos años de Sargento, y que se habia retirado quince meses habia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Despues me dixo una infinidad

de otras cosas, que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. A todo lo qual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la qual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome que si queria vender mi mula, él conocia un mulatero, hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondíle que me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entrámos en el corral, donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del mulatero, que con grande atencion la exâminó de pies á cabeza. Púsola mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria

aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenia quantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿quánto pide Vmd. por su mula? Yo, que la daria de valde, despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me conduxo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díxome este que pensaba partir ántes de amanecer, y que él tendria cuidado de dispertarme. Quedámos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el qual en el camino me comenzó á contar toda

la historia del arriero. Encaxóme quanto se decia de él en la Villa, y me iba ya á aserrar con su inestancable habladuría, quando por fortuna le interrumpió un hombre de buena traza, que se acercó á él, y le saludó con mucha urbanidad. Dexélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson, pedí la cena. Era dia de viernes, y me con[illegible] á con huevos. Miéntras los disponian, trabé conversacion con la mesonera, que hasta entónces no se habia dexado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales muy desembarazados y vivos. Quando me avisáron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, he aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traía al lado un largo chafarrote. Acercóse á mí con cierto ayre alegre y apresurado: Señor Licenciado, me dixo, acabo de saber que vmd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la Filosofía. ¿Es posible que sea vmd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublíme, cuya reputacion es tan grande en todo este país? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estáis viendo la octava maravilla del mundo. Vol-

viéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello, escuse vmd., me dixo, mis arrebatos, no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apénas me dexaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dixe: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personages que nacen á veinte leguas en contorno. Vmd. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de sus siete Sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anthéo. Por poca experiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dexaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos parasitos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hiciéron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar con-

migo. Con mucho gusto, me respondió prontamente, ántes bien estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañía á vmd., comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar quánto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Traxéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia, conocí que presto daria cuenta de ella. Mandé que se hiciese otra, lo que se executó prontamente: pusiéronla en la mesa quando acabábamos, ó por mejor decir, quando mi huésped acababa de engullirse la primera. Sin embargo comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadia incesantemente alabanzas sobre alabanzas, las quales me sonaban bien, y me hacian estar muy contento de mi personilla. Bebia freqüentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto no correspondia yo mal á sus repetidos brindis;

con lo qual y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que segun todas las apariencias se entendia con el pe-
tardista, respondió: tengo una excelente trucha, pero costará caro á los que la coman, y es bocado demasiadamente ágrio para vmd. ¿Qué llama vmd. *demasiadamente ágrio?* replicó mi adulador. Trayga vmd. la trucha, y descuide de lo demas. Ningun bocado, por costoso que sea, es ágrio para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un Príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto ayre las últimas palabras del mesonero, en lo qual no hizo mas que prevenirme. Díme por ofendido, y dixe con enfado al mesonero: venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del parasito, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez ni mas ni ménos como se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comedia. Señor Gil Blas, me dixo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo

bien que vmd. me ha tratado, que no le puedo dexar sin darle un importante consejo de que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie siempre de todo hombre que no conozca, y esté siempre muy sobre sí para no dexarse engañar de las alabanzas. Podrá vmd. encontrarse con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea vmd. su hazme-reir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis bigotes, y volvióme las espaldas.

Sentí tanto esta burla, como qualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¡Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! Pues qué! ¿solamente buscó al mesonero para sacarle el gusano de la nariz, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la qual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dexase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos,

y encendido en cólera, me encerré en mi quarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apénas habia cerrado los ojos, quando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y miéntras me estaba vistiendo, vino Corzuelo con la memoria del gasto, en la qual no se olvidaba la trucha; y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que miéntras le estaba contando el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pesado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parasito, al mesonero y al meson.

CAPITULO III.

De la tentacion que tuvo el Arriero en el camino, en qué paró; y como Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho, ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un mozuelo ciudadano de Astorga, y una moza del

Vierzo, con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó dónde iba, y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan negra y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso, sus pocos años y su robustez inclináron hácia ella al arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la execucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hízonos apear en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia muy bien que era un hombre callado y amigo de complacer. Dispuso que nos conduxese á un quarto muy retirado, donde nos dexó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando, y blasfemando, y mirándonos á todos con ojos centelleantes: ¡Vive Dios! dixo, que me han hurtado cien doblones que traía en una bolsa de cuero, y por Jesu-Cristo que han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al Juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un ayre muy natural, nos volvió apresurada y broncamente las espaldas, dexándonos atónitos, y mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podíamos conocer bien: ántes desde luego sospeché yo que

el ladron seria el muchacho de coro, así como él quizá sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabíamos las formalidades que preceden en semejantes casos ántes de llegar á la prueba del tormento, y desde luego creimos que se habia de comenzar por aquí. Poseídos, pues, de esta aprension, precipitadamente nos salímos del quarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto, para salvarse cada qual como pudiese; y el novio de Astorga, turbado con la idéa del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entónces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y muy alegre porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el quarto donde estaba la novia, haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion; pero aquella Lucrecia Asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba, y quál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido: no obstante se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al quarto de la persona que gritaba. Conoció luego el Alférez el negocio de que se trataba, y como era hombre

grosero y brutal, regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mangon de su alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto: echó mano del delinqüente, y le conduxo á la presencia del Juez, juntamente con la agraviada delatora, que absolutamente quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el Juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia escusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto que le despojasen y que en su presencia le diesen doscientos azotes; y ordenó despues que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, gané prontamente la campaña, y atravesando campos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué finalmente á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él, y á esconderme en el mas erizado matorral, quando me ví de repente con dos hombres á caballo que se paráron delante de mí. ¿Quién va allá? dixéron; y como el miedo y la sorpresa no me dexáron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, que les dixese quién era, de dónde venia, y qué iba yo á hacer

en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber donde esconderme. Diéron una grande carcaxada quando oyéron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dixo: no tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondrémos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envaynámos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá tambien asesinado. Quizá serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegámos finalmente al pie de una colina, donde nos apeámos. Aquí hemos de dormir, dixo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á todas partes, no veia casa, choza ó cabaña, ni la mas mínima señal

de habitacion, quando ví que aquellos dos hombres alzáron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada, que ocultaba una larga entrada soterránea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dexáron resbalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hiciéron entrar con ellos, y dexáron caer la trampa con unas cuerdas que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y he aquí al digno sobrino de mi tio el Canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.

CAPITULO IV.

Descripcion de la cueva soterránea y de lo que vió en ella Gil Blas.

Entónces conocí entre qué especie de gentes me hallaba yo, y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Dí por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados: y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, quando advirtiendo ellos mismos que de pies á cabeza iba temblando, me exhortáron con la mayor dulzura, pero inútilmente, á que depusiese todo temor. Habríamos caminado

como unos doscientos pasos, siempre baxando, y siempre caracoleando, quando entrámos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóveda. Habia en ella una buena provision de paja y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella comodamente hasta veinte caballos, pero á la sazon solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo, pero en la traza fornido y vigoroso. Salímos de la caballeriza, y á la triste luz de otras lámparas, que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegámos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera, porque es menester que la describa, era una persona de sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Quando moza, eran sus cabellos de un rubio extraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceytunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta; y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dixo uno de los caballeros,

presentándome á aquel bello ángel de tinieblas, mire este mocito que la traemos: y volviéndose despues á mí, y viéndome pálido y consumido, me dixo: vuelve, querido, en tí, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Teníamos necesidad de un moso que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera. Te encontrámos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias ha, porque era de delicada complexion. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás ya á ver el sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás quantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz, y me ordenó que le siguiese. Llevóme á una bodega, donde ví una infinidad de botellas, y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos exquisitos. Hízome pasar despues por muchos quartos, unos atestados de piezas de lienzo muy delicadas, otros de ricos paños y telas de lana y seda. En este habia gran cantidad de plata y oro; en aquel igual ó mayor porcion de vaxilla en diferentes armarios. Seguíle despues á un gran salon que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros quartos que se comunicaban con él. Aquí me hizo nuevas preguntas, es á saber, cómo me

llamaba, y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisfice su curiosidad: ahora bien, Gil Blas, me dixo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun puesto, parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho: aquí vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad. Tal es este soterráneo, que aunque venga cien veces á este bosque la Santa Hermandad, nunca dará con él. La entrada solo la conozco yo y mis camaradas. Acaso me preguntarás ¿cómo hemos podido nosotros fabricar este soterráneo sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos? Pero has de saber, amigo mio, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los Moros se apoderáron de Granada, de Aragon, y de casi toda España, los cristianos que no se quisiéron sujetar al yugo de los infieles, huyéron, y se ocultáron en este país, en Vizcaya y Asturias, adonde se retiró tambien el valiente Don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas: unos escondidos en cavernas, y otros en soterráneos, que ellos mismos fabricáron, y este es uno de tantos. Despues que afortunadamente arrojáron de España á sus enemigos, se volviéron á sus ciudades, villas y lugares; y desde entónces los soterráneos sirviéron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la Santa Hermandad ha descubierto y des-

truido algunos; pero todavía han quedado muchos, y yo, gracias al Cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el Capitan Rolando, soy el xefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

CAPITULO V.

Del arribo de otros ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuviéron entre sí.

No bien habia dicho estas palabras el Capitan, quando apareciéron en el salon seis caras nuevas, que eran su Teniente, y otros cinco de la gabilla. Venian cargados de presa. Traían dos grandes zurrones llenos de azucar, canela, almendras y pasas. El Teniente, dirigiéndose al Capitan, le dixo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurrones, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en el despacho, se entregó en la despensa la hacienda del especiero. Hecho esto, se trató de cenar y de alegrarse. Preparáron en el salon una gran mesa, y á mí me enviáron á la cocina, para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así; y disimulando mi sentimiento, me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del excelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocupáron sus asientos. Comenzáron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El Capitan en pocas palabras les contó mi historia de Cacabelos, con la qual se divirtiéron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oir mis elogios sin peligro. Conviniéron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el nectar á aquellos Dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebe.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los quales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusiéron todos de buen humor, y comenzáron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpia con un chiste ó con una frialdad; este grita, aquel canta, y en fin ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena en que él ponia mucho de su parte, pero

todo inútilmente, levantó la voz, é impuso silencio á la compañía. Señores, les dixo, atencion á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos, nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde venímos á abrazar esta profesion. Con todo me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no ménos para nuestra diversion, que para nuestro gobierno. El Teniente y los demas, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptáron con grandes demostraciones de alegría la proposicion del Capitan, el qual comenzó á hablar en estos términos.

Ya saben ustedes, Señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi madre quiso criarme con su propia leche. Vivia entónces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al Rey muchos años, y no se embarazaba en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en sus brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis

primeros años, me los dexáron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias, hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez, no aprendia á leer ni escribir, mas no por eso perdia el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia perfectamente los naypes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones; quando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los quales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban ménos mi agudo ingenio, quando valiéndome de la libertad que tenia para decir quanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ú derecho todo lo que me ocurria. Entónces mi madre me sufocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre: siempre que me oia algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura exclamaba: ¡oh qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no recelaba hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en los doce años, y aun no tenia ningun maestro. Diéronme finalmente uno;

pero mandándole expresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitiéron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvióme de poco esta permision, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creían á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fuí á quejar del maestro porque me habia desollado; inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oidos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra, que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presentáron uno como le deseaba, y me convenia para acabarme de perder. Era un Bachiller de Alcalá; ¡excelente maestro para un hijo de familia! Era dado á las mugeres, al juego y á la tabernilla. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los quales me entregáron enteramente á su gobierno. No tuviéron de qué arrepentirse, porque en breve tiempo, y desde luego me perficionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su di-

version, me inspiró de tal manera el gusto que á excepcion del latin, en lo demas era y un muchacho universal. Quando vió que ya n tenia necesidad de sus preceptos, fué á ense ñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, quando comencé á se dueño de mis acciones, tuve sin duda mayo libertad. En el centro de mi familia fué donde dí las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, quanto eran mas vivas y mas intolerables. Miéntras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habíamos me- nester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa todo lo que podia; y quando esto no alcanzaba, nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del Corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á exercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entónces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion, á pesar de los peligros que estan anexos á ella.

Quando el Capitan acabó de hablar, el Teniente tomó la palabra, y dixo así: Señores, una

educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produxo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fué carnicero en Toledo, y el hombre mas brutal que habia en toda la ciudad; mi madre no era mas dulce que su marido. Desde mi niñez me comenzáron á azotar á qual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Quando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponia de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiráron tanta aversion á la casa paterna, que ántes de cumplir los catórce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon, y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enebréme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á coger su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y

queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *Caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto Ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que ponian en contribucion á los pasageros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entónces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas dulce, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, quando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro Teniente.

Señores, dixo entónces un ladron que estaba sentado entre el Teniente y el Capitan, las historias que acabamos de oir, no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una paisana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavía moza, bien parecida, aseada, y muy robusta, la buscáron para que diese leche á cierto niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la proposicion, y fué á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apénas se vió con él en su aldea, quando observó que él é yo éramos algo parecidos; y esta observacion la excitó el pensamiento de trocarnos,

con la esperanza de que con el tiempo la agradeceria yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó la superchería. De suerte, que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de Don Diego de Herrera fué enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre baxo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del Caballerito fácilmente se dexáron engañar. No tuviéron la mas mínima sospecha de la pieza que les habian jugado, y hasta los siete años me tuviéron siempre en sus brazos: y siendo su intencion hacerme un caballero completo, me diéron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor: yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los exercicios que me enseñaban, y mucho ménos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa, yéndolos á buscar en la caballeriza y en la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Haciala el amor con tan poca cautela, que hasta el mismo Don Ro-

drigo lo conoció. Reprehendióme agriamente, afeándome la baxeza de mis inclinaciones; y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de su casa á mi Dulcinéa.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé todas sus pedrerías á la muger de Don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya; saquéla de ella á la mitad del dia, para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra, donde nos casámos solemnemente, así por dar este despique mas á los Herreras, como por dexar á los hijos de familia un exemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio, supe que Don Rodrigo habia muerto. No fuí insensible á esta muerte. Partí prontamente á Sevilla para apoderarme de su herencia, pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre ya no existia, y ántes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho en presencia del Cura, y de otros varios testigos. El hijo de Don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegría, quanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, baxo cuya disciplina di principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya, diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta Religion muy austera, de la qual habia apostatado algunos años despues. En fin todos los ocho ladrones habláron por su turno; y quando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudáron luego de conversacion, y propusiéron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los quales tomáron su resolucion, y se fuéron á la cama. Encendiéron todos sus velas, y cada uno se retiró á su quarto. Yo seguí al Capitan Rolando hasta el suyo, y miéntras le ayudaba á desnudar, ahora bien, Gil Blas, me dixo, ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tédio, ni á la envidia. Jamas se oye aquí discordia, ni disencion: estamos mas unidos que los Frayles. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable; pues no te tengo por tan tonto, que te dé pena el vivir entre ladrones.

CAPITULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas, y suceso de su tentativa.

Despues que el Capitan de vandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió

en la cama: yo levanté la mesa, y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina, donde Domingo (así se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no sentia hambre, me puse á la mesa. No podia atravesar bocado; y viéndome tan triste, como era regular estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuían mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja; ántes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo, y pareces dócil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones, quando aquí está segura tu inocencia. Tiene razon la señora Leonarda, dixo el viejo negro con una voz muy grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me serviria el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fué á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me conduxo á un zaquizamí, que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde ví un lecho, que mas parecia tumba que cama. Este es tu quarto, me dixo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo, cuya plaza tienes el honor

de ocupar, durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debaxo de ella: él se dexó morir en la flor de su edad; no seas tú tan simple que imites su exemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna, y volvióse á su cocina. Puse la lámpara en tierra, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, quanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡Oh Cielo! exclamé: ¿habrá situacion mas infeliz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del Sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, y á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia venido á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la Justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento ántes de verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos llantos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué, me decia yo á mí mismo, será por ventura imposible encontrar modo para escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: miéntras todos estén profundamente dormidos, ¿no podré yo á

favor de esta linterna hallar el camino por donde baxé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada; pero probarémos. No quiero omitir nada de quanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion, me levanté quando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi camarote, y me encomendé á todos los Santos del Cielo. No dexó de costarme algun trabajo el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí marchando, y acercándome á la trampa con cierta alegría mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas que apénas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento, que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo no dexé de probar si podia abrir el candado. Exâminé la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, quando de repente me aplicáron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Dí un grito que resonó en toda la caverna; y mirando atras ví al maldito negro en camisa con una linterna sorda en una mano, y con el

instrumento de mi suplicio en la otra. ¡Ola, bribonzuelo! me dixo: ¿querias escaparte? no, amigo, no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Quando atrapamos á alguno, le guardamos aquí, mal que le pese; y si logra escaparse, ha de ser mas ladino que tú.

Miéntras tanto, al grito que yo habia dado despertáron tres ladrones, los quales se levantáron y vistiéron á toda priesa, creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamáron á los demas, que en un instante se pusiéron en pie. Toman sus espadas y carabinas, y medio desnudos acuden adondè estábamos Domingo é yo. Pero luego que se informáron ó entendiéron el orígen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcaxadas. ¿Cómo así, Gil Blas, me dixo el ladron apóstata: no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias, si fueras Cartuxo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volviéron á sus quartos; el viejo negro muy glorioso de su expedicion se recogió á su caballeriza, é yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

CAPITULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.

Los primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me devoraba; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á parecer ménos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayéron en la red, y creyéron bûenamente que ya el páxaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgáron los ladrones. Mostrábame muy alegre quando les daba de beber, y de quando en quando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dixo el Capitan en cierta ocasion en que yo hacia del gracioso, has hecho bien en echar á pasear la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honráron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasion: Señores, les dixe, permítanme ustedes que les descubra mi corazon. Desde que

estoy en su compañía no me conozco á mí mismo; paréceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado vuestro espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas expediciones. Todos aplaudiéron este discurso, y alabáron mi buena voluntad; pero unanimemente conviniéron en que me dexarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme, y en exercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy mortificado, porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en algunas de sus correrías se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenia vivo. Sin embargo el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orféos para encantar á aquel Cerbero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor circunspeccion, porque el Negro era ladino, y observaba

mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Así pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescrito para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al Cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dixo á sus camaradas: Caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendrémos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger los laureles en los caminos reales: nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformáron con el parecer de su Capitan, y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensáron de servirles. Restituyéron á la señora Leonarda en el empleo que ántes tenia, y de que la habian exônerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodáron todos los despojos de un Caballero que acababan de robar: despues de lo qual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPITULO VIII.

Acompaña Gil Blas á los ladrones, y empieza su expedicion en los caminos reales.

Hacia el fin de una noche de Setiembre salí del soterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada, y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian cogido al Caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la obscuridad, quando amaneció no podia sufrir la luz, pero poco á poco se fuéron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasámos por cerca de Ponferrada, y nos metímos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, quando descubrímos un Religioso montado en una muy mala mula. ¡Bendito sea Dios! exclamó sonriéndose el Capitan: he aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á exâminar el bolsillo de aquel Frayle: verémos cómo se porta. Todos los camaradas conviniéron efectivamente que aquella comision era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, Señores, dixe, que quedaréis contentos. Voy á despojar á aquel Padre, á dexarle tan desnudo como la mano,

y traer aquí su mula. Eso no, dixo Rolando, no merece la pena: alíviale solamente de bolsillo, y traelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y enderecéme hácia el Religioso pidiendo al Cielo que me perdonase la accion que iba á executar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparian ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á exponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al Padre, y pedíle la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Detúvose un poco á considerarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: muy moza eres, hijo mio, me dixo con voz melosa y bastantemente entera, y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrara haberle empezado mas presto. ¡Ah querido! me replicó el buen Religioso, que no podia comprehender el sentido de lo que yo hablaba, ¿qué es lo que dices? ¡Oh qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. Oh, Padre mio, le interrumpí con precipitacion, no se tome ese trabajo, y déxese de moral, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero, y no sermones. ¡Dinero! me dixo, muy maravillado. Mal conoces la caridad de los Espa-

ñoles, si crees que las personas de mi profesion y mi carácter lo necesitan para viajar. En todas partes nos reciben y hospedan honradamente, nos tratan muy bien; y quando partimos, solo nos piden nuestras oraciones. En fin nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos abandonamos enteramente á la Providencia. Pero al fin, Padre mio, concluyamos. Mis compañeros me estan esperando en aquel bosque: eche prontamente la bolsa en tierra, ó sino le mato.

A estas palabras que pronuncié colérico, y amenazándole, el buen Religioso mostró temer por su vida. Espera, me dixo, que voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa; veo que con vosotros es inútil toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debaxo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dexó caer en el suelo. Díxele entónces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió quatro espuelazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia, pareciéndome tan caroña como la de mi tio; y la bestia, dándose por entendida al caritativo aviso, comenzó desde luego á tomar un buen trote. Apénas el Frayle se alejó de mí, quando me apeé; recogí el bolson, que pesaba mucho, y volví á ganar el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apénas me diéron lugar de apearme,

segun se apresuraban en abrazarme. Animo, Gil Blas, me dixo Rolando, has hecho maravillas. Durante tu expedicion no apartámos los ojos de tí; observé tu firmeza, tu resolucion, con todos tus movimientos, y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heróico ladron y el terror de los caminos reales. El Teniente y los demas aplaudiéron la prediccion, asegurando que no podia dexar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para desempeñarle.

Despues que alabáron tanto mas, quanto ménos lo merecia la villana accion que habia hecho, les vino la curiosidad de exâminar la presa. Veamos, dixéron, qué contiene la bolsa del Religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos Padres no viajan como peregrinos. Desatóla el Capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei*, y con algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorumpiéron en tan descompasadas carcaxadas, que pensáron reventar de risa. ¡Vive Dios! exclamó el Teniente, que todos debemos estar muy obligados al señor Gil Blas. El primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada se siguiéron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divirtiéron con mil impias truhanerías sobre la ma-

teria, diciendo cosazas que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el Capitan me dixo: aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con Frayles, porque son mas finos y mas chuscos que tú.

CAPITULO IX.

Del serio lance que se siguió á la aventura del Frayle.

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia sin haber visto pasagero alguno que supliese el chasco que nos habia dado el Religioso. Salímos en fin para restituirnos á nuestro soterráneo, persuadidos á que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavía daba materia á la conversacion y á las chufletas, quando descubrímos á larga distancia un coche tirado de quatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para consultar lo que se habia de hacer; y la resolucion fué que se les atacase. Pusímonos todos en órden, segun la disposicion del Capitan, y marchámos en batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en

el bosque, se apoderó de mí un universal temblor, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del Capitan y del Teniente, que de propósito me pusiéron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí, me miró con ojos torvos, y me dixo en voz bronca : oyes, Gil Blas, trata de hacer tu deber, porque te advierto que si te acobardas, con un pistoletazo te levanto la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido á que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso : y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entretanto el coche y los Caballeros se nos venian acercando. Desde luego conociéron la casta de páxaros que éramos, y adivinando nuestro intento, por la ordenanza y postura en que nos veían, se paráron á tiro de fusil. Todos estaban armados; y miéntras se disponian á recibirnos, saltó de la carroza un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los tres. Aunque eran solos quatro contra nueve, se avanzáron á nosotros con tal brio, que se aumentó mucho mi miedo y mi temor. No por eso dexé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de

mi cuerpo; como si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasáron, quando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veía; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo que verdaderamente me sacó fuera de mí. Todo lo que yo puedo decir es, que despues de un gran ruído de mosquetadas y carabinazos, oí gritar á mis camaradas: *victoria! victoria!* Al oir esta aclamacion, se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y ví tendidos en el campo los cadáveres de los quatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por sus insulsas y frias gracias sobre los escapularios y medallas. Otro recibió una bala en la rodilla derecha; y el Teniente fué tambien herido, pero muy ligeramente, pues el golpe apénas hizo mas que lamerle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, vió dentro una dama de veinte y quatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en sí. Miéntras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa. Lo primero que hicimos fué asegurarnos

de los caballos que habian servido á los muertos, porque espantados con los tiros se habian descarreado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecièron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echámos pie á tierra para desprenderlas de los tirantes, y las cargámos con las maletas que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la dama por órden del Capitan, la qual aun no habia recobrado sus sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dexando en el camino el coche y los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la dama, las mulas, los caballos y preseas.

CAPITULO X.

De qué modo se portáron los vandoleros con la Señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y suceso que tuvo.

Llegamos á la cueva una hora despues de haber anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo Negro hacia tres dias que estaba en cama, rendido á los dolores de la gota, y á un fiero reumatismo que apénas le dexaba libre mas

que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias. Dexámos aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina para cuidar de la dama que estaba rodeada de las sombras de la muerte. Hicímoslo tan bien que lográmos volviese del desmayo. Mas quando recobró sus sentidos; y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á una viva fantasía, todo se veía pintado en sus ojos que levantaba al Cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entónces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temiéron que iban á perder aquella preciosa presa. El Capitan, pareciéndole mejor abandonarla á sí misma que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dexándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasámos nosotros al salon, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció las heridas del Teniente y de su compañero, y les aplicó no sé qué bálsamo. Hecha esta operacion, se pasó al exámen de lo que habia en las maletas. Halláronse algunas llenas de telas y de encaxes, otras de vestidos, y la última que se registró contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Con-

cluido este exámen, la cocinera puso la mesa y sirvió la cena. Desde luego cayó la conversacion en nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dixo: confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo, ántes bien lo confieso de buena fé; pero déxenme vmds. hacer dos ó tres campañas, y entónces se verá si sé pelear como un Paladin. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo: se le debe perdonar, porque la accion fué muy viva; y para un mozo que jamas habia visto el fuego, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habíamos traido, y resolvióse que el dia siguiente iríamos todos á venderlos en Mansilla, donde verisímilmente no habria llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto, acabámos de cenar, y nos fuimos á la cocina para ver á la pobre dama. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apénas se percibia en ella un leve soplo de vida, algunos ladrones no dexaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos, si el Capitan no los hubiera contenido, representándoles que á lo ménos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la hacia poco ménos que insensible. El respeto que tenian al Capitan refrenó su incontinencia. Sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la dama, y aun despues de su muerte no estaria seguro su honor.

Dexámos en tan triste situacion á aquella infeliz

Señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retirámos cada qual á nuestro quarto. Por lo que á mí toca, apénas me acosté, quando en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre Señora. No dudaba que fuese una persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser su suerte mas deplorable. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan vivamente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, despues de haber llorado su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en librarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el Negro no se podia mover á causa de sus dolores, y que la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me recalentó la imaginacion, y me hizo concebir un proyecto que digerí muy bien, y despues dí principio á su execucion en la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde luego en ayes y en gemidos: pasé despues á levantar la voz, dando gritos y dolorosos alaridos. Dispertáron al ruido los compañeros, acudiéron todos á mi quarto, y me preguntáron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo una horrible cólica, y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome estrañamente. Hecho esto,

de repente me quedé muy tranquilo y sosegado; como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolverme en la cama, y á retorcerme los brazos. En una palabra, representé con tanta destreza mi papel, que los ladrones, no obstante ser tan finos y tan astutos, se dexáron engañar, y creyéron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Así pues, todos se diéron la mayor priesa á socorrerme. Uno me traía una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad; otro, á pesar mio, me aplicaba una lavativa de aceyte de almendras dulces; otro iba á calentar servilletas, y casi abrasando me las ponia sobre la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuían mis clamores á la violencia del cólico, y me hacian sufrir dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin, no pudiendo ya sufrir mas, me vi obligado á decir que ya no sentia retortijones, y que no necesitaba de remedios. Cesáron de fatigarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á socorrerme.

Duró esta escena casi tres horas; y los ladrones juzgando que ya no podia tardar de venir el dia, partiéron todos á Mansilla. Mostré gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitiéron. No, no, Gil Blas, me dixo Rolando, quédate aquí, hijo mio, porque te podria repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por

hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida, y lo hice con tanta naturalidad que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partiéron, lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes, entré en cuentas conmigo, y me decia á mí mismo: ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran resolucion. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en parage de oponerse á tu gloriosa empresa. Leonarda no te puede impedir su execucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamas otra tan favorable. Estas reflexiones me llenáron de aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama · vestíme, tomé mi espada y mis pistolas, fuíme derecho á la cocina; pero ántes de entrar en ella, habiendo oido hablar á Leonarda, me detuve, y apliqué el oido para entender lo que hablaba. Discurria con la dama desconocida, que habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprehendiendo entónces todo su infortunio, lloraba amargamente, faltando poco para desesperarse. Llora, hija mia, la decia ella, y llora todo quanto puedas: no reprimas los suspiros, y da libertad á los sollozos; con eso te desahogarás. Es cierto que parecia peligroso el accidente; pero ya que rompiste en llorar, no hay que temer. Así que se haya mitigado tu dolor, que poco á poco se desvanecerá, te acostumbrarás á vivir

bosque, y entrar en una llanura donde nos encontrámos con varios caminos. Seguímos uno á la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entrámos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson, y ordené luego que guisasen una liebre, y asasen una perdiz. Miéntras esto se disponia, conduxe la dama á un quarto, donde comenzámos á discurrir, lo qual no habíamos podido hacer en el camino, por la priesa con que viajámos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que la habia hecho, diciéndome que á vista de una accion tan generosa, no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames, de cuyo poder la habia libertado. Contéla entónces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus infortunios, como lo hizo de la manera que se dirá en el Capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

Historia de Doña Mencía de Mosquera.

Nací en Valladolid, y mi nombre es Doña Mencía de Mosquera. Mi padre, Don Martin, Coronel de un Regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del Rey. Dexóme pocos bienes, y consiguientemente aunque era única no podia pasar por una gran conveniencia. Mas sin embargo de mi escasa fortuna no me faltaba pretendientes. Muchos Caballeros de los mas principales de España solicitáron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fué Don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y ayroso de todos; y ademas otras prendas muy sólidas me determináron á su favor. Era discreto, entendido y valiente, acompañando á esto lo muy comedido, atento, pundonoroso, y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso ni mas diestro. En las justas era la admiracion de todos su despejo, su entereza, habilidad y valor. Finalmente lo preferí á sus contrarios, y le concedí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en cierto sitio retirado con Don Andres de Baeza, que habia sido uno de sus an-

tiguos competidores conmigo. Picáronse los dos, sacáron las espadas, y costó la vida á Don Andres. Era este sobrino del Corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello; y por consiguiente juzgó Don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dixo: querida Mencía, es indispensable separarnos. Ya conoces al Corregidor: me perseguirá vivamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y así no estoy seguro en el Reyno. No le permitió decir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Tendióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos así gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, confundiéndose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo: arrancóse de mí, partió y dexóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo! si el exceso del dolor me hubiera quitado la vida. ¡Qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues que habia partido D. Alvaro, supo su fuga el Corregidor. Hizo que le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Engañólas todas mi esposo, y púsose en seguro. Viéndose el Juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre cuya sangre quisiera haber podido beber, confiscó quanto pertenecia á Don Alvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion,

que apénas tenia lo necesario para subsistir. Comencé á retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de qualquiera parte del mundo donde se hallase, procuraria informarme de su suerte. No obstante se pasáron siete años sin haber oido hablar de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin, que combatiendo por las armas de Portugal en el reyno de Fez, habia perdido la vida en una batalla. Así me lo refirió un hombre recien venido de Africa, asegurándome que conocia perfectamente á Don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el exército Portugués, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas vivo de la accion. A esto añadió otras circunstancias que me acabáron de persuadir que ya no existia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid Don Ambrosio Mesia Carrillo, Marques de la Guardia. Era uno de aquellos Señores entrados en edad, que por sus galantes y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años, y consiguen aprecio entre las damas. Casualmente le refiriéron la historia de Don Alvaro, y con esta ocasion oyó hablar de mí en términos que entró en mucha gana de verme. Para contentar su curiosidad

se valió de una parienta mia, en cuya casa
encontró. Vióme, y quedó prendado de mí
pesar de la impresion de dolor que reparó
mi semblante. ¿Pero qué digo *á pesar?* qui
lo que mas le tocó fué el mismo ayre triste
melancólico y lánguido en que me veía, pr
viniéndole en favor de mi fidelidad. Mi m
lancolía pudo ser la causa de su amor. Por e
me dixo mas de una vez, que me miraba com
un prodigio de constancia, y que envidiaba
suerte de mi marido por desgraciada que fues
En una palabra, quedó tan pagado de mí, qu
no necesitó verme segunda vez para tomar
resolucion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedi
mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y m
representó que habiendo dado mi esposo fin
su carrera en el reyno de Fez, no era razon qu
estuviese enterrada por mas tiempo; que habi
llorado ya sobradamente á un hombre cuy
compañia habia gozado por solos pocos mo
mentos; que debia no malograr la ocasion qu
se presentaba, y que seria la muger mas feli
y mas contenta del mundo. Aquí ponderó l
nobleza del Marques, sus grandes bienes, y
su amabilísimo carácter. Pero por mas qu
empleaba su eloqüencia en hacerme palpable
las ventajas que hallaria yo en aquel par-
tido, no me pudo persuadir; no ya porque
dudase de la muerte de Don Alvaro, ni por
el miedo de volverle á ver quando ménos lo

pensase. Lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó por mejor decir, mi repugnancia á segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia experimentado en el primero. En virtud de esto no desconfió ni se acobardó, ántes bien interesada ya por Don Ambrosio aumentó sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del Marques. Comenzáron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no malograse tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada dia, y no fué esto lo que ménos contribuyó á dexar vencer mi resistencia.

No pude pues defenderme mas tiempo; rendíme en fin á tan repetidas porfías, y caséme con el Marques de la Guardia, el qual el dia despues de la boda me conduxo á una bellísima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Grajal y Rodillas. Desde luego concibió por mí un amor violento. Observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de darme gusto. Estudiaba en prevenir todo quanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamas amante alguno aplicó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á Don Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á Don

Alvaro. Pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á segunda pasion. La memoria de mi primer esposo hacia inútiles todos los esfuerzos del segundo por hacerse amar de mí. No podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y expresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion, quando un dia asomándome á una ventana que caía hácia el jardin, ví en él un Labrador que me miraba con particular atencion. Túvele por el criado del Jardinero, y por entónces no hice caso de él; pero al dia siguiente habiéndole visto en el mismo sitio, me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me dió golpe. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró que descubria en él algunos rasgos y alguna idéa del desgraciado Don Alvaro. Esta aparicion excitó en todos mis sentidos una turbacion inexplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entónces con Inés, la criada de mi mayor confianza. Descubríla la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenaos, Señora, me dixo, y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aquí con el disfraz de Labrador, pues ni se hace creible que aun viva. Yo misma, añadió, voy ahora al jardin á ver á ese hombre, y me informaré quién es: volveré en un momento á desengañaros. Partió al jardin, y un instante des-

pues la veo entrar en mi quarto muy alterada: Señora, me dixo, vuestra sospecha fué demasiadamente bien fundada. El hombre que vísteis en el jardin es verdaderamente el mismo D. Alvaro. Luego se me descubrió, y desea veros á solas.

Podia recibirle entónces, porque el Marques habia partido á Burgos, y así dixe á Inés que le conduxese á mi quarto por una escalera secreta. Ya se dexa conocer la agitacion en que me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme quanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Así él como Inés me socorriéron prontamente, y despues que volví del desmayo: tranquilizaos, Señora, me dixo Don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pediros cuenta de la fé que me jurásteis, ni á calificar de delito el segundo empeño que contraxísteis. Sé muy bien que todo fué movido por vuestra parentela, y tampoco ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, quanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de..... ¡Ah, Don Alvaro! le interrumpí

yo anegada en llanto: ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa puesto que vivis. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba ántes de desposarme con D. Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendria á lo ménos el consuelo de veros sin sonrojarme.

Amada Mencía, replicó Don Alvaro en un tono que mostraba bien quánto le habian penetrado mis lágrimas, yo no me quejo de tí, ántes bien léjos de darte en cara con la brillantez en que te veo, juro que doy al Cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fué una cadena de desdichas, y por colmo de ellas nunca me fué posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor, se me representaba continuamente la fatal situacion á que yo te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía nadando en lágrimas. Esta consideracion era el mayor de mis tormentos. Confieso que algunas veces reputaba por delito la fortuna de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á qualquiera otro de mis competidores, quando hacia reflexion á lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Miéntras tanto, despues de siete años de esclavitud, encendido mas que nunca en amor, quise absolutamente volver á verte. No pude resistir á tan amoroso como vivísimo deseo, y conseguida mi libertad, volví á Valladolid disfrazado en este trage á riesgo

de ser conocido y descubierto. Allí me informé de todo, y vine á este Castillo, donde hallé modo de introducirme con el Jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que tomé para lograr el consuelo de hablarte secretamente. No te imagines que con mi residencia aquí vengo á turbar la felicidad que gozas. Amote á tí mas que á mí mismo. Respeto tu reposo, y acabada esta conversacion, parto léjos de este sitio á poner fin á mis tristes dias que sacrifico á tu amor.

No, Don Alvaro, no, exclamé al oirle estas palabras; no sufriré que segunda vez me abandones: quiero partir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar. Creeme á mí, Mencía, me replicó, vive con Don Ambrosio, y no quieras asociarte á mis desdichas; dexa que cargue yo solo con todo su peso. Añadia á esta otras razones semejantes; pero quanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, ménos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle, mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dixo: Mencía, pues todavía amas tanto á Don Alvaro, que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del Reyno de Galicia, donde hallarémos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitáron todos mis bienes, no me hiciéron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que

me han puesto en estado de poder sacarte de esta casa, y llevarte á la de tu único y verdadero marido. Con este fin compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traygo por compañeros á tres amigos Gallegos resueltos y valerosos. Todos estan armados de carabinas y pistolas, y todos con el equipage esperan mi aviso en el Lugar de Rodillas. Aprovechémonos de la ausencia de Don Ambrosio. Voy á dar órden de que traygan el carruage á la puerta de esta casa, y al momento partirémos. A todo dí mi consentimiento: voló Don Alvaro á Rodillas, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de enmedio de mis mugeres, las quales atemorizadas se escapáron donde pudiéron. Solo Inés estaba informada de todo; pero no quiso juntar su suerte á la mia, porque estaba enamorada de un page de Don Ambrosio: lo que demuestra que la ley de los mas fieles criados no está á prueba del amor. Entré en el coche con Don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa y algunas joyas que tenia ántes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el Marques quando su casamiento. Seguímos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Burgos Don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro, acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminámos dos dias sin que ninguno nos

siguiese. Esperábamos que sucederia lo mismo en la tereera jornada, y caminábamos tranquilamente. Contábame Don Alvaro la triste aventura que habia dado ocasion á la voz esparcida de su muerte, y el modo con que habia recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, quando encontrámos en el camino los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que matáron es el mismo que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora se desprende de mis ojos.

CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con qué fué interrumpida la conversacion de la Dama y de Gil Blas.

Con efecto se deshacia en lágrimas Doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dexéla dar toda libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural cosa es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en él de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarla qué partido queria tomar en la coyuntura en que nos hallábamos, y aun quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oímos en el meson un gran rumor que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del Corregidor, que

acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el quarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fué un Caballerito mozo que venia en compañía del Corregidor: paróse á mirar muy despacio y muy de cerca mi vestido; y despues de alguna suspension, exclamó diciendo: vive el Cielo, que esta es mi mismísima casaca; la conozco tambien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra, que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquel discurso me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel Caballero, y por consiguiente, quedé sorprendido y desconcertado. El Corregidor, que por su oficio debia juzgar ántes mal que bien de la turbacion en que me veía, hizo juicio que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la Dama podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos en quartos separados. No era este Juez de aquellos, que tienen un semblante grave y ceñudo; ántes bien mostraba un rostro alegre y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que me constituyó en la prision, vino á ella con sus dos precursores, esto es, con sus alguaciles, los quales, segun su buena costumbre, empezáron registrándome

bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que centelleaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo Corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia en un tono de miel y dulzura, no estrañes ni tengas rezelo de lo que executamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Miéntras tanto fuéron poco á poco aliviando del peso á mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los quarenta ducados de mi tio. Registráronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome revolver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumpliéron tan exâctamente con aquella su importante obligacion, el Corregidor me hizo sus preguntas. Satisfícelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dexándome desnudo sobre el santo suelo.

¡Oh vida humana! exclamé quando me ví solo en aquel miserable estado. ¡Qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo, no he experimentado mas que desgracias. Apénas salgo de un peligro quando entro en otro. Al llegar

á esta Ciudad, estaba muy léjos de pensar que en tan poco tiempo habia de tener conocimientos con su Corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles, me vestí la maldita casaca y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y confortándome á mí mismo: ánimo, Gil Blas, me dixe, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será buena cosa el desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente, yo me alucino y me lisonjéo. ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel, quando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un páxaro á quien cortáron las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado disponer, me traxéron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dexándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el Alcayde, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Quando le veía, afectaba quererle hablar, y trabar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á quanto le preguntaba. Jamas me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al

décimo sexto dia se dexó ver el Corregidor, y me dixo: ya puedes alegrarte, porque te traygo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Búrgos la dama que venia contigo, exâminéla sobre quién eras, y sobre tu conducta, y sus respuestas te descargáron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía veniste desde Peñaflor á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga: ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Dí gracias al Juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer, y apénas habia acabado mi cumplido, quando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo que le obligasen á restituir el dinero que le habian dado, si confesaba que me conocia, negó descaradamente que jamas me hubiese visto hasta aquel instante. ¡Ah traidor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y da ese testimonio á la verdad. Mírame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos, llenando á todos de miedo. El taymado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste,

mi libertad se difirió hasta mejor ocasion. Hijo
me dixo el Corregidor, bien ves que el arriero n
concuerda con lo que declaraste, y así no pued
soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pue
armarme nuevamente de paciencia, y resolverm
á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencio
carcelero. Quando pensaba que no podia salir d
entre las garras de la Justicia, siendo así que n
habia cometido delito alguno, me desesperab
con este triste pensamiento, y echaba ménos e
lóbrego soterráneo. Todo bien considerado, m
decia yo á mí mismo, allí me hallaba ménos ma
que en este hediondo calabozo. Por lo ménos e
aquel comia y bebia alegremente con los ladrone
Divertíame con ellos, y me consolaba la espe
ranza de poderme escapar algun dia; pero de aqu
seré quizá muy feliz si solo puedo salir para i
á galeras, á pesar de mi inocencia.

CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se dirigió despues.

Miéntras yo pasaba los dias y las noches en
desvariar, entregado á mis tristes reflexiones,
se esparciéron por la Ciudad mis aventuras, ni
mas ni ménos como yo las habia dictado en mi
declaracion. Muchas personas me quisiéron ver
por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y

se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision; y despues de haberme mirado por algun tiempo, se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á tal tronera, aun mas que ventanilla, la qual caía á un sucio corral, donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la Ciudad, pero sin acertar á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los que ví en cierta ocasion fué aquel muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, por miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablámos una larga conversacion, en la qual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventúras. Por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la muger, despues que yo huí agitado del terror pánico. En una palabra, contóme todo lo que dexo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entónces todas las personas, que como él habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguráron que mis desgracias las movian á compasion, ofreciéndoseme al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumpliéron efectivamente su palabra. Hablá-

ron en favor mio al Corregidor, que no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dixo: Gil Blas, aunque si fuese yo un Juez severo podria detenerte aquí, no quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estás libre, y puedes salir quando quisieres. Pero dime, prosiguió, ¿si te llevaran al bosque donde estaba el soterráneo, no le podrias descubrir? No, señor, le respondí; porque como entré en él de noche, y salí ántes del dia, no me seria posible dar con él. Con esto se retiró el Juez, diciendo que iba á dar órden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto, un momento despues vino el Alcayde con sus satélites, que traían un paquete de tela, los quales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojáron de la casaca y de los calzones que eran de paño fino y casi nuevo, y me metiéron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raída, á manera de escapulario; y concluida esta ceremonia, me pusiéron á la puerta de la cárcel echándome fuera de ella.

La confusion que padecí, al verme en tan mal equipage, moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos quando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la Ciudad por huir la vista del pueblo, que no podia sufrir sin vergüenza y sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento.

Fuí á dar las gracias al cantorcillo ó niño de coro, á quien tenia tanta obligacion. No pudo dexar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dixo, parece que la Justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la Justicia, le respondí: ella en sí es muy justa. Solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo ménos me pudieran haber dexado mi vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y sino, dime: ¿crees por ventura que el caballo en que veniste se ha de restituir á su primer dueño? No pienses en eso. El tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido á que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la gualdrapa. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo tienes, y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es, le respondí, irme derecho á Burgos á buscar á la dama que liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el qual compraré unos hábitos largos, y partiré á Salamanca, donde negociaré con mi latin. Mi mayor embarazo es que estoy léjos de aquella Ciudad, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó; aquí tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad, mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un

Obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena gracia, que no pudé ménos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle; cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedímos, y yo salí de aquel Pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome de darlas dentro de mi corazon mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavía me restaban algunos reales quando llegué al lugar de Puente Mula, poco distante de Burgos. Detúveme en él para tomar algunas noticias de Doña Mencía. Entré en un meson, cuya mesonera era una muger pequeña, muy enjuta, vivaracha, y de mala condicion. Luego conocí que no la habia gustado mucho mi chamarreta, lo que fácilmente la perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un quarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me presentáron. Durante la comida que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huéspeda. Preguntéla si conocia al Marques de la Guardia, si estaba léjos su casa de campo, y sobre todo en qué habia parado la Marquesa

su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contestó en abreviatura, y de muy mala gracia, diciendo que la casa de campo de Don Ambrosio distaba una legua corta de Puente Mula.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un quarto. ¡Un quarto para él! me dixo la mesonera, mirándome fixamente con fiereza y con desprecio: ¡un quarto para él! Mis quartos los reservo yo para gentes que no comen pan y queso. Todas mis camas estan ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á dormir aquí esta noche. Lo mas con que te puedo servir es con el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba. No la repliqué palabra; abracé sabiamente el partido que me proponia; fuíme al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á la fatiga.

CAPITULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Burgos Doña Mencía.

No fuí perezoso en levantarme al dia siguiente. Fuí á ajustar mi cuenta con la huéspeda, que

ya estaba en pie, y me pareció de mejor hum
que el dia antecedente. Atribuílo á la presenc
de tres honrados alguaciles de la Santa He
mandad, que con mucha familiaridad se estab
bufoneando con ella, y serian sin duda los c
balleros de importancia para quienes estab
ocupadas todas las camas. Pregunté en el Lug
por el camino que guiaba al castillo ó casa
campo adonde yo queria ir, y se lo pregun
á un paysano que me deparó la suerte, d
mismo carácter que mí antiguo mesonero
Peñaflor. No contento con responderme á lo qu
le preguntaba, añadió que Don Ambrosio hab
muerto tres semanas ántes, y que la Marquesa
su muger, se habia retirado á un Convento d
la Ciudad, que me nombró. Al punto me en
caminé derecho á Burgos, y sin pensar ya en l
casa de campo, volé en derechura al Monasteri
donde me dixéron que se hallaba Doña Mencía
Supliqué á la Tornera se sirviese decir á aquell
dama que deseaba ponerse á sus pies un moz
recien salido de la cárcel de Astorga. Inme
diatamente fué á darla el recado la Tornera
Volvió esta, y me hizo entrar en un locutorio
donde dentro de poco ví llegar muy enlutada
Doña Mencía.

Bien venido seas, Gil Blas, me dixo aquell
viuda con modo muy afable. Quatro dias h
que escribí á un conocido mio de Astorga
suplicándole que te fuese á visitar, y que d
mi parte te rogase me vinieses á ver inmedia-

tamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dixe al Corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya estabas libre con efecto, pero que no se sabia dónde te hallabas, ni dónde habias ido á parar. Temí no volverte á ver más, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento. Consuélate, añadió, conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable trage: no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata del mundo, si no hiciera algo por tí. Dios me ha dado lo bastante para poder corresponderte sin incomodarme.

Las aventuras, continuó, que me sucedieron hasta el dia en que nos separáron para meternos en prision, ya las sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me sucedió desde entónces. Hice al Corregidor de Astorga una fiel relacion de toda mi trágica historia, y habiéndola oido, dispuso que me conduxesen á Burgos, y me entregasen á Don Ambrosio. Causó mi arribo una general y extremada admiracion; pero me dixéron que ya venia tarde, porque el Marques, profundamente herido de mi fuga, habia caido gravemente enfermo, y tanto, que los médicos desesperanzaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi

fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen de mi venida: entré despues en su quarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazon traspasado de dolor. ¿Quién te ha traido aquí? me dixo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés que yo huí con mi legítimo esposo; y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubiérais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como Don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido á mí á un lóbrego soterráneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entónces. Apénas acabé de hablar, quando me alargó amorosamente la mano, y me dixo con ternura: basta, hija; ya no me quejo de tí. ¡Pues qué! ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga al sagrado derecho que la hacia lícita y aun

necesaria, como tambien el debido amor que profesábais á tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa, has vuelto á ganar toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay! quán poco me durará uno y otro. Conozco que mi última hora se me va acercando. Apénas la suerte me volvió á juntar contigo, quando me será necesario arrancarme de tí con el último á Dios. Redoblóse mi llanto al oir palabras tan amorosas, prorumpiendo en una afliccion desmesurada. Aunque he adorado á D. Alvaro, no lloré tanto por él. Murió D. Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo gusto por el mundo, y que quiero acabar mis dias en este Convento, y ser su bienhechora.

Tal fué el discurso de Doña Mencía; acabado el qual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me le tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas; y despues vuélveme á ver, porque no quiero que se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Dí mil gracias á la Dama, y la

juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento que estaba bien resuelto á no quebrantar, me fuí á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré: pedí un quarto; y para precaver el mal concepto que por la chamarreta se podia formar de mí, dixe al mesonero, que, aunque me veía en aquellos pobres trapos, tenia con que pagar el gasto. Al oir estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente un grandísimo bufon, mirándome y exâminándome atentamente de pies á cabeza, me dixo con cierto ayre maligno y chufletero, que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de noble, que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dexé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades, saqué mi bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, cuyas monedas le obligáron á juzgar mas favorablemente de mí. Roguéle que me hiciese venir algun sastre, á lo qual me replicó que seria mejor llamar á algun ropero, el qual traeria diferentes vestidos de todas especies para que escogiese el que me pareciera mejor, con lo que me vestiria de una vez. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la

noche, dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí de la prision.

CAPITULO XV.

De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la Dama; y del equipage en que salió de Burgos.

Sirviéronme un copioso plato de manecillas de carnero fritas, y le comí casi todo. Bebí á proporcion, y despues fuíme á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño. Pero engañéme, porque apénas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré, decia: seguiré mi primer intento de comprar una sotana y hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? ¿Pero á qué fin vestirme de estudiante? ¿He de seguir acaso el estado eclesiástico, ni tengo vocacion? Nada de eso. Mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide. ¡Pues alto! quiero ceñir espada, y procurar hacer fortuna en el mundo.

Resolví pues vestirme de caballero, bien persuadido que esto bastaria para alcanzar un

empleo de importancia. Con tan lisonjeras esperanzas estuve aguardando el dia con grandísima impaciencia, y apénas rayó en mis ojos su primera luz, quando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson, que dispertáron todos. Llamé á los criados que estaban todavía en cama, y me respondiéron, echándome mil maldiciones. Al fin se viéron obligados á levantarse, y les dí órden que me traxesen el ropero. No tardó en llegar este con dos mozos cargados cada uno con un gran saco. Saludóme con grandes cumplimientos, y me dixo: Caballero, ha tenido vmd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro. No quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion; mas aquí, para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia; todos son mas duros que Judíos. Yo soy el único de mi oficio que la tiene. Me ciño á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada quarto: equivoquéme, quise decir con un quarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó á los mozos que desatasen los fardos. Mostráronme vestidos de todos géneros y colores: muchos de ellos de paño enteramente liso. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado expresamente para mí, el qual me deslumbró, sin embargo de que estaba un poco usado. Se

componia de casaca, chupa y calzones; la casaca con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este, y pregunté el precio. El prendero, que conoció quanto me agradaba, me dixo: en verdad que es vmd. un Señor de gusto muy delicado, y se vé bien que lo entiende. Sepa vmd. que ese vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del Reyno, que solo le usó tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré de la bordadura? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, ¿quánto quieres por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados; y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. A la verdad la imprecacion era convincente. Yo le ofrecí quarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebaxo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome vmd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para irritarme mas la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebaxaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le conté sus sesenta ducados. Quando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgó que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al

*

fin, contento de haber ganado á real por quarto, se despidió con sus mozos, á los quales tampoco dexé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con casaca, chupa y calzones muy preciosos, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me ocupó toda la mañana. Compré lienzo, sombrero, medias de seda, zapatos y un espadin. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fué el mio quando me ví tan bien equipado! Ningun pabo real se complació nunca tanto al mirar y remirar el dorado plumage de su cola. En aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á Doña Mencía, la qual me recibió con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que la habia hecho, y á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio, quando me ví con la tal sortija, porque habia contado con regalo mucho mas considerable. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la Dama, me restituí al meson haciendo mil kalendarios; pero apénas llegué á la posada, quando entró en ella un hombre que venia tras de mí, el qual desembozando la capa, mostró un talego bastantemente largo que traía baxo el sobaco. Quando

ví el talego que parecia lleno de moneda, abrí tanto ojo, y lo mismo hiciéron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oir la voz de un serafin, quando aquel hombre me dixo, poniendo el talego sobre una mesa: señor Gil Blas, mi señora la Marquesa suplica á vmd. se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento. Hice mil profundas reverencias al portador, atestéle de cortesías; y luego que salió del meson, me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa, y llevémele á mi quarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados en él. Acababa de contarlos quando el mesonero que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que contenia el talego. Dióle mucho golpe la vista de tanta plata, y exclamó admirado: ¡Fuego de Dios, y quánto dinero! Sin duda sabeis, añadió con malicia, sacar buen partido de las damas. ¡Apénas ha veinte y quatro horas que estais en Burgos, y ya poneis en contribucion á las Marquesas!

No me desagradó esta sospecha; y estuve tentado á dexar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. Yo no me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres; pero pudo mas en mí la inocencia que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de Doña Mencía. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis negocios,

suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un ayre serio, me dixo: señor Gil Blas, confieso que desde que ví á vmd. le cobré particular inclinacion; y pues le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponderle diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que vmd. es un hombre nacido para la Corte; y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun Gran Señor, procurando mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos; sin lo qual perderá vmd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los Grandes: ningun aprecio hacen del zelo y de la lealtad de un hombre de bien; solo estiman las personas que les son necesarias para sus fines. Demas de esto tiene vmd. otro recurso: es buen mozo, bien hecho, galan; y esto, aun quando fuera un hombre sin talento, bastaba y sobraba para encaprichar á su favor alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien hacer ricos á los que eran pobres. Soy pues de parecer que vaya vmd. á Madrid; pero conviene se presente con ostentacion, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y vmd. solamente será considerado á proporcion de la figura que hiciere. Yo quiero darle

un criado, mozo fiel, cuerdo y prudente, en fin un hombre de mi mano. Compre vmd. dos mulas, una para sí, otra para él; y sin perder tiempo, parta lo mas presto que le sea posible.

No podia ménos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto. Díxome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él, fué que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Díxome que en este punto se contentaria con lo que le quisiese dar. Compré botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer partí de Burgos camino de Madrid.

CAPITULO XVI.

Donde se vé que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.

Dormímos en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entrámos en Valladolid á las quatro de la tarde. Apeámonos en un meson que me pareció seria el mejor de la Ciudad. Mi criado se fué á cuidar las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la manga al quarto que me

señaláron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché sobre una cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche quando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido, que de una Iglesia á dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba, entró en mi quarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una dama ricamente vestida, la qual me pareció mas hermosa que jóven. Dábala el brazo un escudero, y un negrillo la levantaba y llevaba la cola. Halléme no poco sorprendido, quando la dama, despues de hacerme una ayrosa y profunda reverencia, me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apénas la respondí que sí, quando se desprendió del escudero, y vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el Cielo, exclamó, por tan dichosísimo encuentro! A vmd., señor Caballero, á vmd. venia yo buscando. Al oir esto se me vino á la memoria el parásito de Peñaflor, é ya iba á sospechar que aquella dama era una solemne embustera ó una descarada petardista; pero lo que añadió me

obligó á hacer un juicio mas benigno. Yo soy, me dixo, prima hermana de Doña Mencía Mosquera, que debe á vmd. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viage de vmd. á la Corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si transitare por esta Ciudad. Dos horas ha que ando corriendo por toda ella, yendo de meson en meson á informarme de los forasteros que se han apeado en ellos; y por la relacion que me hizo de vmd. el mesonero, conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero hacerle ver lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Mencía. Me hará vmd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará ménos mal que en un meson. Pretendí escusarme, representando á la dama que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fué preciso rendirme á sus eficaces instancias. Habia dexado á la puerta del meson su coche que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de que se acomodase en la zaga la manga y todo mi equipage, porque en Valladolid, dixo, hay muchísimos bribones; lo qual era demasiadamente cierto. En fin tomámos el coche ella y yo, con su viejo rodrigon, y me dexé sacar del meson de esta manera, con gran disgusto del mesonero que ya habia consentido en ganar mucho en esta ocasion.

Despues de haber girado bastante, paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, donde subímos á un salon bien adornado é iluminado con veinte ó treinta bugías. Habia tambien muchos criados, á quienes preguntó la dama si habia venido Don Rafael. Respondiéronla que no; y ella me dixo, volviéndose á mí: señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aquí. ¡Quál será su gusto y su sorpresa, quando se encuentre en su casa con un huésped á quien está obligada toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras, oímos ruido, y supimos que le causaba el arribo de Don Rafael. Dexóse presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle, y muy ayroso. Hermano, le dixo la dama, no sabes quanto me alegro de que hayas vuelto. Tú me ayudarás á cortejar, como merece, al señor Gil Blas de Santillana. Nunca acertarémos á pagar lo que ha hecho por nuestra parienta Doña Mencía. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla Don Rafael, y leyó en voz alta lo siguiente:

Querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que acaba de partir á la Corte, me salvó el honor y la vida. Pasará sin duda por Valladolid. Yo te pido y suplico, ménos por el vínculo de la sangre, que por el más estrecho de la amistad que nos une, le cortejes y obsequies quanto puedas, obli-

gándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero que no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de tí y del primo Don Rafael todo género de obsequios. Burgos, etc. Tu amante prima, Doña Mencía.

¡Cómo así! exclamó Don Rafael luego que leyó la carta, ¡es posible sea este el caballero á quien debe no ménos que el honor y la vida la parienta! Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dixo: ¡oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la Marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aquí. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debíamos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda la parentela. Respondí lo mejor que pude á todas aquellas expresiones, y á otras muchas que se siguiéron acompañadas de mil caricias. Advirtiendo despues Don Rafael que todavía tenia puestos los botines, mandó á sus criados me los quitasen.

Pasámos despues al quarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes entretanto cenábamos, me dixéron mil expresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de quanto habia

en la mesa. Don Rafael brindaba freqüentemente á la salud de Doña Mencía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba, como á hurtadillas, de una manera que podia significar mucho; y aun llegué á creer que para hacerlo se tomaba su tiempo, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastóme esto para persuadirme que ya era conquista mia aquella dama, y para resolver aprovecharme del descubrimiento, por poco que me detuviese en Valladolid. En virtud de esta esperanza me rendí fácilmente á la cortesana súplica que me hiciéron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Estimáron mucho mi condescendencia; y la particular alegría que mostró Doña Camila, me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome Don Rafael determinado á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que habia de proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertirémos en la caza, otras en la pesca; y si vmd. gusta de pasearse, encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Ademas de esto no nos faltará gente, ni buena compañía; y espero que no echará vmd. ménos la ciudad. Acepté la oferta, y quedámos en que al dia siguiente partiríamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion;

y Don Rafael, transportado de alegría, me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, ahí le dexo á vmd. con mi hermana, yo voy á dar las órdenes necesarias para el viage, y para que se avise á las personas que han de ser de la partida. Diciendo esto se salió del quarto, y yo quedé á solas con la dama dándola conversacion, en la qual no desmintió lo que yo habia juzgado de las dulces ojeadas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dixo: parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito. ¿Entiende vmd. de pedrerías? respondíla que no: lo siento, me replicó ella, porque si lo entendiera, me diria quánto vale esta, mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo; y miéntras yo le consideraba, añadió: regalómele un tio mio que fué Gobernador en Filipinas, y los joyeros y plateros de Valladolid le estiman en trecientos doblones. Lo creo, repliqué yo, porque me parece excelente. Pues ya que á vmd. le gusta, repuso ella, quiero hacer un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, me apretó la mano, y me miró con ternura: hecho lo qual se levantó de repente, y se retiró confusa y como avergonzada de haberse explicado con sobrada claridad.

Aunque era yo entónces un cortejante de los mas novicios, no por eso dexé de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella preci-

pitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en el campo. Lleno de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el quarto donde habia de dormir, previniendo á mi criado que me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi bolsillo y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si ántes fuí miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trecientos doblones por otra, es un decente fondo para bandearme con él algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, quando tan pronta y tan fácilmente se rindió Camila. Veníanseme á la imaginacion todas las expresiones y acciones de aquella dama, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que Don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo esto, á pesar de unas ideas tan gustosas, no dexaba el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente, conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado; pero dixe entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna Iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, por dar lugar á otro ménos

favorable, aunque mas justo y verdadero; porque habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el quarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para confirmar ó deponer mi sospecha, abrí la puerta y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos vino un viejo, y me dixo: ¿á quién llama vmd., Señor? toda su gente salió de mi casa ántes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué ¿no es esta la de Don Rafael? Yo no sé quién es ese caballero, respondió el huésped: solo sé que esta casa es una posada, que yo soy su dueño, y que una hora ántes que llegase vmd., aquella dama con quien cenó anoche, vino á pedirme un buen quarto para un caballero principal que viajaba incógnito: yo la dí este, habiéndomelo pagado anticipadamente.

Caí entónces en cuenta, conocí lo que debia pensar de Doña Camila y de Don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mi solo la culpa de tan desagradable incidente, y de conocer que no me hubiera sucedido á no haber tenido la ligereza y la indiscrecion de abrirme con Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y eché mil maldiciones á mi estrella. El posadero á quien conté mi aventura, de la qual quizá el bellaco estaria mejor informado

que yo, mostró acompañarme en mi dolor. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en él como el mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion de esta picardía.

CAPITULO XVII.

El partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la posada.

Despues de haber llorado bien, pero inútilmente mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de entregarme á la desesperacion y desaliento, debia animarme á combatir contra mi mala suerte. Volví pues á dispertar mi valor, y me decia á mí mismo miéntras me estaba vistiendo: aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se hayan llevado tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras, y les agradecia haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dexarme mis botines, los que vendí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada, sin tener necesidad, gracias á Dios, de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al meson

donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y oxalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido gran cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que ya no las volveria á ver, como tampoco á mi maleta, caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme volver á Burgos para recurrir segunda vez á Doña Mencía; pero considerando que esto era abusar de su bondad, y que ademas me tendria por una bestia, deseché este pensamiento. Juré sí que en adelante me guardaria bien de las mugeres, y por entónces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De quando en quando volvia los ojos hácia mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubíes; pero entiendo y conozco bien la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que yo soy un pobre mentecato.

Con todo no quise dexar de ir á saber lo que valia mi sortija, y la presenté á un Lapidario, que la tasó en tres ducados. Al oir semejante tasa, dí á todos los diablos la sobrina del Gobernador de Filipinas, ó por mejor decir, solo les repetí el don que mil veces les habia hecho.

Al salir de casa del Lapidario, encontré un mozo que se paró á considerarme y mirarme fixamente. Yo no me pude acordar tan presto de él, aunque en otro tiempo le habia conocido perfectamente. ¿Cómo qué, Gil Blas? me dixo, ¿finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado tanto, que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio, tu paisano, y tu condiscípulo de Lógica, y de quantas veces argüímos los dos en casa del Doctor Godinez sobre los universales y los grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar, habia caido ya en cuenta de quien era. Abrazámonos estrechamente, con mil demostraciones de admiracion y de alegría. ¡Ah, querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz! ¡Y quánto me alegro de volverte á ver! ¡Pero en qué equipage te veo! ¡Vive el Cielo, que estás vestido como un Príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon, chupa y casaca de terciopelo bordadas de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan feliz como la imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer del reservado; pero á mí, que las vendo. Dime por vida tuya: ese bellísimo rubí que brilla tanto en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí, Fabricio,

mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el adónis de las mugeres de Valladolid, he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dixese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexô. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queríamos separarnos tan presto, entrámos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunámos, y miéntras tanto yo le hice puntual relacion de quanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Confesó que mis aventuras eran muy extrañas, y despues de protestarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, me dixo: amigo, es menester consolarnos y confortarnos en todas las desgracias de la vida. Esto es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre de espíritu reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca*, dice Ciceron, *nunca debe un hombre abatirse tanto, que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soy de este carácter. Las desgracias no me acobardan; sé superarlas, y sé vencer los golpes de la mala fortuna. Por exemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí. Pedíla á su padre, negómela como era regular. Qualquiera otro se

pondió: has de saber que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de lacayo es penoso para uno que tenga poco meollo; mas para un mozo resuelto tiene grandes atractivos. Un genio superior que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre mentecato. Entra ménos á servir que á mandar en casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, se grangea su confianza, y étele que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he conducido con mi Administrador. Desde luego conocí de qué pie coxeaba. Advertí que todo su deseo era ser tenido por Santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta; y aun hice mas: procuré imitarle representando con él el mismo papel que él representaba con los demas: engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su todo, y como su primer ministro. Baxo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia correrán por mi cuenta los bienes de los pobres. Me siento con tanto amor por ellos como el que les tiene mi amo; ¿y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué yo: doyte mil parabienes por ellas. Mas por lo que toca á mí, vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca,

matricularéme en la Universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿Puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu edad? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia, te observará toda la casa. Exâminarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, se te irá todo el dia en enseñarle el latin, y en reprehenderle y corregirle quando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza ó la decencia. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion, ¿qué premio te espera? Si el muchacho sale travieso y mal inclinado, á tí te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal; y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Así pues, no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con carga de almas. Háblame del empleo de lacayo, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndoles á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como hijo de la casa duerme

tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero, ni en el panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lúcida, pero muy provechosa carrera de criados. Creeme, desecha para siempre el pensamiento de preceptor, y sigue mi exemplo. Sea así, Fabricio, le respondí; pero no se encuentran todos los dias Administradores como el que tú has hallado; y si yo me resolviera á servir, quisiera á lo ménos encontrar con un buen amo. Oh, repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo de mi cuenta el encontrártele, y lo haré aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una Universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxîma miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadiéron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion salîmos del figon, y Fabricio me dixo: ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de quanto pasa en todas las familias; sabe las que necesitan criados; y en un registro muy exâcto lleva razon, no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos; en fin, él fué quien me acomodó con el Administrador.

Fuímos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, quando llegámos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baxa, donde el hijo del Barbero Nuñez me hizo entrar. Encontrámonos con un hombre de mas de cincuenta años, que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien por estar acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz groseramente. No se alzó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con particular atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiese servir de lacayo, quando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dixo al punto: señor Arias de Londoña, aquí le presento á vmd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónele vmd. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: ántes de acomodarse prometen montes y morenas; pero despues de bien acomodados, servitor amigo, y de todo se olvidan. ¿Cómo qué? replicó Fabricio: ¿está vmd. quejoso de mí? ¿No me he portado bien? Pudieras

haberte portado mejor. Tu conveniencia equivale á la de primer Oficial de qualquier Oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entónces la palabra, y para que conociese el tio Arias que no servia á un ingrato, quise que el agradecimiento fuese delante del favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi correspondencia, como me acomodase en buena casa.

Mostróse contento de mi procedimiento, diciendo: así gusto yo de que se trate conmigo. Hay vacantes excelentes puestos: leerélos, y vmd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto, calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó así. Necesita lacayo el Capitan Torbellino, hombre colérico, fantástico y brutal. Gruñe sin cesar, jura, patea, y suele estropear á los criados. Pase vmd. adelante, dixe yo prontamente, no me gusta el señor Capitan. Sonrióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo. Doña Manuela de Sandoval, viuda, ya entrada en edad, ágria de genio, descontentadiza y caprichosa, se halla sin lacayo. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apénas la puede sufrir un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, altos ó chicos. Se puede decir que no hacen mas que probarla, y todavía está nueva, aunque la han vestido dos mil. Falta

un criado al Doctor Alvaro Fañez, Médico Chîmico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y buenos salarios: pero suele experimentar en ellos sus remedios, y se observa que en casa de este Chîmico hay siempre vacantes muchas plazas de lacayos.

No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va vmd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña; todavía no las he leido todas, y puede haber alguna que te contente. Diciendo esto, prosiguió su lectura de esta manera. Tres semanas ha que está sin lacayo Doña Alfonsa de Solís: es una Señora anciana y devota, que pasa en la Iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á sí á su criado. Otro: ayer despidió al suyo el Licenciado Sedillo, hombre ya viejo, y Canónigo de este Cabildo. Alto ahí, señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio: á este puesto nos atenemos. El Canónigo Sedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa con título de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se da un trato muy honrado á la familia. Fuera de eso, el Canónigo es un señor enfermizo, viejo, gotoso, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza

para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del Licenciado: yo mismo te quiero presentar, y constituirme por tu fiador. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedímos con priesa del señor Arias, quien me ofreció por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia, me encontraria otra tan buena y aun quizá mejor.

FIN DEL LIBRO I.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Entra Gil Blas por criado del Licenciado Sedillo; estado en que este se hallaba, y retrato de su Ama.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del Licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamámos, y baxó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. Preguntámos si se podria hablar al señor Canónigo, quando se dexó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavía de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de túnica de tela burda, que ceñia con una ancha correa de cuero, de la qual pendia por un lado un manojo de llaves, y por otro un gran rosario

de cuentas gordas. La saludámos con mucho respeto, y nos correspondió con igual cortesanía, pero con un ayre devoto y los ojos baxos.

He sabido, la dixo mi camarada, que el señor Licenciado Sedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entónces la vista el ama, miróme fixamente, y no acertando á componer mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí, Señora, respondió el hijo de Nuñez, el mismo es; porque tal como vmd. le vé, le han sucedido desgracias en su casa que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios, si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la qual es digna de ser ama y gobernadora de un Patriarca. Al oir esto la buena de la beata apartó los ojos de mí por volverlos al que la hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dixo, de haber visto ya esa cara, y estimaria que vmd. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, la respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion de vmd. Dos veces he entrado en esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, Administrador del Hospital. Justamente, replicó entónces el ama, acuérdome muy bien, ya caygo en la cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Or-

loñez para saber que será vmd. un hombre muy le bien. Su empleo es su mayor elogio, y no era ácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga vmd: conmigo, y hablará al señor Sedillo, que sin duda tendrá gran gusto en recibir un criado venido por tal mano.

Seguímos al ama del Canónigo, el qual vivia en un quarto baxo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Dixonos que esperásemos un momento en la primera, miéntras iba á avisar al señor Canónigo, que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dixo que podíamos entrar. Vimos al viejo gotoso repantigado en una silla poltrona, con un gran gorro en la cabeza, una almohada tras de la misma, sobre la qual se apoyaba, y las piernas sobre otro almohadon. Acercámonos á él, sin escasear las reverencias; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, extendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado baxo el magisterio del Doctor Godinez en las disputas de filosofía, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un Canónigo. Sin embargo, no dexó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba

á la señora Jacinta : amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo, hasta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres, supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran reverencia al Canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió diciéndome al oido que me quedase allí, y que ya nos veríamos. Apénas habia salido de la sala, quando el Licenciado me preguntó cómo me llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos á entrambos sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila y Don Rafael los hiciéron reir tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le excitó una tos tan violenta, que temí fuese llegada su hora. Aun no habia hecho testamento. Considérese quánto se turbaria la buena ama. Víla toda trémula y azogada, correr de aquí para allí por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños quando tosen con violencia, estregarle la frente, y darle golpecitos en las espaldas; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el Licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entónces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora

Jacinta, temerosa de que le repitiese la tos. Llevóme al guardaropa, donde entre otros vestidos estaba el de mi predecesor. Hízomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podria servirme. Desde el guardaropa pasámos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizage baxo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina: bien que no comparable con la señora Jacinta, la qual merecia ser cocinera de un Arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Daba al gigote singular gusto, y lo mismo á la chanfayna, y en general á toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Quando estuvo dispuesta la comida, volvimos al quarto del Canónigo, donde miéntras yo ponia los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le acomodaba una servilleta, prendiéndosela con alfileres en las espaldas. Se le sirvió una sopa, que se podia presentar al mas famoso Director de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un Virey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especias, por no irritar la gota del Canónigo. A vista de tan apetitosos bocados, mi buen viejo, que yo creía paralítico de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el uso

de sus brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negáron á servirle. Aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza adonde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Quando ví que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz rodeada de algunas codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De quando en quando le hacia beber algunos tragos de vino mezclado con agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca, y teniéndola con las manos, como si fuera á un niño de quince meses. Devoró las pechugas, no perdonando las piernas, ni las alas. Siguiéronse los postres; y quando acabó de comer, el ama le desprendió la servilleta, volvióle á poner la almohada y los almohadones, y dexándole tranquilamente dormir la siesta, nos retirámos nosotros á comer.

Esta era la comida diaria de nuestro Canónigo, acaso el mayor tragon de todo el Cabildo; pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo, y con algun cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida, estaba yo bien, y lo pasaba alegremente. Solo tenia un trabajo, no poco pesado para mí. Eramé preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al

amo. Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Ademas sudaba mucho, y era menester mudarle de camisa con freqüencia. Gil Blas, me dixo la segunda noche, tú tienes maña y actividad, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que des tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y vivas con ella en la mayor harmonía. Quince años ha que me sirve con un zelo y amor particular. Tiene tanto cuidado de mí, que no sé como pagárselo; y confiésote que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana. No podia ver á esta pobre muger; y léjos de agradecerla lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud, y tratándola de embústera: porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion, le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen, y el bien que me hacen. Vmd., Señor, tiene muchísima razon, le respondí; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él, y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de tí, como prosigas sirviéndome segun has comen-

zado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo: si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia sufrir, yo solo le habria hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas mínimo respeto á la señora Jacinta, y era muy holgazan. Desagradábale mucho acompañarme de noche, y se le hacia insufrible el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio. No merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de un zelo infatigable. Ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun quando sude sangre por serviros.

Conocí que le habian gustado mucho al Canónigo estas últimas palabras, y no le gustó ménos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las insinuaciones de la señora Jacinta. Queriendo pues pasar por un criado que no temia trabajo ni fatiga, procuré servir en todo con el mayor zelo, y con el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa. A la verdad, descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama, á la qual debo hacer esta justicia, cuidaba mucho de mí: lo que debo atribuir al esmero con que procu-

raba yo grangearme su voluntad por todo género de complacencias y respeto. Quando comíamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, tenia yo el mayor cuidado de mudarlas de platos, servirlas de beber, y en fin hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios vine á ganar su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé á darla conversacion, y la pregunté si vivian todavía sus padres. ¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo ha que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fuí poniendo en tanta gana de parlar, que poco á poco me dixo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó por mejor decir, descubrí yo mediante su sencillez, que la señora tia trataba estrechamente con un su amigo que estaba en casa de otro Canónigo viejo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos, y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dexo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte dormia tranquilamente, miéntras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo, lo que mas contribuía á mantenerla aquel color vivo y

fresco, era, segun me dixo Inesilla, una fuente que tenia en cada pierna.

CAPITULO II.

De qué modo fué tratado el Canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que sucedió, y lo que dexó á Gil Blas en su testamento.

Serví tres meses al señor Licenciado Sedillo, sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó muy malo al cabo de este tiempo; entróle calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los Médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al Doctor Sangrado, que estaba reputado en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera gustado mas de que el Canónigo ante todas cosas comenzase por el testamento, y aun le dixo algo en el asunto; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí pues á buscar al Doctor Sangrado, y condúxele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de quarenta años á lo ménos tenia en continuo exercicio la tixera de las parcas. Su exterior era grave, serio, con un

si es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las expresiones. Sus discursos parecian medidos geométricamente, y sus opiniones muy singulares.

Despues de haber observado al enfermo, comenzó á hablar así en tono magistral. Trátase aquí de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros Médicos ordenarian sin duda en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones chímicas me parecen ideas para arruinar la naturaleza; yo echo mano de medicamentos mas simples y seguros. ¿Qué es lo que vmd. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Pastas dulces y viandas suculentas, respondió el Canónigo. ¡Pastas dulces y viandas suculentas! exclamó suspenso y admirado el Doctor. Ya no me maravillo de que vmd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que vmd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos que se conformen á su naturaleza. ¿Y bebe vmd. vino? le volvió á pre-

guntar. Sí, Señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¡Qué dice vmd., aguado! exclamó el Doctor. ¡Qué desórden! ¡qué desarreglo asombroso! Debia vmd. haber muerto cien años ha. ¿Y quántos años tiene vmd.? Voy á entrar en los sesenta y nueve, repuso el Licenciado. Justamente, continuó el Médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si vmd. hubiera bebido solo agua clara toda su vida, y usado de alimentos simples, como manzanas asadas, habas ó guisantes, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros exercitarian aun libremente sus respectivas funciones. Con todo no desconfio de restablecerle, como se entregue ciegamente á quanto yo ordenare. El Canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entónces me ordenó que fuese prontamente á llamar á un Cirujano, que él mismo nombró, y le hizo sacar á mi amo doce buenas onzas de sangre para suplir la falta de transpiracion. Despues dixo al Cirujano: maestro Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras doce, y mañana repetiréis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida: por mucha que se le saque á un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apénas tiene que hacer movimiento ni exercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita mas sangre para vivir, que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida solo

consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran Médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dexarse sangrar. Despues que el Doctor ordenó freqüentes y copiosas sangrías, añadió era menester tambien dar de beber al enfermo agua caliente á cada momento, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto levantó la visita, y se fué diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor Canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa exâctitud. Con efecto, inmediatamente pusimos á calentar el agua; y como el Doctor nos habia recomendado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber dos ó tres quartillos: una hora despues repetímos lo mismo, y de tiempo en tiempo volvíamos á la carga, de manera que en el espacio de pocas horas le metimos un diluvio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el Cirujano con la cantidad de sangre que le sacaba, en ménos de dos dias pusimos al pobre Canónigo en el último trance de la vida.

Ya no podia mas el buen Eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese: detente, amigo

que venia á hacerle la última sangría. Deténgase, maestro Martin, le dixo el ama, ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraréis como gustaréis, quando haya acabado.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al Escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose me dixo: *no nos hemos olvidado de Gil Blas:* palabras que me llenáron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado otra vez el Cirujano, el pobre viejo, que ya estaba casi exángüe, espiró en el mismo momento. Apénas acababa de exhalar el último suspiro, quando entró el Médico, que quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar quanto ántes á sus enfermos. Con todo eso, léjos de atribuir su muerte á tanta agua y á tantas sangrías, volvió las espaldas, diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco, y no dádole bastante de beber. El executor del soberano medicamento, quiero decir, el Cirujano, viendo que ya no se tenia necesidad de su ministerio, se partió tambien siguiendo al Doctor Sangrado.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la

señora Jacinta, Inesilla y yo comenzámos una música de fúnebres alaridos, que fué oida de toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de curiosidad que de compasion. Los parientes del difunto se presentáron tambien muy luego, y halláron tan desconsolada á la beata, que se persuadiéron á que el Canónigo habia muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento revestido de las formalidades necesarias; y quando viéron que el testador dexaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á la niña, hiciéron una oracion fúnebre del Canónigo poco decorosa á su memoria, motejando al mismo tiempo á la beata, y dándome á mí algunas alabanzas que verdaderamente no merecia. El Licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo. *Item, por quanto Gil Blas es un mozo que tiene algun tinte de literatura, para que acabe de perficionarse, y se haga hombre sabio, le dexo mi librería con todos los libros y manuscritos sin excepcion.*

No sabia yo donde podia estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en

el quarto del Canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles: y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se intitulaba el *Cocinéro perfecto;* otro trataba *de la indigestion, y del modo de curarla.* Los demas eran las quatro partes del breviario, algo roidas de ratones, mugrientas y llenas de sudor. En quanto á los manuscritos, los mas curiosos eran todos los autos de un pleyto que habia litigado el Canónigo para entrar en la prebenda. Despues que exâminé mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, le abandoné á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entregué les tambien el vestido que tenia acuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el Canónigo la habia dexado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo, durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al Doctor Sangrado, y se hace famoso Médico.

Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero quando estaba ya muy cerca del rincon

donde vivia, me encontré con el Doctor Sangrado, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage, y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dixo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como vmd. no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo así, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente, te trataré con distincion, no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia, te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Armóme el plan, y aceté la proposicion del Doctor, con la esperanza de salir un ilustre Médico, baxo la disciplina de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reducíase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban, miéntras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la qual se reducia toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografía, escribia tan mal, que por lo comun no se podia entender lo que escribia. Encargóme pues á mí este registro, que se podia intitular

con razon *registro mortuario*, ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo así, los nombres de los que querian partir de este mundo, ni mas ni ménos como en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el Doctor Sangrado era el Médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una logüela especiosa, sostenida de cierto ayre grave y al mismo tiempo meloso, junto con algunas afortunadas curas, que fuéron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho el oficio, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Peras, habas y manzanas cocidas, con un poco de queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon. Pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua sin tasa. Léjos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos mios: la salud consiste en que todas las partes de la máquina se conserven blandas, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia,

porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella lo acelera. ¿Está rápido y precipitado? lo detiene. Estaba el buen Doctor tan persuadido á esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definia la vejez, diciendo era una tísis natural, que nos deseca y consume. Fundado en esta definicion, deploraba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenia que ántes bien los desgasta y los destruye, diciendo muy elegantemente que aquel licor, así para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, á los ocho dias que estuve en aquella casa, padecí una disenteria, acompañada de crueles dolores de estómago: lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que usaba. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para rendirse á semejante condescendencia. Si te disgusta mucho el agua pura, me dixo, hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas aqüosas. La flor de sauco y la betónica las comunica un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas, mezcla un poco de flor de romero, de clavel, ó de coclearia.

Por mas que ponderase las excelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas, sin que para nada fuese necesario el vino, la bebia yo con tanta moderacion, que advirtiéndolo él, me dixo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud. Tú, amigo mio, no bebes lo que basta. El agua bebida en poca cantidad solo sirve para desenredar las partecillas de la bílis, y darlas mayor vigor y actividad, quando es necesario anegarlas en algun líquido diluyente. No temas, hijo, que la abundancia del agua te debilite, ni enfrie demasiado el estómago. Léjos de tí ese terror pánico con que miras la freqüencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador del buen suceso; y si no tienes satisfaccion de mi fianza, el divino Celso saldrá á confirmarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos expresos, que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña, para encubrir su sensualidad.

Como yo iba á perder mucho en dar pruebas de indócil, quando daba principio á la carrera de la Medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí pues en beber agua, baxo la fe de Celso; ó por mejor decir, comencé á anegar la bílis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas desazonado,

pudo mas la preocupacion que la experiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser Médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de abandonar la casa del Doctor Sangrado; pero este me honró con un nuevo empleo, el qual me hizo mudar de parecer. Mira, hijo, me dixo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros, que dexan envejecer á los criados en la servidumbre, sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servicios. Estoy contento contigo, te quiero; y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo, es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas fino del saludable arte que profeso tantos años ha. Los otros Médicos le hacen consistir en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo pretendo abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la física, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males, no es menester mas que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí: este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no pudo ocultar á mis profundas observaciones, quedándose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que

enseñarte. Ya sabes á fondo toda la Medicina; y si te aprovechas de mis largas experiencias, serás tan gran Médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo cuidaré de la nobleza y del clero: tú visitarás á los del estado general que me llamaren; y quando hayas trabajado algun tiempo, haré que seas incorporado en nuestro gremio. He aquí, Gil Blas, que ya eres sabio sin ser Médico, quando otros por muchos años, y quizá por toda la vida, son Médicos sin ser ni haber sido jamas sabios.

Rendí gracias al Doctor por haberme hecho en tan poco tiempo capaz de ser substituto suyo; y en señal de mi agradecimiento le di palabra de que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que tuviese ocasion quando visitase á los enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para presentarme en trage de Médico. Hecho esto, me dispuse á exercitar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un Alguacil que adolecia de la pleura. Ordené que le sangrasen sin misericordia, y le diesen de

beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un Pastelero á quien la gota le hacia poner los gritos en el Cielo. No perdoné á su sangre, ni fuí con él ménos liberal de agua que lo habia sido con el Alguacil. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo oficio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del Pastelero, me encontré con Fabricio á quien no habia visto desde la muerte del Licenciado Sedillo. Miróme atento, y despues prorumpió en una carcajada tan grande, que parecia iba á reventar de risa. No era ello sin razon. Llevaba yo una capa tan larga, que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobrarian mucho á dos cuerpos como el mio. En fin, mi figura podia pasar por una muy grotesca y original. Dexéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado, si no me contuviera el decoro de la calle y la representacion de Médico, que no es un animal risible por su seria gravedad. Si mi ridículo trage habia excitado la risa de Fabricio, mi mas ridícula y afectada seriedad se la redobló, y despues que se rió á toda satisfaccion: ¡vive Dios! Gil Blas, exclamó, que estás magníficamente equipado. ¿Quién diablos te ha enmascarado así? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábete que soy substituto del Doctor Sangrado, el médico mas

famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la Medicina, de manera que visito parte de sus enfermos por aliviarle. Él va á las casas grandes, y yo á las pequeñas. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir te ha abandonado á tí la sangre plebeya, y él se ha reservado la ilustre. Te doy el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un Médico le conviene mas exercitar su oficio con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los Médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son ménos conocidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo, tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alexandro) si yo no fuera Fabricio, querria ser Gil Blas.

Para que conociese el hijo del barbero Nuñez que no exâgeraba ni mentia en dar tantas alabanzas á mi presente condicion, le mostré los doce reales del Alguacil y del Pastelero; y despues nos entrámos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el qual me pareció mucho mejor de lo que era, por la gran gana que tenia de beberlo. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago se me quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlámos largamente de nuestros respectivos amos, como

es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche, nos retirámos quedando apalabrados de que á la tarde siguiente nos volveríamos á ver en el mismo sitio.

CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas exerciendo la Medicina con tanta felicidad como talento. Aventura de la sortija perdida y despues recobrada.

No bien habia yo entrado en casa, quando tambien volvió á ella el Doctor Sangrado. Díle cuenta de las visitas que habia hecho, y le puse en la mano ocho reales que restáron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dixo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis, me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió; ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la quarta parte de lo que me toca á mí. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la quarta parte de lo que recibia, y cediéndome el Doctor la otra quarta parte de lo que yó le entregaba, venia

á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la Medicina. Al dia siguiente luego que comí, volví á echarme acuestas el hábito de substituto, y proseguí mi campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia registrado, y á todos receté los mismos medicamentos, aunque adolecian de muy diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas caminaban viento en popa, y ninguno, gracias al Cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un Médico, por excelente que sea. Entré en casa de un Droguista que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto Mediquillo de color amulatado, que se llamaba el Doctor Cuchilla, traido allí por un pariente del Mercader. Hice profundas reverencias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad, y despues de haberme mirado atentamente: señor Doctor, me dixo, yo conozco á todos los Médicos de Valladolid, hermanos y compañeros mios; pero confieso que la cara de vmd. me es absolutamente desconocida, por lo que es preciso que vmd. haya venido á establecerse en esta Ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, Señor, le respondí, soy un jóven Platicante, que trabajo á la sombra y

baxo los auspicios del Doctor Sangrado, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á vmd. el parabien, me replicó muy cortesanamente, de que haya abrazado el método de un hombre tan grande. No dudo que será vmd. habilísimo, aunque tan mozo todavía. Dixo esto en tono tan natural, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que le habia de replicar, quando el Especiero tomó la palabra, y nos dixo: Señores, tengo por cierto que vmds. saben perfectamente la Medicina, y así les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver á mi hijo sano.

Oyendo esto el Doctorcillo enano, comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo tratarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oir esto el Médico pulga me preguntó con cierto ayrecillo maligno y socarron: ¿y cree vmd. que con esos excelentes remedios se le salvará la vida al enfermo? Y como que lo creo, respondí con resolucion y firmeza: sin duda se conseguirá ese efecto, pues son los dos específicos mas universales y mas seguros contra todo género de enfermedades; y sino, que lo diga el Doctor Sangrado. Segun eso,

replicó el Doctor Cuchilla, se engañó mucho Celso, y escribió un disparate muy gordo, quando firmó de su mano que, para facilitar la curacion de un hidrópico, será muy conveniente dexarle padecer mucha hambre y mucha sed. ¡Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por mi oráculo. Engañóse, como se engañáron otros, y algunas veces tengo gran gusto en ir abiertamente contra sus opiniones. Conozco en el discurso de vmd., repuso Cuchilla, la práctica segura y llena de satisfaccion que el Doctor Sangrado pretende inspirar á todos los jóvenes profesores. La sangría y la bebida es su medicina universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres de bien perezcan entre sus manos..... Dexémonos de invectivas, le interrumpí yo algo secamente. Cae mal en un hombre de la profesion de vmd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dexarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura, y quizá vmd. habrá despachado á ella mas que otros. Si vmd. tiene algo contra el señor Sangrado, escriba contra él, que el señor Sangrado responderá, y entónces veremos por qual de los dos estan los silvos. Por Santiago, prorumpió lleno ya de cólera el Doctorcillo mostaza, que vmd. no conoce al Doctor Cuchilla. Sepa pues, amigo mio, que tengo garras y pico, y que de ningun modo me pone miedo Sangrado, el qual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que

un original sin copia. La figura del Mediquillo pimienta me hizo despreciar su cólera. Respondíle con desprecio; correspondióme con el mismo; y dentro de poco venímos á las manos. Dímonos algunos cachetes, y nos arrancámos uno á otro un puñado de cabellos ántes que el Especiero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubiéron conseguido, pagáronme mi visita, y detuviéron á mi antagonista, que verisímilmente les pareció mas hábil y mas inteligente que yo.

Pasada esta aventura, faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto Sochantre, hombre corpulento, y de un grueso vozarron, que estaba con calentura. Apénas me oyó hablar de agua caliente quando se mostró tan contrario á este remedio, que comenzó á echar votos. Díxome un millon de injurias, y aun me amenazó de que me echaria por una ventana. Salí de aquélla casa mas apriesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fuí derecho á la taberna de lo caro, dónde la víspera habíamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ámbos teníamos buenas ganas de beber, bebimos largamente, y despues nos retirámos cada uno á casa, ámbos en buen estado, quiero decir, entre dos vinos. No conoció el Doctor Sangrado el achaque de que yo adolecia, porque le conté con tanta viveza lo que me habia sucedido con el Doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal arti-

culadas á la mocion y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró un poco con el Doctor Cuchilla, y así me dixo: hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. Pues qué ¿ pretende el grandísimo ignorante que no se deben permitir á los hidrópicos las bebidas aqüosas? ¡ Pobre mentecato! Pues yo sustentaré delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los reumatismos y la opilacion. Es tambien muy oportuna para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le hielan; y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece extraña á los Mediquillos desbarbados, principiantes, incapaces de pensar y de hablar como filósofos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de desacreditarme, se harian todos discípulos mios, ó á lo ménos mis mas zelosos partidarios.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas adredemente, habia yo añadido algunas circunstancias de

mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dexó de advertir que aquella noche habia yo bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia alterado un poco. Qualquiera otro que no fuese el Doctor Sangrado habria maliciado un poco de la grande sed que me aquejaba; y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba entrando en devocion con las bebidas aqüosas, y así me dixo sonriéndose: amigo Gil Blas, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia, que la bebes como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento.* Lo que es ahora, crea su merced que daria yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el Doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil y aun mil millones de veces, exclamó, eran mas estimables y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos las termópolis de los siglos pasados, donde no se iba á prostituir vergonzosamente la hacienda y la vida, anegándose en

el vino, sino que concurrian allí á divertirse honestamente, y á beber agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia providencia de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyéron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente recurrir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las bodegas de los Boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber sino lo recetaba el Médico. ¡Oh qué rasgo de prudencia! Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas á que evitaran ó curaran todos los males bebiendo agua caliente que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir se queda solo en caliente.

Mas de una vez temí reventar de risa miéntras mi amo discurria en el asunto con tanta eloqüencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas, pues mostré ser del mismo sentir que el Doctor Sangrado; abominé el uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenian la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavía me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, Señor, dixe á mi amo,

hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópolis, de cuya falta tanto se lamenta vmd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometíle que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del Especiero, no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un Poeta, que padecia una especie de frenesí, me encontré con una vieja, la qual se llegó á mí, y me preguntó si era Médico. Respondíla que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta una nieta suya, que se sentia mala desde el dia anterior, ignorando qual fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un quarto adornado con muebles muy decentes, donde ví á una muger en la cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me dió golpe su traza; y despues de haberla mirado con alguna mayor atencion por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que toca á ella, me pareció no me habia conocido, ya fuese por el abatimiento de su mal, ó ya por el trage de Médico en que

me veia. Toméla el pulso, y ví que tenia en un dedo mi sortija. Sentí una terrible conmocion quando reconocí una alhaja á la qual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo que acudiese á su defensa el dicho Don Rafael, ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexô para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme que era mejor disimular por entónces, hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé pues este último partido. Miéntras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su pretendida ó su verdadera nieta. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia; ántes bien, haciendo del hombre sabio, dixe con mucha gravedad que todo dependia de falta de transpiracion, y por consiguiente era menester sangrarla quanto ántes, y humedecerla bien, haciéndola beber agua caliente en cantidad, para curarla segun las reglas.

Abrevié la visita quanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja, prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió: no pienses en tal disparate; ese seria el medio mas seguro para que

nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones. Acuérdate de lo que te sucedió en Astorga. Tu caballo, tu dinero y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario pues apelar á nuestra industria, si quieres volver á juntarte con tu desgraciado diamante. Déxamelo pensar á mí, miéntras voy á dar un recado de mi amo al Proveedor del Hospital; tú, espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos verémos.

Habia mas de tres horas que le estaba esperando, quando al cabo pareció. Al principio no le conocí. Habia mudado de trage; traía el pelo tendido, que le cubria parte de la cara, y unos mostachos postizos, que le tapaban lo demas de ella: del cinto le colgaba una espada larga, cuya empuñadura tenia, por lo ménos, tres pies de circunferencia; y venia al frente de cinco hombres, todos con las cabezas erguidas y con semblantes determinados, ni mas ni ménos como él, y todos con sus bigotes retorcidos, apuntalados con sendas perillazas. Servitor, señor Gil Blas, me dixo, acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene vmd. un Alguacil de nuevo cuño, y en esta brava gente que me acompaña, unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de vmd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante; y yo le empeño mi palabra que le

recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí este discurso, conociendo por él el estratagema que habia discurrido por favorecerme, aprobando mucho el arbitrio que habia imaginado. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los quales eran tres criados y dos aprendices de Barberos, todos amigos suyos, á quienes habia metido en que hiciesen aquel papel. Mandé traxesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos enderezámos todos á la casa de Camila. Llamámos á la puerta, que ya encontrámos cerrada. Vino á abrirla la vieja, y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de terror. No se turbe, madre, la dixo Fabricio con cierta maligna dulzura, que no venimos por mal, sino por un negocio de poca consideracion, que presto se evacuará. Diciendo esto, nos fuímos introduciendo hasta el quarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé yo el candelero, y acercándome á la cama de Camila, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor: infame, la dixe, ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien tan villanamente engañaste? En fin, ya te encontré, malvada. El Corregidor dió oidos á mi querella, y órden á estos Señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea pues, señor Alguacil, dixe á Fabricio, cumpla con lo que le han mandado,

y haga lo que le toca. No necesito, respondió con voz bronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reyna mia, y vístase prontamente, que yo tendré el honor de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta Ciudad.

Al oir esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y con las manos juntas, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veía pintada la desolacion y el terror: señor Gil Blas, me dixo, tenga vmd. misericordia de mí: esto se lo pido por aquella su casta madre que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavía fuí mas desgraciada que delinqüente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me quiera perder. Diciendo esto, se sacó la sortija, y me la puso en la mano. Pero yo la respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que me habia robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida vmd. á mí; pídaselos al traidor Don Rafael, á quien no he visto desde entónces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah

bribona ! interrumpió Fabricio ; ¿ pues qué ? ¿ no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello , para darte por legítimamente disculpada ? Basta que hayas sido cómplice de Don Rafael , para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven , ven á la cárcel , donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja , que juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos que el señor Corregidor no sentirá saber.

Al oir esto las dos mugeres , no omitiéron medio alguno para movernos á piedad. Alborotáron la casa á gritos , llantos y lamentos. Miéntras la vieja puesta de hinojos , ya delante del Alguacil , ya delante de los ministriles , procuraba excitar su compasion , Camila del modo mas tierno y patético del mundo , me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la Justicia. Fingí que me ablandaba , y dixe al hijo de Nuñez : señor Alguacil , puesto que ya he recobrado mi diamante , se me da poco por lo demas. No deseo que se hagan mas vexaciones , ni sea mas afligida esta pobre muger , porque no quiero la muerte del pecador. ¡ Bueno por Dios ! me respondió , vmd. es muy floxo de muelles , y no valia un cuerno para Alguacil. Yo no puedo ménos de cumplir con mi obligacion ; y el señor Corregidor expresamente me mandó que prendiese á estas damas , porque quiere su Señoría

hacer con ellas un exemplar que sirva de escarmiento. De gracia, le repliqué, sírvase vmd. hacer por mí alguna cosa, y afloxar un tantico el rigor de la órden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. Oh, señor Doctor, repuso Fabricio, ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea pues, veamos lo que me quieren regalar. Daréle á vmd., dixo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el Gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Respondò que son finas, dixo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja traxese una caxita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor Alguacil; y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dexó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas, dixo despues de haberlas atentamente considerado, me parecen de buena ley: y si se añade á ellas el candelero que el señor Gil Blas tiene en la mano, ni yo mismo me atreveré á salir por fiador de mi obediencia al señor Corregidor. No creo, dixe entónces á Camila, que por tal friolera quiera vmd. romper una composicion que la tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo, quité la vela del candelero,

entregué aquella á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dixo á las dos mugeres: á Dios, reynas mias, y estad sin cuidado, que voy á hablar al señor Corregidor, y á dexaros con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino quando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija: abandona Gil Blas la Medicina, y sale de Valladolid.

Executado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salímos de la casa de Camila alabándonos de un suceso que habia sido muy superior á nuestras mismas esperanzas, porque solo habíamos ido á recobrar una sortija, y nos llevámos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Léjos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido, creíamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dixo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta

bella hazaña, nos vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasarémos alegremente la noche. Mañana venderémos el collar, los pendientes y el candelero; harémos nuestras cuentas, y repartirémos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Parecióuos muy prudente y muy juicioso el pensamiento del señor Alguacil. Volvimos pues todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarian algun buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse órden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentámos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante la cena se excitáron especies graciosísimas, sobretodo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Escapáronsele mil preciosidades llenas de sal española, que nada debe á la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nuestra alegría un suceso inesperado y sumamente desagradable. Entró en el quarto donde estábamos un hombre de muy buena traza, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos entráron otros tres; y en fin de tres en tres fuéron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas caladas. Conocimos qué todos

eran ministros verdaderos de Justicia, y fácilmente penetrámos su intencion. Al principio pensámos en defendernos, pero en un instante nos rodeáron y nos contuviéron, así por su mayor número como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. «Señores, nos dixo el Comandante con cierto ayrecillo burlon, tengo noticia de la delicada y graciosa invencion con que vmds. han recobrado de manos de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. El estratagema fué ingenioso y excelente, tanto que merece ser públicamente premiado; recompensa que no se les puede á vmds. negar La Justicia, que tiene destinado á vmds. digno alojamiento en su misma casa, no dexará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio». Quedáron desconcertadas todas las personas á quienes se dirigió aquel discurso. Mudámos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habiamos inspirado en casa de Camila. Sin embargo Fabricio, aunque pálido y casi enteramente perdido, intentó justificarnos. Señor, dixo todo trémulo, nuestra intencion fué sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente superchería. ¿Qué diablos? replicó el Comandante con viveza; ¿á esa llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cáñamo, ó quando ménos á baqueta, esa inocentísima superchería? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo

por sus propias manos, os llevásteis, además de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo, os fingísteis ministros de Justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía y cometer tal maldad! ¿Os parece esta una venialidad que se lava con agua bendita? Muy dichosos seréis si solo se echa mano de la pena para borrarla y castigarla. Quando acabámos de comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros habíamos imaginado, nos arrojámos todos á sus pies, y le suplicámos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero fuéron inútiles todos nuestros clamores. Despreció con indignacion la propuesta que le hicimos de abandonarle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin estuvo inexôrable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles como la vieja que vivia con Camila, sospechando que no érámos gente de Justicia, nos habia seguido á lo léjos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda.

En la cárcel nos registráron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes

y el candelero, como tambien á mí aquella sortija con rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo: ni aun siquiera me dexáron los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas; por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tambien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla vestia el mismo uniforme, y tenia unos mismísimos modales. Miéntras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontráron, el oficial que mandaba la ronda, y se hallaba presente, referia nuestra aventura á los executores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iríamos á la horca sin remedio. Otros ménos severos decian que la cosa se podia componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en galeras. Miéntras resolvia sobre esto el Corregidor, nos encerráron en un obscuro calabozo, donde dormímos sobre paja extendida ni mas ni ménos como se extiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no habríamos salido de allí sino para ir á galeras, si al dia siguiente no hubiera oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, y desde luego resolvió hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre muy bien quisto en todo Valladolid. Hizo tantos empeños y removió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres; pero

mo salímos de prision como habíamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me traxo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non vobis, etc.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos á buscar nuestros respectivos amos. Recibióme muy bien el Doctor Sangrado: mi pobre Gil Blas, me dixo, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; ántes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la Medicina. Respondíle que este era mi ánimo; y con efecto me apliqué enteramente á ella. Léjos de faltarme en qué trabajar, nunca hubo mas enfermos, como me lo habia pronosticado mi amo. Introduxéronse fiebres epidémicas en la Ciudad y arrabales. Teníamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se dexa conocer la mucha agua que se heberia, y la gran cantidad de sangre que se derramaria. Mas yo no sé como era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo qual claro está que no podia ser), ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo ménos que estaba agonizando. Como todavía era yo un Médico novicio, poco acostumbrado á los homi-

cidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor, dixe un dia al Doctor Sangrado, protesto al cielo y á la tierra, que sigo exâctamente el método de vmd.; con todo eso mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestra medicina. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas poco ménos lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos: y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis remedios eran enteramente contrarios á las enfermedades que trato. Señor, le repliqué, si vmd. quisiera creerme, seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad el usar en nuestras recetas de preparaciones chîmicas. Lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentámos con nuestra agua y con nuestras sangrías. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que exâlto hasta los cielos el freqüente uso de la sangría y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo, siendo así, no es razon dar ese triunfo á sus enemigos. Dirian que vmd. se habia desengañado, y le quitarian el crédito. Perezca ántes el pueblo, nobleza y clero, y vamos nosotros adelante con nuestra tema.

Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que estan con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que valen tanto sus drogas como nuestros específicos.

Fuimos pues continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas hicimos mas viudas y huérfanos que vió el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que habia. Todos los dias se dexaba ver en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habíamos echado en la sepultura, ó un tio que se quejaba de que habíamos muerto á su sobrino; pero nunca veíamos á un sobrino ó á un hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios hubiésemos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos, tambien eran discretos: ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso, algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su dolor. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar á los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy hecho á ellos, los oía con la mayor frescura y serenidad de ánimo. Acaso tambien yo me hubiera acostumbrado con el tiempo á las injurias, si el cielo, quizá por librar de este azote á los

enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que apagó en mí el gusto á la medicina, que exercitaba con tan infeliz suceso.

Habia cerca de nuestra casa un juego de pelota, adonde concurria diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdonavidas de profesion, que se erigen en maestros, y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes ocasiones. Era Vizcayno, y se hacia llamar Don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco, pero muy fornido de miembros: sus ojos pequeños y centelleantes, que parecian girarle por la cabeza, y amenazar á todos los que le miraban; nariz chata y espatarrada, como derramada sobre una cara de figura piramidal; y unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna subian hasta las sienes. Su voz era tan áspera y tan bronca, que bastaba oirla para cobrar terror. Este rompe-palas se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvia soberana y definitivamente todas las disputas que se suscitaban entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas tenia seguro al dia siguiente un desafío. Tal qual le acabo de pintar, ni mas ni ménos era el señor Don Rodrigo, sin que el *Don*, que siempre iba delante de su nombre, le dispensase de ser un hombre plebeyo. Este tal hizo una grande impresion

en el corazon de una muger que era la dueña del juego. Tenia esta quarenta años, era rica, agradable, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan, y ninguno sabe explicar. Sea lo que fuere, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Quando estaba ya para concluirse el tratado, cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su Médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de quatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña adonde enviaba á mis enfermos; y sus parientes se apoderaron de quanto dexó. Don Rodrigo, con la desesperacion de haber perdido á su dama, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no contento con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me pasaria de parte á parte la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó no saliese de casa por no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no debia despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veía entrar en casa al furioso Vizcayno; y este pen-

samiento no me dexaba reposar. Obligóme en fin á abandonar la medicina, y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á tomar mi vestido bordado; despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener; y al amanecer del dia siguiente, salí de la Ciudad, temiendo siempre encontrar á Don Rodrigo de Mondragon en el camino.

CAPITULO VI.

Adónde se encaminó Gil Blas quando salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él.

Caminaba muy apriesa, y de quando en quando volvia á mirar atras para ver si me seguia el formidable Vizcayno. Teníale tan presente en la imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecia que era él. Cada instante me estaba dando saltos el corazon; pero despues que anduve una buena legua, me sosegué y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, adonde habia hecho ánimo de ir. Dexé á Valladolid sin dolor: solo tenia el de haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina; ántes bien pedia perdon á Dios de haberla exer-

citado. No por eso dexé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos: semejante á las mugeres públicas, que despues de arrepentidas de su libertinage, no por eso dexan de contar con gusto el dinero que las ha valido. Hallémie con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creía hacer fortuna. Fuera de eso, tenia gran gana de ver aquella Corte, que me habian pintado como un compendio de todas las maravillas del mundo.

Miéntras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y complaciéndome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traía acuestas una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero, que habian estado presos en la cárcel conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, y quedámos igualmente admirados de vernos juntos en aquel parage. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viage, él no manifestó ménos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa por que dexaba á Valladolid; y él me correspondió, diciéndome que habia tenido una pelotera con

su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid, añadió él, habria encontrado diez tiendas por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes; pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de donde ha diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el ayre nativo, y saber en qué estado se hallan mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Resolví ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzámos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si me sentia con apetito. En llegando al meson lo verémos, le respondí yo. ¿Pero no se puede tomar ántes alguna parva? me replicó él. Yo traygo en las alforjas alguna cosa para almorzar. Quando camino, tengo siempre cuidado de llevar para la bucólica. No gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles: en mis alforjas solo meto municiones de boca, mis navajas, y un poco de xabon, con la vacía en la cinta. Alabé su

providencia, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Tenia hambre, y consentí en un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado. Allí sacó su provision el barberillo, y toda consistia en media docena de nueces, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de las alforjas, fué una botita llena de un vino que aseguró ser muy delicado y generoso. Aunque los manjares no eran los mas exquisitos ni los mas apetitosos, todavía, como teníamos hambre uno y otro, nos supiéron muy bien, y no los desayrámos. Vaciámos tambien toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que, á mi parecer, no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion, nos volvimos á poner en camino, y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó que se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Parecióme que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo. Díle el gusto que deseaba, y en correspondencia le dixe que era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á simples

hechos. Todavía, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que divertirnos, se la referiré á vmd. tal qual ella ha sido; y diciendo y haciendo, comenzó á referirla poco mas ó ménos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo Barbero.

Fernando Perez de la Fuente, mi abuelo, (porque me gusta tomar las cosas muy de atras) despues de haber exercitado el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dexando quatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolás, heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fué el segundo, se aplicó á mercader, y trató en especería. El tercero, llamado Tomás, se dedicó á maestro de escuela. El quarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su herencia, y se fué á Madrid, donde esperaba darse á conocer algun dia por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separáron. Mantuviéronse en Olmedo, y allí se casáron todos tres con hijas de labradores, que traxéron en matrimonio poca dote, pero en cambio de ella una gran fecundidad. Parece habian apostado á qual habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del bar-

bero, por su parte parió seis en los cinco primeros años de casada, y yo fuí uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio. Apénas cumplí quince años, quando un dia me echó acuestas las alforjas que veis, y ciñéndome esta misma espada: ea, Diego, me dixo, ya puedes ganar la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perficionarte en tu oficio. Vete pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber girado toda España. No quiero oir hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, tomóme por la mano, y boniticamente me conduxo hasta ponerme de paticas en la calle.

Esta fué la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio ménos áspero, se mostró mas sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas, y aun me metió en la mano un ducado ocultamente, y como á escondidas del marido. Salí pues de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos, quando exâminé mis alforjas, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del qual habia dos navajas de afeytar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y con un pedacito de xabon. Ademas de eso hallé

una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre; y lo que sobretodo me alegró, fuéron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducia todo mi haber. Por aquí podrá vmd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, quando me echó de su casa con tan poca provision. Sin embargo, la posesion de un ducado y veinte reales mas no dexó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegria proseguí mi camino, mirando de quando en quando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, y me impedia el caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el mèson, y como si me sobrase mucho para el gasto, ordené con voz alta me traxesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion por algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: sí, me dixo con mucha dulzura, sí, Caballerito mio, vmd. quedará satisfecho, y será servido como un Príncipe. Condúxome á un zaquizamí tan pequeño como obscuro; y un quarto de hora despues me sirvió un plato de machorra, que comí con tanto apetito como si fuera de cabrito ó de ternera mongana. Acompañó el excelente plato con un vino que, segun él decia, el Rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que

ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho á la machorra. Despues era menester, para ser tratado en todo como un Príncipe, que me dispusiesen una cama mas propia para despertar á una piedra que para dormir. Figúrese vmd. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia extender las piernas sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso, el colchon de plumas se reducia á una especie de xergon ético y estruxado, sobre el qual se tendia una manta raida, y dos ó tres veces doblada, con una sábana de estopa tan negra, que habria servido á cien pasageros despues de la última lavadura. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de dibuxar, con la barriga llena de machorra y de aquel precioso vino que ántes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente, y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, despues de haber almorzado y pagado bien el principesco tratamiento que me habian hecho, me puse de un solo trote en Segovia. Luego que llegué, tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda, solamente por la casa y la comida; pero no me detuve allí mas que seis meses. Otro mancebo barbero, con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me alborotó los cascos, y me enganchó para que le hiciese compañía. Acomodéme luego sin trabajo sobre el mismo pie que en Segovia.

Entré en una tienda de las mas concurridas; pues su vecindad al Corral del Príncipe atraía tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Veíanse en esta tienda personas de todas clases y condiciones, pero entre otras, autores y comediantes. Una vez concurriéron á un mismo tiempo dos personages de la primera clase. Comenzáron á discurrir sobre los poetas y las poesías del tiempo, nombrando á mi tio entre los primeros. Entónces me apliqué á oirlos con mayor atencion. Don Juan de Zavala, dixo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó furiosamente. ¿Y Luis Velez de Guevara, dixo el otro, no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable? Nombráron no sé á quantos otros poetas, cuyos nombres no tengo presentes; pero me acuerdo bien que habláron de ellos muy mal. De mi tio hiciéron ámbos mas honorífica mencion. Sí, dixo uno de ellos, Don Pedro de la Fuente es un excelente autor. Sus escritos estan llenos de una gracia y de una erudicion, qué al mismo tiempo instruyen y deleytàn por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado en la Corte y entre el pueblo, ni de que muchos Señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una gruesa renta. El Duque de Medinaceli le

da casa y mesa; por lo que gasta poco, y precisamente ha de estar muy bien y tener dinero.

No perdí una sílaba de todo lo que dixéron de mi tio aquellos poetas. Ya sabíamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas que pasaban por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito, y se mostraba tan desviado de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y me informé donde vivia, tuve tentacion de ir á verle y darme á conocer. Solo me detenia el haber oido á los poetas llamarle *Don Pedro*. Aquel *Don* me hacia titubear, rezelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que así como habia sabido hacerse sabio, podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero; y así resolví presentarme á él. Para esto, al dia siguiente con licencia de mi amo, me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuellierguido por verme sobrino de un hombre, cuyo ingenio metia en la Corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo ménos sujeta á la vanidad. Comencé pues á tenerme en gran opinion, y caminando con orgullosa gravedad,

pregunté por la casa de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero me dixese qual era el quarto del señor Don Pedro de la Fuente. Suba vmd., me dixo, por aquella escalerilla excusada, mostrándome una que estaba á un rincon del patio, y llame á la primera puerta que encontrare á mano derecha. Hícelo así; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia allí el señor Don Pedro de la Fuente. Sí, Señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traygo noticias de su familia. Aunque se las traxera vmd. del Padre Santo de Roma, seria lo mismo, ni en este momento le introduciria yo en su quarto. Está actualmente componiendo; y miéntras trabaja, no quiere que ninguno entre á interrumpirle ni á distraerle. De nadie se dexa ver hasta mediodia, y así puede vmd. ir á dar una vuelta, y volver hácia aquel tiempo.

Salíme pues y me fuí á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tio me recibiria. Sin duda, decia yo entre mí mismo, que tendrá un grandísimo gusto de verme y conocerme, porque media su corazon por el mio; y todo se me iba en prevenirme para mostrarle el mas vivo y mas tierno agradecimiento. Al fin volví con toda diligencia á la hora señalada. Viene vmd. muy á tiempo, me dixo el page: presto saldrá mi amo,

espere vmd. aquí, que voy á avisarle. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me dió golpe, porque luego observé en su cara ciertos rasgos de familia. Era tan parecido á mi tio Tomás, que le hubiera tenido por él mismo, á no haberle visto en aquel trage y en aquel estado. Saludéle con el mas profundo respeto, y le dixe que era hijo de Nicolás de la Fuente, el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que habia tres semanas que estaba en Madrid exercitando el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de girar por toda España para perficionarme en mi profesion. Miéntras le estaba hablando, advertí que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando verosímilmente si me conoceria ó no por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para librarse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando un cierto ayre jovial y risueño, me dixo: y bien, amigo, ¿cómo estan de salud tus padres y tus tios? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion: fuíle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la lista hasta los nombres de sus padrinos y madrinas. Parecióme que no se interesaba infinitamente en tan menuda relacion; y queriendo atajar el discurso para venir á las inmediatas: ahora bien, querido Diego, me dixo, apruebo mucho el que pienses correr

mundo para perficionarte en tu oficio, y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras Ciudades del Reyno, donde no estan tan estragadas las costumbres. Vete pues, y quando estés ya para marchar, vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto, me fué llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que penetró mas que yo la verdadera intencion del señor Don Pedro, me dixo: yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exhortarte á correr mundo, me parece debia aconsejarte que te mantuvieses en Madrid. Él trata con tantas personas de la primera distincion, que fácilmente podria colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo hicieses gran fortuna. Enamorado de un discurso que me pintaba en la imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa del señor tio, y le representé que podia emplear su valimiento en acomodarme con algun personage de la Corte. Disgustóle mucho la proposicion. A un hombre vano, que entra francamente en casa de los Grandes, y se sienta con ellos á la mesa, no

le agrada mucho que un sobrino suyo coma con los criados, miéntras él está comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaria de confusion y vergüenza al señor Don Pedro. Este pues se irritó furiosamente, y lleno de cólera, me dixo: ¿cómo, bribonzuelo, quieres abandonar tu oficio? Anda y vete, que yo te dexo en manos de los que te dan tan perniciosos consejos. Sal de mi quarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en el, si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras, y me espantó mucho mas la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme con lágrimas en los ojos, muy apesadumbrado de la aspereza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural fiero y altivo, presto se me enxugó el llanto. Antes bien pasé del dolor á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente, sin el qual habia vivido hasta allí, y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entónces sino en cultivar mi talento y en aplicarme al trabajo. Rasuraba todo el dia, y por la noche aprendia á tocar la guitarra, siendo mi maestro un buen viejo, á quien yo afeytaba. Aunque su nombre era *Marcos Obregon*, comunmente le llamaban el *señor Escudero*, á causa que lo era de su ama. Sabia perfectamente la música, porque habia sido cantor en una Iglesia. Era hombre muy cuerdo,

de mucha capacidad y de grande experiencia, me queria como si fuera hijo suyo. Servia á la muger de un Médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Iba le yo á ver todos los dias al anochecer, quando no habia que hacer en la tienda; y sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero suavizándolas lo mejor que podíamos, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, dábamos gusto á las gentes que nos oían. Divertíase particularmente con nuestra música Doña Marcelina, que así se llamaba la muger del Médico. Baxaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que la caían mas en gracia. Su marido no la impedia esta diversion; pues aunque Extremeño y viejo, no era zeloso. Por otra parte, su profesion le tenia ocupado todo el dia; y quando se retiraba á casa por la noche, venia tan fatigado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano; y ninguna aprehension le daba el gusto que su muger tenia en nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de excitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadia qué aunque su muger era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo rezelo, siendo de una virtud tan rústica y tan agreste, que no podia sufrir que ni aun siquiera los hombres la mirasen; y así no llevaba á mal que tomase aquel honesto

é inocente pasatiempo, y nos dexaba cantar todo el tiempo que queríamos.

Una noche que fuí á la puerta del Médico para divertirme como acostumbraba, encontré al viejo escudero que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dixo queria nos fuésemos los dos á pasear un poco ántes de dar principio á la música. Luego que nos vimos en una calle excusada y solitaria, donde conoció que me podia hablar con libertad: querido Diego, me dixo con semblante triste y en tono doloroso, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero. He tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto lo que habia de suceder, protesto á Dios que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme este discurso, y supliqué al escudero que se explicase mas claro, diciéndome francamente qué cosa era la que podíamos temer, porque yo no era muy valiente, ni gustaba meterme en los peligros, y mas quando de nada podia tener experiencia, no habiendo dado aun el giro que pensaba dar por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer el riesgo en que nos hallamos.

Quando un año ha, entré á servir al Médico, me llevó una mañana al quarto de su muger,

y presentándome á ella, me dixo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á qualquier parte donde vaya. Quedé admirado al ver á Doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven y sumamente bella, gustándome sobretodo lo ayroso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una dama tan amable. Desagradó tanto á Doña Marcelina mi respuesta, que con semblante ayrado me dixo: *Oyga el impertinente, el atrevido. ¿Quién le ha enseñado á tomarse esas licencias? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas, ni aguanto requiebros.* Sorprendiéronme extrañamente unas palabras tan ásperas, pronunciadas por aquella boca, y tan agenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á componer aquel modo de hablar rústico, grosero y desabrido, con todo lo demas que veía en una muger de presencia tan grata. El marido acostumbrado ya á ello, léjos de enfadarse, se tenia por muy afortunado en haberle tocado una muger de aquel extraño carácter, tanto que me dixo: Marcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponia el manto para salir de casa, me mandó que la fuese sirviendo á la Iglesia. Apénas nos vimos en la calle, quando encontrámos dos mozalvetes, que, pagados del ayre y garbo de Doña Marcelina, la dixéron, como es tan ordinario, algunas cosas muy lisonjeras; pero ella les res-

pondió con tanto sacudimiento, y les dixo tantas necedades, que los pobres quedáron corridos y admirados, no sabiendo concebir como podia haber en el mundo una muger que no gustase de ser alabada y aplaudida. ¡Ah! Señora, la dixe: haga vmd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que la dicen: ménos malo es callar que responder con grosería y con desabrimiento. Eso no, replicó ella: quiero enseñar á estos insolentes que yo no soy muger que pueda sufrir me pierdan el respeto. En fin á cada paso se la escapaban tantas impertinencias, que al cabo me resolví á decirla todo lo que sentia, aunque fuese á peligro de disgustarla. Representéla del mejor modo que me fué posible, que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder tantas bellas prendas de que la habia dotado, malográndolas todas por aquel su humor desabrido, rústico y cerril; que una muger de genio dulce y de modales atentos, graciosos y cortesanos, se hacia amar de todos sin el socorro de la hermosura, quando por el contrario la mas hermosa, sin el auxîlio de estas otras prendas, era el objeto del desprecio de todos. A este discurso añadí otros dirigidos al gobierno y arreglo de las costumbres. Despues de haber moralizado á mi satisfaccion, temí que me costase caro mi zelo y mi fidelidad, excitando la cólera del ama, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto: mas no sucedió así. No se inquietó contra mi repre-

sentacion : contentóse con hacerla inútil por entónces ; y el mismo efecto produxéron otras que la fuí haciendo los dias siguientes.

Canséme de advertirla en vano sus defectos, y abandonéla á la rusticidad de su genio. Pero ¿ quién lo creyera ? aquel natural tan feroz, aquella muger tan orgullosa y tan selvática, de dos meses á esta parte mudó enteramente de humor. Hoy mira á todos con agrado, y á todos trata con dulcísimos modales. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino desprecios y necedades á los hombres que la saludaban ó alababan. Ya no se muestra insensible á las lisonjas que la dan, ni á los obsequios que la tributan. Gusta de oir que es hermosa, y que la digan que ningun hombre la puede mirar sin peligro. Son muy de su gusto los requiebros, y en suma ya es otra muger muy distinta de la que era. Esta mudanza apénas se puede concebir ; pero lo que mas te ha de admirar, es el asegurarte yo que tú mismo, sin saberlo, has hecho este gran milagro. Sí, querido Diego, tú has sido el autor de una metamórfosis tan extraña : tú has convertido aquel tigre feroz en una mansísima oveja. En una palabra, tú la has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez ; y yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por tí en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia yo que darte, y esta la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que vmd. me ha dicho, ni mucho ménos que sea tan grande desgracia mia, el que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó, bien se conoce que discurres y piensas como mozo. Solo miras al cebo, y no descubres el anzuelo. Te paras solo en el placer; pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que despues se han de seguir, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se irritará cada dia mas la pasion de Doña Marcelina; y olvidada de todo recato, llegará á conocerla el Doctor Oloroso su marido, el qual se ha mostrado tan condescendiente hasta aquí, porque no tenia el mas mínimo motivo para ser zeloso: pero despues entrará en furor, se vengará de su muger, y podrá hacernos á los dos un flaco servicio. Y bien, señor Marcos, le repliqué, yo me rindo á vuestras razones, y me pongo enteramente en vuestras manos. Dígame vmd. lo que debo hacer, y cómo me he de portar para precaver todo siniestro accidente. Dexando los dos nuestras músicas, me respondió, y procurando tú que no te vuelva á ver mi señora. Quando ya no te vea, poco á poco se la irá entibiando la pasion, y volverá á su tranquilidad. Espérame tú en casa del maestro; que yo te iré á buscar; y allá tocarémos y cantarémos sin peligro. Ofrecílo así; y con efecto hice propósito de no

volver mas á la puerta del Médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues era un hombre que no podia ser visto sin perjuicio de las mugeres.

Miéntras tanto el buen Marcos, á pesar de su prudencia, experimentó dentro de poços dias que el medio discurrido y aconsejado por él no habia bastado para templar el fuego de Doña Marcelina, ántes bien habia producido un efecto enteramente contrario. Esta dama, á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razon habíamos suspendido nuestra música, y quál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióla que me habian ocurrido tantas ocupaciones, que no me dexaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con valor y disimulo; mas al cabo perdió la paciencia, y no sin alguna viveza dixo al escudero: Marcos, tú me engañas; aquí se encierra algun misterio, que absolutamente quiero aclarar. Habla, y no me ocultes nada, que así te lo mando. Señora, respondió él pagándola con otra mentira, ya que vmd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse ya, sin cena. ¡Cómo sin cena! exclamó ella entre compasiva y colérica: ¿por qué no me lo has dicho ántes? ¡Pobre mozo! Anda al instante y traémele contigo, asegurándole que

nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré órden que se le reserve siempre algun plato.

¡Qué es lo que oygo! exclamó el escudero, admirado de oirla hablar de aquella manera. ¿Sois vos, Señora, la que proferis tales palabras? ¿Pues de quándo acá os habeis hecho tan sensible y piadosa? Desde que tú veniste á esta casa, me respondió con enojo, ó por mejor decir, desde que comenzaste á predicarme contra mis desdenes, y á exhortarme á que corrigiese mi soberbia, que llamabas rusticidad. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella, que sin saber cómo, he pasado de un extremo á otro. De altanera y de insensible, me veo ya demasiadamente mansa y tierna. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar. Su ausencia, en vez de templar mi amor, le enciende mas y mas. ¿Es posible, Señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de ayroso ni de lindo haya excitado en vos una pasion tan vehemente? Disculparia acaso vuestra pasion, si os la hubiera inspirado algun caballero jóven y de gran mérito. ¡Ah Marcos! replicó Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú, no obstante tu larga experiencia, todavía no las conoces bien, si te persuades á que el mérito determina su eleccion. Si he de juzgar á las demas por mí, nunca deliberan para empeñarse. El amor es un desórden de la razon, que á nuestro pesar nos arrastra tras del objeto amado. Es una enfermedad que

nace en nosotras, y nos atormenta como la rabia á los perros. No te canses pues en representarme que Diego no es digno de mi amor. Basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en persuadirme á que ni su talle ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece mas bello que el mismo dia; fuera de que tiene una voz que me encanta, y toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, Señora, replicó Marcos, ¿ habeis pensado bien en lo que es el tal Diego? Su baxa y humilde condicion..... Yo no soy mejor que él, me interrumpió; pero aun quando fuera una muger de la primera calidad, nunca repararia en ello.

Lo que resultó de esta conferencia, fué que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dexó en su capricho y se retiró, como cede un diestro piloto á la tempestad, que le desvia del puerto quanto mas forceja por desembarcar en él. Aun hizo mas por dar gusto á su ama: vínome á buscar, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: bien ves, Diego, me dixo, que no podemos excusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es necesario absolutamente que esta dama te vuelva á ver: de otra manera nos exponemos á que haga alguna locura que perjudique á su reputacion. Yo no me hice de rogar. Respondí á

Marcos que iria á su casa así que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta buena noticia. Hízolo así, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y de oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un lance pesado la hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy obscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá habia andado ya la mitad del camino, quando desde una ventana me regaláron de pies á cabeza con cierto agua va, que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal situacion, no sabia qué partido tomar. Volverme á casa, era exponerme á las pesadas zumbas y molestas carcajadas de los otros mancebos compañeros mios: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipage, no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ir á casa del Médico, persuadido á que encontraria á Marcos en la puerta, y que todo se remediaria, ántes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué así: encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió, me dixo que el Doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir muy á nuestra libertad. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme bien el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar en

donde me estaba esperando su ama. Apénas oyó esta señora mi sucia aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en expresiones del mayor dolor, como si fuera la mas funesta desgracia que me hubiese sucedido; y despues, apostrofando á la puerca que me habia acomodado de aquella manera, se desfogó echándola mil maldiciones. Señora, la dixo Marcos, moderad esos furores, considerad que todo fué un puro efecto de la casualidad, y no conviene mostrar tan vivo resentimiento. ¿Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se hizo á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni siquiera ha alentado una queja por el ultraje que recibió? ¡Oxalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle por mis propias manos!

Otras mil cosas dixo, pruebas todas de la vehemencia de su amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque miéntras Marcos me estaba limpiando, Marcelina corrió á su quarto, traxo una caxita llena de perfumes y aromas, quemó cantidad de estos, sahumó todos mis vestidos, y los roció con quintas esencias de abundancia. Concluido el sahumerio y aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina, y me traxo pan, vino y algunos bocados de carnero asado, que habia separado en la mesa para mí. Obligóme á comer; y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, ya me daba de beber, á pesar de quanto Marcos

y yo podíamos hacer y decir para que no se abatiese á semejantes demostraciones. Concluida la cena, los músicos templáron los instrumentos y las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó encantada de oirnos. Es verdad que de propósito escogí ciertos cantares patéticos, y ciertas letrillas amorosas que lisonjeaban su corazon; y debo confesar que miéntras cantábamos, de quando en quando lanzaba hácia ella unas ojeadas lánguidas y tiernas, que añadian mucho fuego á las estopas, porque verdaderamente ya me iba gustando el juego. No me cansaba el concierto, aunque ya duraba mucho. Por lo que toca á la dama, las horas la parecian momentos, y de buena gana se hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacian semanas, no la hubiera advertido que ya era muy tarde. Dexóselo decir mas de diez veces; pero daba con un hombre duro y cabézudo, que no la dexó respirar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y vió á su ama tan ciegamente apasionada, temia nos sucediese algun mal lance. El efecto justificó su temor, porque el Médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospechas y á dudar de algun enredo, ó ya porque el diablillo de los zelos, que hasta entónces le habia respetado, quiso probar á inquietarle, comenzó á no gustar de nuestras músicas, y aun hizo mas: nos las prohibió absolutamente, y en tono de amo que

queria ser obedecido sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no sufriria jamas que se admitiese en su casa á ningun forastero.

Avisóme Marcos de esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entónces me mortificó mucho, porque me hacia perder las dulces esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel reves de la fortuna. No así Marcelina, cuyo dolor fué mucho mas vivo. Querido Marcos, dixo al escudero, de tí solo espero algun alivio: haz todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á mi Diego. ¿Qué es lo que vmd. me pide, Señora, la respondió colérico? demasiada condescendencia he tenido con vmd. No, no quiera Dios que por fomentar una insensata pasion, contribuya yo al deshonor de mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel y de una conducta irreprehensible. Antes dexaré la casa que mantenerme en ella para hacer un papel tan indecente y vergonzoso. ¡Ah! Marcos, replicó la dama asustada de estas últimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazon, quando hablas de retirarte. ¡Pues qué! ¡piensas, cruel, abandonarme, despues

que tú me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh! ¿y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos? Gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres, quando pretendias enmendarlas..... Pero ¡qué es lo que digo, desdichada de mí! ¡A qué fin darte en cara con tan injustas quejas! No, amado padre, no, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso por Dios de las necias palabras que se me escapan. Mi pasion me ha trastornado el juicio; compadécete de mi debilidad. Tú eres mi único consuelo, y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras, redobló el llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse el rostro, y se dexó caer sobre una silla, como una persona que se rinde al peso de su afliccion. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan tierno. Sintióse vivamente penetrado, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndola lleno de ternura: ¡Ah, Señora, y qué atractivo es el vuestro! No tengo fuerzas para combatir vuestra pena. No me admiro ya de que el amor haya tenido

poder para haceros olvidar vuestro deber ; quando la compasion la ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprehensible conducta, se sacrificó buenamente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo sucedido, y me dixo tenia pensado ya modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza ; pero dos horas despues llegó á mis oidos una novedad tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Miéntras me disponia á rasurarle, me dixo : señor Diego, ¡ cómo le va á vmd. con su amigo el viejo escudero Marcos Obregon ? ¿ Ya sabrá vmd. que está para ser despedido de casa del Doctor Oloroso ? No por cierto, le respondí. Pues sépalo vmd., me replicó, y no dude que la cosa es muy cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban ahora de tener una conversacion á que me hallé presente, en la qual dixo el primero al segundo : señor Boticario, tengo que hacerle una súplica. No estoy satisfecho con el viejo escudero de Marcelina, y en su lugar quisiera una dueña fiel, adusta y vigilante, que fuese guardia de mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo : sin duda que tiene vmd. necesidad de la señora Melancia, que fué el ángel custodio de mi difunta esposa ; y aunque ha seis semanas

que enviudé, todavía la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero con gusto se la cedo á vmd., por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su frente y de su cabeza. Es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexô débil. Doce años enteros estuvo en casa, y siempre sin perder de vista á mi muger, que, como vmd. sabe, era moza y nada fea. En tan largo tiempo no se vió en mi casa ni aun la sombra de un galan ni pisaverde. Sí por cierto: buena era la dueña para sufrirlo. En aquella materia no entendia de chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de conversaciones y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor Doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ámbos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia que tuve por cierta, como en efecto lo era, turbó las ideas de todos los buenos ratos que yo me habia figurado: y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dixo, estoy contentísimo con que el Doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de

molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestas, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al Cielo, me veo libre ya de estos cuidados, y sobretodo de los remordimientos y peligros que los acompañaban. Por lo que toca á tí, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentaneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos, ademas de la ofensa de Dios. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar; y sin hacerme gran violencia, determiné abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes obstinados que hacen vanidad de luchar contra todos los impedimentos; pero aun quando lo fuera, la señora Melancia dexaria bien burlado mi empeño y tenacidad. El carácter de que suponian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas pertinaces y mas atrevidos. Con todo eso, y no obstante los colores con que me la habian pintado, no dexé de entender, dos ó tres dias despues, que la señora Médica habia tenido maña para adormecer á aquel Argos, faltando á su fidelidad. Salia yo una mañana de casa para rasurar á cierto vecino, quando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo el

señor Diego de la Fuente. Respondíla que sí, y ella me replicó: pues á vmd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de Doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Y bien, la repliqué yo: es preciso que quedemos de acuerdo en la señal que he de dar. Yo sé remedar el gato á maravilla, y maullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso el postillon del amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de vmd., señor Diego: el Cielo le conserve. ¡Oh qué mozo tan galan! A fe que si yo fuera una niña de quince años, no le buscaria para otras. Diciendo esto, se desvió de mí aquella dueña tan adusta y vigilante.

Agitóme furiosamente este mensage, y allá se fué toda la moral de Marcos. Esperé con impaciencia la noche, y quando me pareció que ya estaria durmiendo el Doctor Oloroso, me encaminé hácia su puerta. Allí dí principio á mis maullos, que podian oirse de léjos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado el idioma de los gatos. Hacíalo con tanta propiedad, que uno de los vecinos que volvia á su casa, creyendo que verdaderamente era yo uno de los animales que remedaba, cogió un guijarro que por casualidad halló á sus pies, y me le disparó con tanta fuerza, diciendo *maldito sea el gato*, que dándome en la cabeza, quedé aturdido un momento, y faltó poco para que no cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo; y per-

diendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro visitó y reconoció la herida que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas consecuencias, y se cerró ántes de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, la hiciese con algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para continuar el giro de toda España, luego que me ví perfectamente curado.

CAPITULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba remojando cortezas de pan en una fuente, y conversacion que con él tuviéron.

Contóme el señor Diego de la Fuente otras aventuras que le sucediéron despues; pero todas de tan poca substancia, que no merecen la pena de referirlas. Sin embargo, me ví obligado á oírselas contar, y en verdad no fué breve la relacion, pues duró hasta que llegámos á Puente Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa, y asasen una liebre, despues de haber reconocido que era verdaderamente tal. Al amánecer del dia siguiente

proseguímos nuestro camino, habiendo ántes provisto la bota de un vino mediano, y las alforjas de algunos mendrugos, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentímos con gana de almorzar; y habiendo visto, como á doscientos pasos de camino, muchos, grandes y copetudos árboles, que hacian una sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Allí encontrámos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba remojando en una fuente algunas cortezas de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Parecíonos mal vestido, mas por otra parte de buena traza, y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con la misma cortesanía. Presentónos luego sus cortezas remojadas, y con cierto ayre risueño y desenvuelto nos preguntó si éramos servidos. Aceptámos el convite en el mismo tono, mas con la condicion que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacámos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. O Señores, exclamó transportado de alegría, verdaderamente que vmds. vienen bien provistos de municiones de boca: se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo futuro. Yo me fio demasiado

en la fortuna. Sin embargo, no obstante el miserable estado en que vmds. me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago una figura muy brillante. Sepan vmds. que no pocas me tratan de Príncipe, y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dixo Diego, será vmd. comediante. Adivinólo vmd., respondió el desconocido; por lo ménos ha quince años que no tengo otro oficio. Era todavía niño quando ya representaba ciertos papeles pequeños, esto es, que tuviesen poco que decorar. Hablemos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza, yo dudo mucho en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pie, ni hacer almuerzos de San Anton; y me temo, me temo que si vmd. ha hecho algun papel, no habrá sido otro que él de encender y apagar las lamparillas. Piense vmd. de mí lo que quisiere, respondió el Histrion, lo cierto es que entro en los primeros papeles, y comunmente me hacen representar él de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á vmd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personage.

Comenzámos entónces á roer nuestros regojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan freqüentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dexámos enteramente vacía, sin que en todo este tiempo desplegase los labios

ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo, diciendo al comediante: estoy admirado de ver á vmd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone vmd. si le hablo con tanta claridad. Por cierto, replicó el actor, que se conoce no ha oido vmd. hablar del famoso comediante Melchior Zapata; porque ha de saber vmd. que, por la misericordia de Dios, no tengo un genio delicado. Me da vmd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y sino, miren vmds. esta chupa. Diciendo esto, nos mostró el forro de ella, que era todo de los carteles de comedia que se fixan en las esquinas. Este es todo mi abrigo, y si todavía tienen curiosidad de ver mi guardaropa, yo se la enseñaré. Héla aquí: y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de pasamanos viejos de plata falsa, un gorro muy raido, con penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un cribo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada. Ya ven vmds. ahora que soy medianamente infeliz. Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ¿No tiene vmd. muger, ni alguna hija bien parecida? Sí, Señor, respondió Zapata; pero vea vmd. la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda

comedianta, esperando que no me dexaria morir de hambre; mas por mi poca fortuna, dí con una muger de un juicio y recato incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo! Una muger virtuosa que se hallaba entre los comediantes de la legua, me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dixo el barbero, mas ¿por qué no se casó vmd. con alguna bella comedianta de las compañías de Madrid? Entónces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de lugar no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroinas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del Corral del Príncipe, y aun en ella tal vez se ven algunos precisados á proveerse en las Provincias. Es verdad que no les suele salir mal, porque no pocas veces encuentran aldeanas que se las pueden apostar á las Princesas de teatro.

¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó vmd. entrar en alguna de las compañías de la Corte? ¿Acaso se necesita un mérito infinito para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchior. vmd. se burla con su mérito infinito. Veinte hombres hay en cada compañía; pregunte vmd. al Público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad merecian por lo ménos cargar con un costal, como yo con mi mochila; y en medio de eso no es tan fácil, como se piensa, ser recibido entre ellos; pues hasta

en esto valen mas los empeños que la habilidad. Ninguno lo puede saber mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas cargado de silbos que todos los diablos, sin embargo de que esperaba ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome, y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas, cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama, miéntras yo estaba declamando. En una palabra, representaba en el gusto con que el vulgo celebra á los grandes actores; y en medio de eso, lo que aplaudia tanto en otros no lo podia sufrir en mí. Vea vmd. quanto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y faltándome el modo de introducirme, á pesar de todos los silbos de la mosquetería, dexé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora. Allí estan mi muger y mis compañeros, que me parece no han hecho tampoco gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder ir á otra Ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro Príncipe dramático, se levantó, echóse á cuestas su mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros: á Dios, nos dixo con mucha gravedad, quieran los Dioses inmortales derramar sobre vmds. dos á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle vmd.

en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos enseñó sus talones, comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzámos á silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbos de Madrid. Con efecto, creyó que todavía le duraban en los oidos: volvió la cara, y viendo que nosotros nos divertíamos á su costa, léjos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su camino, dando grandísimas carcajadas. Correspondímosle por nuestra parte, y volviéndonos al camino, seguímos nuestro viage.

CAPITULO IX.

Estado en que encontró Diego su familia; y como Gil Blas se separó de él despues de haberse divertido.

Fuimos aquel dia á dormir en un lugarcillo entre Mojados y Valpuesta, cuyo nombre se me ha olvidado; y al siguiente, á las once de la mañana entrámos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dixo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo ver sin llenarme de alborozo: tan natural es en todos el amar su propia patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como vmd., que tiene tanto amor á su pais, parece que habia de hablar de él con mayor estimacion. Vmd. me le pintó

como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y yo veo que es una grande y al parecer muy poblada villa. Así era razon que por lo ménos la tratase vmd. Yo la pido perdon, respondió el barbero, pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza y otras grandes ciudades de España, en el giro que hice de ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura y acercándonos á Olmedo, nos pareció ver cerca del pueblo gran multitud de gente; y quando nos hallámos á distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pabellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas muchedumbre de cocineros, que estaban disponiendo una gran comida para algun festin. Unos cubrian las mesas que estaban baxo las tiendas; otros echaban vino en grandes vasijas de barro; estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos revolvian luengos asadores, todos cubiertos de diferentes viandas. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastantemente elevado. Adornábale una decoracion de carton pintado de diferentes colores, y con una multitud de emblemas ó de divisas griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dixo: esto me huele terriblemente á mi tio Tomás; apuesto algo á que ha andado aquí su mano, porque tiene una máquina de libretes de gramá-

tica. Lo que me enfada, es que en las conversaciones encaxa sin cesar pasages enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos. Posee la antigüedad, lo qual se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. gr. aquella de que *en Athenas lloraban los niños quando los azotaban*; cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion, nosotros no la sabríamos.

Despues que mi camarada y yo vimos todas las cosàs que acabo de decir, nos vino gana de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al mismo tiempo que nos íbamos á informar, se encontró Diego con un hombre, que conoció ser su tio el señor Tomás de la Fuente, y se daba un cierto ayre como de director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer á su sobrino: tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dixo: ¡ó querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver á tus Dioses Penates, y el Cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡O dia tres y quatro veces beato! *albo dies notanda lapillo*. Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel ingenio espanta-Madrid, ya es víctima de Pluton: tres meses ha que murió. Hombre avariento, que toda su vida

estuvo temiendo que le habian de faltar siete pies de tierra para enterrarse: *argenti pallebat amore*. Tenia muchas pensiones de los Grandes, y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel Griego Aristipo, el qual, caminando por los desiertos de Libia, hizo á sus esclavos que dexasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban; alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? para que lo gozasen sus herederos á quienes no podia sufrir. Dexó á su muerte treinta mil ducados, que se repartiéron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolás acomodó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros Alcaldes: *connubio junxit stabili, propriamque dicavit*. Este himeneo, concluido baxo los mas felices auspicios, es el que ahora celebramos con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro costeamos cada uno la suya, y cada uno costeá tambien la fiesta del dia. Hubiera celebrado mucho hubieses llegado ántes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró el matrimonio, corrió tu padre con el gasto. Dió una soberbia comida, y despues hubo parejas; y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de

su cuenta el dia de ayer, y nos regaló con una bellísima fiesta pastoril. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y agraciados del lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas pulidas y aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dixes que se hallaron en su tienda. Toda aquella brillante juventud armó mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja todavía no hemos tomado el gusto á las pastorelas.

Hoy lo he tomado yo de mi cuenta, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el qual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, Rey de Marruecos*. Se executará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de familia, naturales de Peñafiel y de Segovia, y los tengo en mi casa á pupilo. ¡Excelentes representantes! Verdad es que los he enseñado yo. Su declamacion está acuñada en cuño maestro, *ut ita dicam*. En quanto á la tragedia, no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte

del placer de la sorpresa. Solo diré sencillamente que hará arquear las cejas á todos los espectadores. Es uno de aquellos sucesos trágicos que ponen toda el alma en conmocion por las terribles imágenes de la muerte que presentan á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario excitar el terror. ¡Ah! si yo me hubiera dedicado al teatro, nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y Príncipes asesinos; me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personages, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo, *hasta las mismas guardias?* haria tambien degollar al mismo apuntador. En fin solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De tal manera los poemas de esta especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el luxo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras, quando vimos salir de la villa y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexô. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y parientes, y precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo; haciendo un concierto de ruidoso estruendo nada apacible. Salióles Diego al encuentro, y dióse á conocer. Inmediatamente resonáron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos á

abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hiciéron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia, y quantos se hallaban presentes; y quando se aquietó un poco aquel primer turbion, le dixo su padre: seas bien venido, amigo Diego; en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes. ¿No es así? Por ahora no te digo mas; á su tiempo lo sabrás muy por menor. Miéntras tanto, todo el mundo se fué avanzando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuése sentando á las mesas, que ya estaban puestas y aderezadas. Yo no dexé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrámbos comimos con los dos novios, que me pareciéron corresponder bien uno al otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa y se mudasen los manteles, por aventajar á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas tan á la moda ni con tanta magnificencia.

Despues del festin, todos los convidados mostráron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomás, no dudando, decian, que seria dignísima de oirse una produccion de ingenio tan superior. Acercámonos pues al teatro, donde todos los músicos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los

intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dexáronse ver los actores de la primera escena; y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas, en sitio donde pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el Rey de Marruecos, por via de diversion, mató cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar á treinta oficiales Portugueses, que uno de sus Capitanes habia hecho prisioneros: finalmente en el tercero, aquel Monarca, zeloso de sus mugeres, pegó el mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las reduxo todas á ceniza. Los esclavos Moros y los oficiales Portugueses estaban representados por unas figuras de paja hechas con algun primor; y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonáron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creía yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Mulei-Bugentuf*; pero

engañéme como hombre. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y las trompetas. Era este la distribucion de los premios, porque Tomás de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, así pupilos como los que no lo eran, les habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á las mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo Preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente pues se dexáron ver en el teatro dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños, enquadernados en papel pintado con bastante aseo. Entónces todos los actores y compositores se presentáron en la escena, y formáron un semicírculo delante del Señor Tomás, el qual se dexaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera el Prefecto de un Colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósela al Rey de Marruecos, acompañándola con una profunda reverencia, y aquel Monarca la comenzó á leer en alta voz, llamando uno por uno á los nombrados para recibir el premio. Cada qual iba con el mayor respeto á recibir su libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver, quando pasaban delante del Monarca Marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laureles, y despues se iban sentando en unos taburetes

colocados junto al borde del teatro, para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos, pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el Preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir; porque observándose que la mayor parte de los premios habia tocado á los pupilos, como regularmente se practica, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, se alborotáron, y acusáron al maestro de parcialidad; y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que no se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapitas.

FIN DEL LIBRO II.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí.

Detuveme algunos dias en casa del barbero, y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con quatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas de vacío. Hízome montar en una, y contraximos tanta amistad en el camino, que quando llegámos á Segovia, quiso absolutamente que me hospedase en su cása. Dos dias descansé en ella; y quando me vió resuelto á partir para Madrid, me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo así, poniéndola yo mismo en manos del señor Mateo Melendez. Era este un mercader de paños, que vivia en la puerta del Sol. Apénas

abrió el pliego y leyó su contenido, quando me dixo con un modo muy cordial y gracioso: señor Gil Blas, mi corresponsal Pedro Palacios me recomienda la persona de vmd. con tan vivas expresiones, que no puedo dexar de ofrecerle un quarto en mi casa. Ademas de eso, me suplica le solicite una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto, y con esperanza de que no me será muy difícil colocar á vmd. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez sin hacer del Quixote ni del melindroso, con tanto mayor gusto quanto veía que mis provisiones poco á poco se iban disminuyendo; pero no le fuí gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias, me dixo que acababa de proponerme á un caballero amigo suyo, que tenia necesidad de un ayuda de cámara, y que, segun todas las señas, no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dexado ver el tal caballero en aquel mismo momento: Señor, le dixo Melendez, tomándome por la mano, este es el mozo de quien hablámos poco ha, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió; que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader, y me llevó consigo á la calle mayor, frente por frente de San Felipe. Entrámos

en una casa muy buena, donde él ocupaba un quarto: subímos una escalera, y á cinco ó seis pasos de ella me introduxo en una sala cerrada con dos buenas puertas, en la primera de las quales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban, ántes de abrir. Pasámos despues á otra sala, donde, por no haber alcoba, tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia considerado bien en casa de Melendez, tambien yo le examiné á él con particular atencion. Era un hombre como poco mas de cincuenta años, de un ayre frio y serio. Parecióme de buen natural, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho con mis respuestas: Gil Blas, me dixo, yo contemplo que eres un mozo de entendimiento y juicio, y me alegro mucho de tenerte en mi servicio. Por tu parte espero estarás contento con tu acomodo. Cada dia te daré seis reales para que comas y te vistas, sin perjuicio de otros gages y provechos que podrás tener conmigo. Yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados: nunca como en casa, sino siempre con mis amigos. Por la mañana no tienes otra cosa que hacer sino limpiar bien mis vestidos; lo restante del dia eres libre, y podrás hacer lo que quisieres: basta que por la noche te retires á casa á buena hora, y me esperes á la puerta de mi quarto; esto es todo lo que

exijo de tí. Despues de haberme dado esta instruccion, sacó seis reales del bolsillo y me los entregó para empezar á cumplir nuestro tratado. Salímos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dixo: no tienes que seguirme, y puedes irte adonde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera quando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto partió él, y me dexó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, me dixe entónces á mí mismo, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama y barrer su quarto por la mañana, te da seis reales cada dia, con libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni ménos como un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será fácil encontrar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en un meson poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia ordenado le esperase. Llegó tres quartos de hora despues, y pareció contento de mi puntualidad. Muy bien, me dixo, eso me gusta; yo quiero criados que sean atentos y exâctos en hacer lo que les mando. Dicho esto,

abrió las puertas del quarto, cerrólas tras de nosotros; y como nos hallábamos á obscuras, hizo fuego con un eslabon, y encendió un velon. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama, encendí por su órden una lamparilla que estaba en la chimenea, tomé el velon y llevélo á la antesala, donde me acosté en una camita ó catre sin colgadura ni cortinas. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana: acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salióse fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y étele aquí que uno y otro nos separámos por todo lo restante del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecia muy dulce y acomodada. Lo mas gracioso de todo era que yo aun no sabia como se llamaba mi amo. Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrian á su lonja á comprar géneros. Ni los vecinos pudiéron tampoco satisfacer mi curiosidad. Asegurároнme todos que no sabian de qué clase de hombres era mi amo, aunque habia dos años que habitaba en aquel barrio. Dixéronme que no trataba con ninguno de los vecinos; y algunos, acostumbrados á juzgar mal de todo temerariamente, inferian de esto que era un hombre de quien no se podia hacer juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espía de Portugal; y alguno me advirtió con caridad que corria yo gran pe-

ligro de visitar los calabozos de Madrid, no mejores, segun infiero, que los demas. Mi inocencia no me podia asegurar, pues no bastaba esta para no tener miedo á la Justicia. Habia probado dos ó tres veces que si la Justicia no quitaba la vida á los inocentes, á lo ménos no era la que mejor guardaba con ellos las leyes de la hospitalidad, y que siempre es gran desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debia hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé pues el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubriese que verdaderamente era un enemigo del Estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia y lo bien hallado que estaba con él, pedian que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner en práctica lo que habia determinado, hasta asegurarme de la verdad. Comencé pues á exâminar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: Señor, le dixe una noche miéntras le estaba desnudando, no sabe un hombre como ha de vivir para librarse de malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced como hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me

respondió, ¿qué es lo que pueden decir? ¡Ah! Señor, repliqué, á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la Corte nos observa con particular atencion? En una palabra, dicen que su merced es espía del Rey de Portugal. Entónces levanté los ojos y le miré fixamente á la cara, como Alexandro á su Médico, para notar el efecto que producia lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algun tanto, lo que confirmaba poderosamente lo que decia la vecindad; y noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbaxo, lo que tampoco interpreté muy favorablemente. Así estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dixo con voz y semblante muy tranquilo: Gil Blas, dexemos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas bocanadas. No hagamos caso de lo que dicen los hombres, miéntras no demos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucha paz, y yo hice lo mismo sin saber á qué habia de atenerme. Al dia siguiente, quando íbamos á salir de casa, oímos llamar fuertemente á la primera puerta de la escalera. Abrió el amo la segunda, y mirando por la rejilla, vió un hombre bien vestido, que le dixo: Señor caballero, yo soy alguacil, y vengo de parte del señor Corregidor á decir

á vmd. que su Señoría desea hablarle dos palabras. ¿ Qué me quiere el señor Corregidor ? respondió mi amo, no sin algun desabrimiento. Eso es lo que yo no sé, replicó el alguacil; pero no tiene vmd. mas que ir á su casa, y muy presto lo sabrá. Servidor del señor Corregidor, repuso su merced; yo no tengo nada que ver con su Señoría. Diciendo estas palabras, cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el quarto en tono de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho en que pensar el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dixo : amigo Gil Blas, tú te puedes ir á pasear adonde quisieres, que yo no pienso salir de casa tan presto, y en toda esta mañana no te he menester. Persuadíme al oir estas palabras, que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir á la calle. Dexéle pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha, me escondí en cierto parage, de donde podia observar si salia ó no. Hubiera tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana, si él mismo no me hubiese aliviado de este trabajo; pues pasado una hora, le ví salir y presentarse en la calle con un desembarazo y un ayre de seguridad, que dexó confundida mi penetracion. Mas no me deslumbráron estas apariencias; ántes bien me hiciéron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podia muy bien ser afectado, y aun llegué casi á creer

que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y dinero, y que probablemente iba á ponerse en seguro con la fuga. Perdí la esperanza de volverle á ver, y aun dudé si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba á que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo, no dexé de ir á esperarle, y me sorprendió quando le ví volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor señal de cuidado ni inquietud, y por la mañana se levantó y vistió con la mayor tranquilidad.

No bien habia acabado de vestirse, quando llamáron de repente á la puerta. Fué él mismo á reconocer por la rejilla quien llamaba. Vió que era el alguacil del dia antecedente; preguntóle qué se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor Corregidor. Al oir esto, se me heló toda la sangre en las venas. Tenia yo concebido un endiablado miedo, y mas que pánico terror á toda esta casta de páxaros, desde que habia tenido la desgracia de caer en sus manos; y en aquel momento quisiera estar cien leguas distante de Madrid: pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan medroso como yo, abrió la puerta con sosiego, y recibió al señor Corregidor con el debido respeto. Ya ve vmd., dixo á mi amo, que no vengo á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á

vmd. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á ser tratada con atencion. Sírvase vmd. decirme cómo se llama, quién es, y qué hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es Don Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, freqüentar los teatros, y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada, de honesta y grata conversacion. Sin duda, preguntó el Juez, que tendrá vmd. una grande y gruesa renta. No, Señor, repuso mi amo, no tengo rentas, ni tierras, y ni aun casa. ¿Pues de qué vive vmd.? le replicó el Corregidor. De lo que voy á mostrar á V. S., respondió Don Bernardo; y al mismo tiempo alzó un tapiz, y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al Juez en un gabinete, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos.

Ya sabe V. S., le dixo entónces, que nosotros los Castellanos somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna es comparable con la mia. Tengo un fondo de pereza y de holgazanería tal, que me hace incapaz de todo empleo y cuidado. Si quisiera canonizar mis vicios dándolos el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indo-

lencia filosófica, un rasgo de espíritu desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe, que soy haragan y perezoso por temperamento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo me dexaria morir de hambre. En virtud de esto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, para no tener el trabajo de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no tener que lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta y aun sobra para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo; pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo futuro, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios, que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco, y por mera diversion; y estoy ya muy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten entre el número de viejos lascivos, á quienes las mozuelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh, y qué dichoso es vmd.! exclamó el Corregidor. Teníanle contra toda razon por una espía, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga vmd., Don Bernardo, en vivir como ha vivido

hasta aquí. Tan léjos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídole á vmd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah Señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, acepto el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es la mayor de mis riquezas, y el último complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oímos desde fuera, el Corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones para manifestarle su reconocimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de cortesías y profundas reverencias, aunque en el corazon le miraba con aquel desprecio y aquella aversion con que todo hombre de bien mira á un alguacil.

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el Capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.

Quando Don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al Corregidor, acompañándole hasta la calle, volvió prontamente á cerrar el cofre y todas las puertas que le aseguraban. Hecha esta

diligencia, salió de casa muy contento por haber adquirido tan importante amistad, y yo no ménos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez, me obligó á enderezarme á su casa; pero al estar ya cerca de ella, me encontré con el Capitan Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro, ni pude ménos de estremecerme y temblar á su vista. Conocióme desde luego, acercóse á mí gravemente, y conservando todavía cierto ayrecillo de superioridad, me ordenó le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Adónde me llevará? puede ser que tenga aquí alguna cueva obscura. No lo creo; pero si lo creyera, en este mismo punto le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde paraba, con resolucion de alejarme de él á carrera tendida, por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y me disipó todo temor. Entróse en el figon mas famoso de Madrid, seguíle yo, mandó traer del mejor vino, y dispuso se hiciese comida para los dos. Miéntras tanto nos metimos en un quarto, y así que Rolando se vió solo conmigo, me habló de esta suerte. Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero aun mas te admirarás

quando me hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dexé en la cueva y partí con mis compañeros á Mansilla para vender las mulas y caballos que habíamos robado la noche anterior, encontrámos al hijo del Corregidor de Leon, acompañado de quatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometímoslos: hicimos morder la tierra á dos de ellos; los otros dos huyéron á quatro pies. Temiendo el buen cochero por su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios tuviésemos piedad, y no quitásemos la vida al hijo único del señor Corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les irritáron mucho mas. Señores, dixo uno, no dexemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A quántos de estos no ha hecho ajusticiar su padre? Vengúemosles, y sacrifiquemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudiéron tan inhumano consejo; y hasta mi Teniente se disponia ya á ser el gran sacerdote en aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo. Detente, le dixe: ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo; y pues no hace resistencia, seria una barbaridad el matarle. Fuera de que el hijo no es responsable de las acciones de su padre, y ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, así como nosotros cumplimos con

la del nuestro, en robar á los caminantes y pasageros.

Intercedí pues por el hijo del Corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Cogímosle todo el dinero, juntamente con los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demas que conducíamos. Volvímonos despues á nuestro soterráneo, adonde arribámos al dia siguiente, poco ántes de amanecer. No quedámos poco sorprendidos quando vimos levantada la trampa, y mucho mas quando encontrámos á Leonarda fuertemente amarrada en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo sucedido, y nos admirámos mucho de que hubieses podido engañarnos; pero te perdonámos la burla en gracia de la invencion. Luego desatámos á la cocinera: la dí órden de que nos dispusiese de comer. Entretanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontrámos casi espirando al viejo Negro, que en veinte y quatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio; pero habia perdido ya todo conocimiento, y nos pareció caso tan desesperado, que, á pesar de nuestra buena voluntad, abandonámos aquel pobre diablo entre la vida y la muerte. No por eso dexámos de sentarnos á la mesa; y despues de haber almorzado opiparamente, nos retirámos á nuestros quartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el dia. Quando

despertámos, nos dixo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevámos el cadáver á la cámara ó cueva donde te acordarás que dormias, y allí le hicimos los funerales, como si hubiera sido uno de nuestros compañeros.

Cinco ó seis dias despues sucedió que queriendo hacer una salida, encontrámos muy de mañana á la entrada del bosque tres brigadas de la santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para acometernos. Al principio no descubrímos mas que una. No la temimos, y aunque superior en número á nuestra tropa, la atacámos; pero al mismo tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echáron de repente sobre nosotros, y nos rodeáron de manera que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuénos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro Teniente y dos de nuestros camaradas muriéron en la funcion. Los otros dos y yo, envueltos y encerrados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y miéntras las dos brigadas nos llevaban presos á Leon, la tercera fué á cegar y destruir la cueva, que habia sido descubierta de este modo. Atravesando el bosque un labrador de las inmediaciones para volver á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva que dexaste abierta el mismo dia que te escapaste con la dama; sospechó que aquella era nuestra habitacion; y no teniendo valor para entrar en ella, se con-

tentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio, descortezó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta que se vió fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al Corregidor, cuyo gozo fué mucho mayor, por quanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El Corregidor hizo juntar las tres brigadas, y las dió por guia al labrador que habia descubierto el soterráneo.

Mi arribo á la ciudad de Leon fué un grande espectáculo para todos los vecinos. Aunque yo hubiera sido un General enemigo hecho prisionero de guerra, no habria sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el Capitan, y el terror de toda esta tierra. Merecia ser atenazeado, y no ménos sus dos compañeros. Presentáronnos al Corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dixo: el Cielo cansado de tus delitos te ha entregado á mi justicia. Señor, le respondí, es cierto que he cometido muchos; pero á lo ménos no tengo que acusarme del de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á mí me lo debe, y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah miserable! replicó, sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun quando yo te quisiera per-

donar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Despues de decir esto, nos mandó encerrar en un calabozo, donde no dexó pudrir á mis compañeros. Saliéron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza. Por lo que toca á mí, estuve tres semanas enteras en la prision. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para hacerle mas terrible; y en fin cada dia estaba esperando un nuevo genero de muerte, quando al cabo mandó el Corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella, me dixo: oye tu sentencia; quedas libre. Si no fuera por tí, mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre, deseaba agradecerte este gran servicio; pero no pudiendo absolverte como Juez, escribí á la Corte en tu favor. Pedí al Rey el perdon de tus delitos, y le conseguí. Vete adonde quisieres; pero creeme, añadió, aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Entra en tí, y abandona para siempre esa desastrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con resolucion de vivir tranquila y dulcemente en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no hacian la quarta parte de lo que debia heredar. ¿Pero qué habia de hacer? Nada

adelantaria con ponerle pleyto, sino tener de ménos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad, compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo, parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros se habrian opuesto á mi admision, si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó lo que viene á ser lo mismo, afectáron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todo el mundo interesa mucho en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los otros, porque el mejor es un diablo. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte todo el interior de mi alma. No me gusta el oficio que he abrazado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh, y quánto echo de ménos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva; pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exônerarme de este empleo, y desaparecer una mañanita muy temprano, para retirarme á las montañas que estan en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí una cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa, llena de Catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir, irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el

empleo de segundo Capitan de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándolos que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré de tí como informa un General de un Oficial, quando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando. Vmd. es inclinado á las empresas arduas y peligrosas; yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió, aquella dama, cuyo amor te hizo emprender lo que emprendiste, te está todavía muy dentro del corazon; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberla restituido sus muebles, estais comiendo juntos los doblones que recogísteis y robásteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado; y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la dama, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida, me volvió á hablar de los señores Catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos; volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no

lo podia conseguir, me miró con un ayre fiero, y me dixo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazon tan vil y baxo, que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones; pero escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mí..... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al figonero, pagó la comida, y nos levantámos de la mesa para ir cada qual por su camino.

CAPITULO III.

Dexa Gil Blas á Don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un petimetre.

Quando salímos del figon, y nos estábamos despidiendo uno de otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al Capitan. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante personage. A la verdad, la traza de Rolando no excitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, y con una nariz de papagayo;

y aunque no era desgraciada la figura, tenia no sé que trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Quando Don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé enteramente preocupado contra la catadura del Capitan, y muy dispuesto á creer todas las cosas que yo le pudiera contar, si me hubiera atrevido á confesarlas. Gil Blas, me dixo, ¿quién era aquel paxarraco con quien te ví salir del figon? Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese embarazado en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dixo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle, sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad, quando exercitaba yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo, en vez de turbarte y tragar saliva? Señor, le dixe, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente,

me replicó, dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mio, vete en paz, y date por despedido. Un criado que trata con alguaciles, no es lo que me acomoda.

Partíme inmediatamente, y fuíme en derechura á dar esta noticia á mi protector Melendez, el qual me dixo por consolarme, que estaba haciendo diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues, me dixo: amigo Gil Blas, muy léjos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con Don Matias de Silva. Es un Señor de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *petimetres*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo quanto se le ofrece: es verdad que todo va á fiado, pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y quando esto nó, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la quarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de Don Matias es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que, por respeto mio, hará de tí particular estimacion.

Miéntras íbamos caminando al palacio de Don Matias, me dixo el mercader: paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra; y sintiéndose con talento para el manejo económico, siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas, cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones á diligencia alguna para conservarte siempre en su gracia. Su amistad te será de gran provecho. Pagaráte exâctamente tu salario; y si logras merecer su confianza, no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. Don Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y de nada ménos cuida que de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegámos á la casa, preguntámos si podíamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontraríamos en su quarto. Efectivamente le hallámos en él,

y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader espalancó tambien los suyos, y se abrazáron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia por lo ménos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me exâminó de pies á cabeza, y me dixo con afabilidad y buena gracia, que yo era el mismísimo que convenia á Don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este Señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase baxo su proteccion; y dexándome con él se retiró, despidiéndose con una multitud de cumplimientos. Luego que salió, me dixo Rodriguez: yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano, y tomándole el talego, le dixo: veamos si estan aquí los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: ahora podemos ir, me dixo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta mediódia, y ya es cerca de la una, que es la hora en que amanece en su quarto.

Con efecto, acababa entónces de levantarse Don Matias. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre el brazo de la silla, y era su ocupacion aderezar tabaco rapé. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dixo el mayordomo, aquí está este mocito, que tengo el honor de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir ántes de ayer. Su fiador es Melendez, el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. se hallará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que yo le reciba; yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otras cosas, pues has venido quando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi amado Rodriguez. Anoche estuve muy desgraciado en el juego; perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar quanto ántes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen quando se pueda. Es preciso pues que busques en el dia doscientos doblones, y se los envies á la Condesa de Pedrosa. Señor, respondió el mayordomo, es mas fácil decir que executar. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo

cobrar un maravedí de sus arrendadores, por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aquí, por la misericordia de Dios, le he podido sobrellevar; pero no sé ya á qué Santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Quanto estás hablando es inútil, respondió Don Matias, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar sobre mí el gobierno de mi hacienda. Por cierto que seria una muy buena diversion para un hombre como yo. ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido á que presto se veria V. S. libre de ese cuidado. Ya me cansas y me asesinas con tanta bachillería, repuso enfadado el señorito. Déxame arruinar, sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero absolutamente que los busques y los halles. Voy pues, dixo Rodriguez, á ver si los quiere dar aquel viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Ve, y recurre aunque sea al mismo diablo, respondió Don Matias: como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demas no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, quando al irse el mayor-

domo, entró en su quarto otro señorito mozo, llamado Don Antonio Centellas. ¿Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí. Es cierto, respondió Don Matias: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi quarto, me da un mal rato. No sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas y me engullo el capital. ¡Gran bestia! como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió Don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Quando el grandísimo gamapan, en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo: me dice que me pierdo, y que todas mis rentas estan embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es, dixo Don Matias, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso, respondió Centellas... pero aguarda un poco, prosiguió reventando de risa, que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las escenas serias que cada dia representamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos da tanto enfado. Hagámoslo de este modo: yo

pediré á tu mayordomo el dinero que hubieres menester, y tú pedirás al mio el que yo necesitare. Dexarémosles decir todo lo que quisieren, y nosotros los oirémos con orejas de mercader. Al cabo del año, tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos: tú solo tendrás noticia de los mios; y verás como nos divertirémos.

A esta ingeniosa invencion se siguiéron mil chistosas agudezas, que alegráron á los dos señoritos, y uno y otro las lleváron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo, que apénas se le descubria un cabello. Quiso despedirse Don Antonio, y dixo: á Dios, Don Matias, que presto nos volverémos á ver. Quiero dexarte con estos Señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios serios. No, no, respondió mi amo: éstate aquí, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves, es un hombre muy de bien, que me presta dinero á un veinte por ciento. ¿Cómo *á un veinte por ciento?* replicó Centellas, como admirado. ¡Vive Dios¡ que has sido afortunado en caer en tan buenas manos; yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere prestar ménos de á treinta por ciento. ¡Qué usura! exclamó entónces el usererísimo viejo: ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que

hay otro mundo? Ya no extraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interes. El exórbitante precio á que venden sus empréstitos, es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo ménos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí; y si todos mis compañeros siguieran mi exemplo, no estaríamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa, y ofrecérsela á V. S. sin el mas mínimo interes; pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable veinte por ciento. Mas ¡ó Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de moral, que he procurado aprender para quietud de mi conciencia.

¿Quánto dinero ha menester V. S.? preguntó, volviéndose hácia mi amo. Doscientos doblones, respondió este. Quatrocientos traygo en un talego, dixo el usurero: contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de debaxo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dexar con quinientos doblones en el quarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y ví por experiencia la mucha razon con que Melendez

me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dimas, dixo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexîon que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato, quando solo pedí á vmd. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á vmd. Tomaré pues esos quatrocientos doblones sobre el mismo pie, para excusarle el trabajo de hacer otro viage á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen eclesiástico, heredero de grandes posesiones, que emplea quanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres mugeres que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad, interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un pliego de papel, la tendrá vmd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el Señor Don Matias se digne echar su firma en este papel. En virtud de él libra á vuestro favor

quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar. Me contento con él, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entónces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que inmediatamente firmó, silbando miéntras firmaba, sin haberle siquiera leido, ni permitido que leyesen el papel.

Concluido este negocio, se despidió el viejo de Don Matias, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, Señor Dimas, soy todo de vmd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al Estado, el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los Señores que gastan mas de lo que sufren sus rentas. Tienes razon, dixo entónces Centellas, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este, que se contenta con un veinte por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos petimetres para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de bien zarandeado, le dexáron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos, y aun alguna cosa mas.

Luego que salió Rodriguez con el testaferro de sus maldades, envió Don Matias á la Condesa de Pedrosa la mitad de los doblones por

mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faltriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero, dixo muy alegre á Don Antonio: y bien, ¿en qué hemos de gastar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengamos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centellas, que eso es ser hombre de juicio. Deliberemos pues. Quando iban á tratar de lo que habian de hacer, entráron otros dos señoritos, poco mas ó ménos de la misma edad, uno de los quales se llamaba Don Alexo Seguier, y otro Don Fernando de Gamboa. Luego que se viéron juntos los quatro, comenzáron á darse tantos abrazos y besos, como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia, Don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra á Don Matias y á Don Antonio: y bien, Señores, ¿dónde pensais comer hoy? Si no estais empeñados, os quiero llevar á una casita de los cielos, donde beberéis un vinito de los Dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. Oxalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues así no hubiera perdido mi dinero.

Yo, dixo Centellas, quise tomarme anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre de todo gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de aquellos ricazos que hacen sus negocios manejando los del Estado, un asentista

En el adorno de la casa se veía magnificencia y eleccion de muebles exquisitos; la mesa propiamente cubierta y bien servida; pero descubrí en los dueños de la casa cierta especie de ridículo, que me divirtió infinitamente. El dueño, aunque de nacimiento baxo y de educacion grosera, afectaba modales caballerezcos y á lo grande. Su muger, bien que horriblemente fea, se imaginaba adorable, y decia mil necedades sazonadas con un acento vizcaino que las daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados á la mesa quatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora quanto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, Señores, dixo Don Alexo Seguier, cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el Marques de Zenete, Don Juan Moncada, y vuestro servidor. Pasámos la noche en beber y en decir equivoquillos galantes. ¡Pero qué noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son grandes ingenios, ni de las mas agudas; pero ¿qué importa? su desembarazo y desenvoltura valen bien las mas delicadas agudezas. Son dos criaturas alegrísimas, vivacísimas y loquísimas; y estas me gustan mas que las juiciosas, modestas, y mas discretas del mundo.

CAPITULO IV.

Adquiere Gil Blas amistad con los criados de los primeros petimetres; secreto que estos le enseñáron para lograr á poca costa la reputacion de hombre agudo; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.

Prosiguiéron aquellos señoritos en divertirse de esta manera hasta que Don Matias, á quien yo ayudaba á vestir, se halló en tren de poder salir de casa. Díxome entónces que le siguiese; y todos los quatro petimetres tomáron juntos el camino de la casa adonde habia ofrecido conducirlos Don Fernando de Gamboa. Comencé pues á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, por que cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus respectivos amos, imitando su ayre y movimientos. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera, y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dixo: hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondí, porque ha muy poco

tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mí tambien, replicó él; todavía hueles á provincia, porque te veo tímido, embarazado, y observo en la accion un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra, que presto te desbastarémos y te pulirémos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió. Está cierto y muy cierto que no hay hombre tan desaliñado y tan selvático, á quien no sepamos acepillar y pulir.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que estaba en la cofradía y en la hermandad de unos buenos hijos, no dudando ya que en breve tiempo me harian un mozo de todo garbo. Quando llegámos á la tal casa, hallámos ya preparada la mesa, y dispuesta la comida que Don Fernando habia tenido cuidado de ordenar desde la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzáron á comer y á chacharear con mucha alegría, y era para mí grandísima diversion el verlos y oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertian infinitamente. ¡Qué viveza! qué chistes! qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Quando se sirviéron los postres y la fruta, les presentámos muchas botellas de los mejores vinos extrangeros; y levantados los manteles, nos retirámos los criados á otro quarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi quadrilla eran hombres de mucho

mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar los modales de sus amos; afectaban tambien hablar el mismo lenguage, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á la reserva de un cierto ayrecillo de nobleza, que no sabian imitar, en todo lo demas parecian los mismos. Admirábanme su desenvoltura y desembarazo; pero mucho mas me admiraban su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de Don Fernando, en atencion á que su amo era el que regálaba á los nuestros, hacia los honores del festin, y llamando al dueño de la casa, le dixo: maestro Andres Mantuano, traednos diez botellas del vino mas generoso de España que tengais, y segun lo acostumbrado, cargadlas en la partida del que bebiéron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él; pero, señor Gaspar, ya sabe vmd. que el señor Don Fernando me está debiendo muchas comidas: si por medio de vmd. pudiera cobrar algun dinerillo..... ¡Oh! respondió el criado, no tengais cuidado por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho seqüestrar nuestras rentas; pero mañana harémos que se levante el seqüestro, y seréis pagado de todo lo que contuviere la cuenta sin exâminarla. Tráxonos el vino, no embargante el seqüestro, y bebimos poderosa-

mente, miéntras llegaba el dia de que este se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos hacíamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros respectivos amos. El criado de Don Antonio llamaba *Gamboa* al de Don Fernando, y el de Don Fernando llamaba *Centellas* al de Don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando baxo estos nombres postizos, ni mas ni ménos como lo habian hecho nuestros señores amos baxo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dexáron de mostrarse bastante contentos conmigo. Amigo Silva, me dixo uno de los ménos tartamudos, espero que harémos de tí algo de bueno. Veo que tienes fondo é ingenio; pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso, ¿quántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir quanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil impertinencias, como entre ellas se te escape algun dichico agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose un concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas

debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirla, me pareció tan fácil y practicable, que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido, para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir, que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar, entre mil extravagancias, algunas agudezas que me merecieron grandes aplausos de toda la brigada. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Redoblé con tragos la charlatanería para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dixo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy distinto del que eras. Cada dia te irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de calidad. Insensiblemente eleva y ennoblece el espíritu: efecto que no se experimenta en el servicio de gente baxa, y ni aun en la de mediana condicion. Sin duda, le respondí; y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! exclamó el criado de Don Fernando, que ya

estaba entre dos vinos. No es dado á la gente baxa el tener pensamientos altos, ni genios superiores como nosotros. Ea, Señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la Laguna Stigia de no servir jamas á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fué á media noche, lo que á mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos saliéron de allí tan temprano, fué por ir á ver á una maja que vivia en el barrio de Palacio, y tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á quarenta años, perfectamente linda, todavía de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que segun se decia, vendia mas caros los rebuscos que lo que habia vendido las primicias de su belleza. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de Señores que en ella se veía. Ponianse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuviéron en la tal casa hasta amanecer; y miéntras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran ménos joviales que

sus amas. En fin nos separámos todos luego que la aurora se dexó ver, y cada uno se retiró á descansar por su parte.

Mi amo se levantó á mediodia como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle, y entrámos en casa de Don Antonio Centellas, donde encontrámos á un tal Don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser petimetres, se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñándoles á brillar en el gran mundo, y á disipar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazáron los tres, dixo Centellas á mi amo: á fe, Don Matias, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un mayorazguillo que ha convidado hoy á comer al Marques de Zenete y á Don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas de la partida. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó Don Matias. Se llama Gregorio Noriega, respondió Don Alvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los paises extrangeros, y al partir le dexó un grandísimo caudal. Gregorio es un pobre tonto, muy dispuesto á comer y gastar todo su dinero haciendo de petimetre, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza que no se lo quiso conceder,

Púsose en mis manos para que le gobernase; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de sus rentas está ya medio comido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centellas, y espero verle presto en el Hospital. Vamos, Don Matias, conozcamos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello, dixo mi amo, porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos villanos, que presumen hombrear y confundirse con nosotros. Como, por exemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los Grandes, obligáron á vender su misma casa. ¡Oh! replicó Don Antonio, ese tal no merece se le tenga lástima, porque no es ménos necio, ni ménos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partiéron pues mi amo, Centellas y Don Alvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centellas y yo, fuimos tambien tras de ellos, ámbos á dos muy persuadidos á que nos esperaba una gran bucólica, y ámbos tambien muy contentos de contribuir por nuestra parte á la ruina de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa, vimos mucha gente ocupada en preparar la comida, y nos vino á las narices un olor de cocina, que prevenia el olfato muy en favor del gusto. Acababan de llegar el Marques de Zenete y Don Juan de Moncada,

Dexóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo majadero aforrado en lo mismo. Afectaba inútilmente el ayre y los modales de los petimetres; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar quanto tenia. Señores, dixo Don Alvaro, este es el Señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento á vmds. como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, y es un jóven muy cultivado. Escojan vmds. lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografía. Oh, Señor, eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio, sonriéndose de muy mala gracia. Yo sí, Señor Don Alvaro, que podia retrucar á vmd. el argumento, porque vmd. sí, que es aquello que se llama un pozo de *ciencia*. Cierto, replicó Don Alvaro, que no fué mi ánimo procurarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, Señores, que el nombre del Señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo, dixo Don Antonio, lo que admiro en él, mas aun que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas que trata. En lugar de buscar comerciantes, solo

gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguiéron otros muchos en todo semejantes. Vistiéron de pies á cabeza al buen Señor; y de quando en quando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre babazorro. Al contrario, todo lo convertia en substancia, tomando á la letra quanto le decian, y se mostraba muy contento de sus taymados huéspedes; pareciéndole que le hacian mucho honor, siendo así que se burlaban de él. En fin fué el hazmereir todo el tiempo que duró la mesa, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasáron los Señores mios en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni ménos como nuestros amos; y todos estábamos bien compuestos, quando salímos de casa del Señor Gregorio.

CAPITULO V.

Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Despues de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, miéntras

despertaba el amo, fuí á hacer mi corte al mayordomo, cuya vanidad me pareció se complacia del cuidado que yo ponia en rendirle mis respetos. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien á la vida que hacian los Señores. Respondíle que, aunque nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que era ántes, pasé de repente á vivaracho, atolondrado, intrépido y aturdido. Cumplimentóme sobre mi metamórfosis el criado de Don Antonio, y me dixo que para ser hombre ilustre, no me faltaba mas que tener aventuras amorosas. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria en un petimetre; que todos nuestros camaradas estaban amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de ser mirado con buenos ojos por dos damas de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dixe: amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no acierto á concebir cómo se han podido prendar de un hombre de tu condicion dos damas distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad verdaderamente! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho baxo los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de Señor, aprendí bien los modales, y fuíme al paseo

público. Hice guiñadas y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis significativas muecas. Seguíla, y logré tambien hablarla. Díme el nombre de Don Antonio Centellas: pedí una cita, hizo algunos esguinces, apreté, convino al fin en ello, etc. Hijo mio, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas; y si tú las quieres tener, sigue mi exemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre, para que dexase de poner en execucion este consejo, y mas quando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví pues enmascararme de Señor para buscar amorosas aventuras. No quise hacerlo en nuestra casa porque no se supiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquetillo, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia vestirme y desnudarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y quando nos pareció que ya no cabia mas, me encaminé hácia el Prado de San Gerónimo, de donde estaba bien persuadido á que no volveria sin haber hallado alguna fortuna; pero no tuve necesidad de ir tan léjos para encontrar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle excusada, ví salir de cierta casa pequeña, y montar en un coche que estaba á la puerta, una dama ricamente vestida y perfectamente bella. Paréme á mirarla,

y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado. Por su parte me hizo ver que merecia mi atencion mas de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el manto, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuése en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ¡Oh qué hermosura! me decia yo á mí mismo. No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos damas que aman á Mogicon son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte, si mereciese servir á una dama como esta. Miéntras estas reflexiones, volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir á aquella hermosa niña, y ví asomada á la ventana del quarto baxo una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Partí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y discreta vieja, que teniéndome por algun Marques, me saludó con mucho respeto, y me dixo: sin duda, Señor, que V. S. habrá hecho baxo concepto de una muger, que sin tener la fortuna de conocerle, le hizo seña para que entrase en su casa; pero juzgará mas benignamente de mí, quando sepa que no lo hago así con todo el mundo, y que V. S. me parece algun Señor de la Corte. No se engaña vmd., amiga, la interrumpí, poniendo la pierna derecha

sobre la izquierda, y ladeando un poco el cuerpo con gracia y autoridad. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa de ver. Yo, Señor, tengo gran gusto, así lo confieso, en servir de algo á las personas de circunstancias. Este es mi flaco. Habiendo observado desde mi ventana que V. S. se paraba á mirar con atencion á aquella dama que acaba de salir de aquí, me atreveré á suplicarle me diga con toda franqueza y confianza si le ha gustado. Gustóme tanto, la respondí, que en mi vida he visto criatura que me haya arrebatado mas. Os lo juro como caballero de honor. Así pues, madre mia, vamos á una los dos, y contad seguramente con mi agradecimiento. Este es de aquella especie de servicios que nosotros los Señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir á personas de mayor condicion, y que todo mi gusto es poderlas ser útil en alguna cosa. Por exemplo: yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que estan de honestas y virtuosas, no las permite admitir en la suya cortejantes: yo las ofrezco la mia, para que puedan conciliar en ella su inclinacion ó temperamento con la decencia exterior. ¡Bellamente! la respondí yo, y es muy verosímil que vmd. acabe de hacer este servicio á la dama de quien estamos hablando. No por cierto, repuso ella; esa es una

Señora viuda y moza, que desea tener un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un Señor, á lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros la he presentado, todos tres á qual mas galan y mas ayroso; y sin embargo, ninguno la contentó, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh madre! exclamé yo, eso á mí no me acobarda: disponed que yo la trate, y sobre mi palabra, que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo gran curiosidad de verme á solas con una muger esquiva, porque hasta ahora ninguna he encontrado que me resista. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará su curiosidad. No faltaré, respondí; y verémos si un caballero cortesano, mozo y no corcobado ni cobarde, puede emprender con felicidad esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras, hasta ver el éxito de la presente. Al siguiente dia, despues de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora ántes de la que ella me habia señalado. Señor, me dixo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida. Es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de esa amabilísima persona. Encargóme que nada le dixese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S., que no puedo ménos de

decirle que ha quedado muy enamorada de V. S., y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudica es un bocado muy dulce. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas, que saben vivir en el celibato sin echar nada de ménos.

Tardó poco nuestra heroina en llegar á casa de la vieja en coche como el dia anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dexó ver en la sala, salí al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas reverencias á la petimetra, acompañadas de garbosas y tiernas contorsiones. Acercándome despues á ella con cierto ayre de familiaridad, la dixe: madama, aquí tiene vmd. á sus pies, en este caballerito mozo, una de las mas difíciles conquistas; pero desde que ayer tuve la dicha de ver esos bellos ojos, astros del mas hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó él de cierta Duquesa que ya comenzaba á poseer mi corazon. Sin duda, respondió ella, quitándose el manto, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegria, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de fixar como el azogue ó el espíritu volá-

til. Reyna mia, la repliqué, si á vmd. la place, dexemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. Vmd. es bella, yo la amo: embarquémonos sin reflexion, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegacion, pongamos solamente los ojos en los placeres y gustos que la acompañan.

Diciendo esto, me arrojé precipitadamente á los pies de mi ninfa; y para imitar mejor á los petimetres, la supliqué y aun importuné de un modo algo demasiadamente natural, que me hiciese feliz, dispensándome su gracia. Parecióme algun tanto conmovida con mis instancias; pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de rendirse, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo, diciéndome: deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino. Qué, madama, exclamé yo, ¿será posible que vmd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primera tixera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado, repuso ella, ya no puedo mas, y así me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los Señores son inútiles los aspamientos. Es preciso que una pobre muger haga la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió, aparentando una especie de vergüenza, como que padecia mucho su pudor en aquella confesion. Vos, Señor, me habeis inspirado ciertos afectos que jamas he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S., para

determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura; y aunque me confieso inclinada á su persona, no me acabo de resolver á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entónces del ingenioso modo con que el criado de Don Antonio habia salido de otro apuro semejante; y queriendo yo, á exemplo suyo, ser tenido por mi amo, la dixe: no tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan obscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de Don Matias de Silva? Sí, Señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion le ví en casa de una amiga mia. Sonrojóme un poco, á pesar de mi descaro, esta no esperada respuesta, y me turbé algun tanto; pero serenándome en el mismo instante, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: me alegro, ángel mio, de que conozcais á un caballero á quien tambien conozco yo; pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y así somos, como veis, parientes muy cercanos. Yo me llamo Don César, y soy hijo único del ilustre Don Fernando de Ribera, que murió, quince años ha, en la batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una accion endiabladamente viva, y os haria una exácta y menuda

relacion de ella; pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere se empleen en cosas de mayor gusto.

Despues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada Diosa me prometió, solo sirviéron para hacerme suspirar mas por los otros que se me negáron. La cruel volvió á meterse en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dexé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavía no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora conseguir, me decia yo á mí mismo, mas que unos medios favores, sin duda es porque siendo mi Princesa una dama tan distinguida, la pareció que no podia ni debia rendirse al primer abordo. El orgullo de su nacimiento retardó mi dicha, pero esta solo se difirió por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor que por la peor parte, y así me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habíamos quedado de acuerdo, quando nos despedímos, que nos volveríamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me saboreaba en el gusto, cuya posesion creía infalible.

Lleno de tan risueños pensamientos llegué

á casa del barbero; mudé de vestido, y fuí en busca de mi amo, que sabia estar en cierta casa de juego. Halléle jugando con efecto, y conocí que ganaba, porque no era de aquellos fresquísimos jugadores que, ganen ó pierdan, nunca mudan de semblante. Mi amo era burlon y aun insolente quando le daba bien; pero si perdia, no se le podia sufrir. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al Corral de la calle del Príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y allí me puso en la mano un ducado, diciéndome: toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Vete á divertir con tus amigos, y á media noche me irás á buscar en casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de Don Alexo Seguier. Diciendo esto metióse en el teatro, y yo me quedé pensando en qué habia de emplear mi ducado segun la intencion del donador. Tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel mismo punto Clarin, criado de Don Alexo, y le llevé conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarin debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma órden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baxa, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia, y la otra de Florimunda, riéndose ámbas á carcajada tendida, miéntras sus dos amas se estaban divirtiendo en el quarto principal con nuestros amos.

El arribo de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. Pero ¡ quál fué mi admiracion, quando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudica, á mi adorable viuda, que yo habia tenido por una Marquesa ó Condesa! Ella tambien me pareció no ménos sorprendida de vêr á su querido Don César de Ribera convertido de petimetre en lacayo. Sin embargo, nos mirámos uno á otro sin desconcertarnos; y aun nos vino á entrámbos tal ímpetu de risa, que no la pudimos reprimir. Despues de lo qual, Laura, que este era el nombre de mi Princesa, retirándome á parte, miéntras Clarin hablaba con la compañera, me tomó con gracia la mano, diciéndome en voz baxa: toque vmd., Señor Don César, dexémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vmd. hizo su papel á las mil maravillas, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿ Qué le parece del lance? Ea, confiese vmd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, la respondí; pero, reyna mia, seas lo que fueres, sábete que aunque he mudado de forma, no he mudado de parecer. Acepta benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de Don Matias lo que comenzó Don César de Ribera.

Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis amantes y de mis adoradores. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aquí con toda libertad, porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion, mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general; fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entenderse. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, brillaba sobre todos, mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reían tan poderosamente por la parte alta, que se conocia no ser su conversacion mas seria, ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dixéron aquella noche en casa de Arsenia, se pudiera componer un libro muy instructivo para la juventud. Miéntras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa, quiero decir, que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarin siguió á Don Alexo, y yo me retiré con Don Matias.

CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos Señores sobre los comediantes de la compañía del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un billete de Don Alexo Seguier, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasámos á ella, y encontrámos allí al Marques de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. Don Matias, dixo Seguier á mi amo, presentándole el tal caballerito, este caballero es Don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la Corte de Varsovia casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Polonia. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y divertido, tengo necesidad de tí y del Marques de Zenete. Al oir esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de Don Alexo, y recíprocamente se hiciéron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia Don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido, y de un discernimiento delicado y justo.

Comiéron todos en casa de Seguier, y despues

de comer se pusiéron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entónces fuéron todos al teatro en el Corral del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada : *la Reyna de Cartago.* Acabada la representacion, volviéron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la comedia que acababan de oir, y los actores que la representáron. En quanto al drama, dixo Don Matias, hago poco aprecio de él, porque encuentro á Enéas mas frio é insulso que en la Eneyda; pero es preciso confesar que se presentó divinamente. Veamos lo que nos dice el Señor Don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á vmds. tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente con sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no van de acuerdo nuestras opiniones. Bien dicho, interrumpió burlándose Don Alexo, porque aquí seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los trompeteros de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas; somos defensores del primor con que representan; y si fuere menester, darémos certificaciones de que no es posible representar con mayor delicadeza, y ni aun con igual perfeccion. No lo dudo, interrumpió el pariente; y tambien pudieran vmds. darlas de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que voy viendo que las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestros comediantes de Polonia, dixo entónces zumbándose el Marques de Zenete. Sí, ciertamente, respondió Don Pompeyo, valen algo mas que los de Madrid. Por lo ménos hay algunos en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esos tales, replicó el Marques, estarán seguros de vuestras certificaciones. Yo, repuso Don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellos, ni concurro á sus francachelas; y así puedo juzgar de su mérito sin prevencion ni parcialidad. Pero en buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos á que en vuestros comediantes teneis una compañía excelente? No parblios, respondió el Marques, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y abandono á todos los demas. ¿Pero me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la magestad y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada Reyna? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diferentes, que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se consume ó que se exhala, quando llega á lo mas fino y mas patético de la declamacion. Convengo, respondió Don Pompeyo, en que mueve á llanto y excita compasion; esto quiere decir que representa bien, pero no que no tenga sus defectos. Dos ó tres cosas me chocáron en ella. Por exem-

plo : ¿ quiere expresar un afecto de admiracion ó de sorpresa? vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la magestuosa gravedad de una Princesa. Añádese á esto, que intentando engrosar un poco la voz, la qual es naturalmente dulce y delicada, hace una especie de sonido bronco muy desapacible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la pieza hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no entendia aquello mismo que decia. Con todo, creo mas bien que fuese alguna distraccion, que falta de inteligencia.

A lo que veo, dixo Don Matias á este censor, ¿ vos no estais de humor de componer versos en aplauso de nuestras comediantas? Perdonadme, respondió Don Pompeyo, ántes bien descubro en ellas un gran talento por entre los celages de algunos ligeros defectos. Y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en los intermedios. ¡ Qué gran naturalidad! ¡ Con qué gracia se presentó en las tablas! ¿ Tiene en su papel un dicho agudo? le sazona con una cierta risita maligna, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársela que alguna vez se dexa llevar con un poco de exceso de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo mugeril, que siempre debe contenerse en los términos de vergonzoso y honesto; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera se corri-

giese de una mala costumbre. Muchas veces en medio de la escena y en un pasage serio, interrumpe de improviso la accion, por dexarse llevar de un ímpetu de reir que de repente la viene. Diráseme acaso que entónces es precisamente quando mas la aplauden el patio y la cazuela. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice vmd. de los comediantes? Sin duda que contra estos disparará toda su artillería, quando no ha perdonado á las comediantas. No es así, respondió Don Pompeyo, ví algunos actores mozos que dan mucha esperanza; sobretodo me contentó grandemente aquel comediante gordo que hizo el papel de primer Ministro de Dido. Recita muy naturalmente, y como se debe recitar. Si esos le contentáron á vmd. tanto, dixo Seguier, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Enéas. ¿No le pareció á vmd. un gran comediante, un actor original? Y aun demasiado original, respondió Don Pompeyo, porque tiene tonos que son privativos suyos, por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos salen fuera del natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se para en las otras que no tienen alguno. Tal vez hace tambien gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtióme infinitamente, con especialidad en aquel pasage en que explica á su confidente la gran violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su Princesa. No es fácil expresar un dolor tan có-

micamente. Poco á poco, primo, replicó Don Alexo; al paso que vas, nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la Corte de Varsovia. ¿Sabes que el actor de quien se trata, es un hombre raro? ¿No oiste las palmadas y los vivas con que fué de todos celebrado? Todo esto prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban esas palmadas ni esos vivas, replicó Don Pompeyo: dexemos, Señores, si les place, esos aplausos del vulgo de todas clases. Freqüentemente los da fuera de tiempo y contra toda razon; y por lo comun aplaude ménos al verdadero mérito que al falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la refiera.

Juntóse en una gran plaza todo el pueblo de cierta Ciudad, para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dexóse ver solo en el tablado, cubrió la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un cerdillo de leche con tanta propiedad, que todos creyéron que verdaderamente tenia escondido debaxo de la capa algun marranito verdadero. Comenzáron todos á gritar que se quitase la capa; hízolo así, y viendo que no tenia cosa alguna debaxo de ella, se renováron los aplausos y la furiosa algazara del populacho. Un labrador que estaba en

el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas expresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dixo: Señores, sin razon se admiran vmds. de lo que hace este bufon. No ha hecho el papel de marranito lechal con tanta perfeccion como á vmds. les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él; y si alguno lo duda, no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silbar al paisano, que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dexáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon, y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agáchase cubierto con su capa, tira de la oreja á un marranito que llevaba escondido baxo del brazo, y el animalito comienza á dar unos gruñidos que taladraban las orejas. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbos. No por eso se turbó, ni se desconcertó el buen labrador; ántes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: *Señores*, dixo con mucha socarronería, *vmds. no me han silbado á mí, sino al marrano. Miren ahora que buenos jueces son.*

Primo, dixo Don Alexo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncico, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto, prosiguió, porque

este ya me empalaga. ¿Con que tú estás resuelto á partir mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en gozar por mas tiempo de tu amable compañía? Tambien quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dixe que vine á la Corte á cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer Ministro, mañana debo volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Varsovia. Cátate un Polaco hecho y derecho, replicó Seguier, y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no, respondió Don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el Rey de Polonia, y estoy bien hallado en su Corte; pero ¿creerás tú que no obstante la bondad con que me distingue su real benignidad, no faltó un tris para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo así? le replicó Don Alexo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto, respondió Don Pompeyo, y al mismo tiempo contaré tambien la historia de mi vida.

CAPITULO VII.

Historia de Don Pompeyo de Castro.

Ya sabe Don Alexo, prosiguió Don Pompeyo, que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas; y como en España gozábamos una paz

Octaviana, tomé el partido de ir á Polonia, á quien los Turcos acababan de declarar la guerra. Me presenté al Rey, y obtuve empleo en su exército. Era yo un segundo de los ménos ricos de España, lo que me puso en precision de señalarme en las funciones con hazañas que mereciesen la atencion del General. Hice mi deber de modo que el Rey me adelantó y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran vmds., me dediqué á seguir la Corte; y S. M. por los buenos informes que diéron de mí los Generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del Monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poníame en su presencia á aquellas horas en que era permitido verle y hacerle corte. Por esta conducta me introduxe insensiblemente en su amor, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia en que se corriéron cañas y sortija en un torneo, sobresalió mi buena suerte de manera que toda la Corte aplaudió mi valor y mi destreza. Volví á casa colmado de aclamaciones, y halléme con un billete de cierta dama, cuya conquista me lisonjeó mas que todo el honor y todos los aplausos de aquel dia. Deciame en él que deseaba hablarme, y que para eso á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que ella misma señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama

de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán vmds. que no me descuidé, y que apénas anocheció, volé al parage que se me habia citado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introduxo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me conduxo á un rico gabinete, en que me dexó encerrado, diciéndome: sírvase V. S. de esperar aquí miéntras aviso á mi ama. Ví mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bugías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuía á ratificarme en que no podia ménos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me aseguré en mi opinion, quando ella se dexó ver con un ayre verdaderamente noble, garboso y magestuoso. Sin embargo no era lo que yo habia pensado.

Caballero, me dixo, á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria tan impertinente como inútil disimularos los tiernos sentimientos que habeis excitado en mi corazon. Ni penseis que estos me los inspiró el gran mérito que habeis manifestado á vista de toda la Corte; no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su explicacion. Tiempo ha que estoy muy informada de lo que sois; y lo mucho bueno que oí, me determinó á seguir mi inclinacion. Pero no os lisonjeés, prosiguió ella,

creyendo que habeis hecho la conquista de alguna Duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un Oficial de guardias: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria, es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores Señores del reyno. El Príncipe de Radzivil me ama, y hace quanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo sufro sus obsequios por vanidad.

Aunque conocí por este discurso que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dexé de mostrarme agradecido á mi estrella por este encuentro. Madama Hortensia, que así se llamaba, estaba en la flor de su juventud, y su extraordinaria hermosura me encantaba. Fuera de eso, me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensiones de un Príncipe. ¡Gran triunfo para un caballero mozo y Español! Arrojéme á los pies de Hortensia para rendirla gracias por sus favores. Díxela quanto la podia decir un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas expresiones con que la protesté mi fidelidad y mi reconocimiento. Separámonos, quedando los dos mejores amigos del mundo, convenidos en que nos veríamos todas las noches que no pudiese venir á su casa el de Radzivil, tomando ella á su cargo el avisarme exâctamente. Así lo hizo, y en fin yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Venus.

Pero los gustos de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó la dama

para que nuestro comercio no llegase á noticia de mi competidor, no dexó de saber todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Informóle de ello una criada descontenta: y naturalmente generoso, pero fiero, zeloso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La cólera y los zelos le turbáron la razon; y aconsejándose solo con su furor, determinó tomar venganza de mí, pero del modo mas infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia, me esperó á la puerta falsa del jardin, en compañía de sus criados, armados todos de garrotes. Luego que salí, hizo que se echasen sobre mí aquellos miserables, y les ordenó me moliesen á palos. Dadle recio, les decia; muera á garrotazos ese temerario, que con esta infamia quiero castigar su insolencia. Apénas dixo estas palabras, quando todos me asaltáron y me diéron tantos palos, que me dexáron tendido en tierra, sin sentido y como muerto. Retiráronse despues con su amo, para quien habia sido aquella cruel execucion el mas divertido y alegre espectáculo. Al amanecer pasáron cerca de mí algunas personas, las quales observando que todavía respiraba, tuviéron la caridad de llevarme á casa de un Cirujano. Por fortuna se advirtió que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en ménos de dos meses. Al cabo de este tiempo volví á parecer en la Corte, donde proseguí en

el mismo método que ántes, pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la qual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio la habia perdonado el Príncipe su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué imaginarse de mi aparente insensibilidad. Unos creían que á pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultraje. Otros, con mayor razon, no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El Rey pensó, como estos, que yo no era hombre que olvidase un insulto sin tomar satisfaccion, y que no dexaria de vengarme quando encontrase oportunidad. Para saber si habia adivinado mi pensamiento, me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dixo: Don Pompeyo, ya sé el lance que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quien pudo ser mi ofensor, porque fuí acometido de noche por embozados y gente desconocida, y nada tengo que hacer sino consolarme de mi desgracia. No, no, replicó el Rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera. Estoy informado de todo. El Príncipe de Radzivil fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y Español,

y sé muy bien en lo que te empeñan estas dos calidades. Sin duda has formado resolucion de vengarte. Quiero absolutamente me confieses el partido que has tomado; y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda, no puedo ménos, respondí yo, de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, Señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo, es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien el ultraje que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al Príncipe de una manera que corresponda á la indignidad de la ofensa. Le envaynaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España, si pudiere. Este, Señor, es mi ánimo. A la verdad, repuso el Rey, me parece violento; pero ni por eso me atreveré á condenarle, considerada bien la villanía de la injuria que te hizo Radzivil. Conozco que merece el castigo que le tienes preparado; pero suspéndelo por un poco, y no le pongas en execucion tan presto. Dame tiempo para pensar y encontrar algun temperamento que os esté bien á los dos. ¡Ah Señor! exclamé yo, no sin alguna conmocion: ¿pues á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto? ¿Qué temperamento puede jamas?... Si no encuentro alguno que os dexe á entrámbos satisfechos,

podrás executar entónces lo que tienes resuelto. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes vivir muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo por qué medios podia pretender el Rey componer amigablemente este negocio; y he aquí como lo gobernó. Habló en particular á mi enemigo, y le dixo: Radzivil, tú has ofendido á Don Pompeyo de Castro: no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo amo, y que me ha servido bien. Le debes dar satisfaccion. Señor, respondió el Príncipe, si él la pide, pronto estoy á dársela con la espada en la mano. Es muy diferente la que le debes dar, replicó el Rey. Un Español noble sabe demasiadamente las leyes del pundonor, para querer medir la espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la indecencia de una accion tan villana, sino presentando tú mismo un baston á tu enemigo, y ofreciéndote á ser apaleado por su mano. ¡Santo cielo! exclamó mi enemigo. Pues qué, Señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi nacimiento se humille delante de un caballero particular, hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso, respondió el Rey. Yo obligaré á D. Pompeyo á darme palabra de que no te tocará: solo pretendo le pidas perdon de tu violencia, presentándole el palo. Señor, replicó el Príncipe, eso es pedirme demasiado, y quiero mas quedar expuesto á las ocultas y alevosas asechanzas de su

resentimiento. Tu vida es para mí preciosa, repuso el Monarca, y yo quisiera que este negocio no tuviera funestas conseqüencias. Para terminarlo con ménos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que absolutamente quiero y mando des al injuriado Español.

Necesitó el Rey de todo su poder para conseguir que Radzivil se sujetase á un paso tan humilde; pero al fin lo logró. Envióme despues á llamar. Contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, y me preguntó si me contentaria yo con aquella satisfaccion. Respondíle que sí, y dí palabra de que léjos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano el baston que me presentase. Arregladas así las cosas, concurrímos el Príncipe y yo al quarto del Rey en cierto dia y á cierta hora, y S. M. se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dixo al Príncipe, reconoced vuestra falta, y mereced el perdon. Hízome entónces sus excusas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, Don Pompeyo, ese baston, me dixo el Rey, y no os detenga mi presencia para tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que me disteis de no maltratar al Príncipe. No, Señor, respondí; basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un Español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el Rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podréis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre ca-

balleros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dixo el Príncipe en tono alterado y descompuesto, porque solo esto es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras, se retiró lleno de cólera y de confusion, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio excusado. Acudí á él, y le encontré muy prevenido para reñir bien. Tenia unos quarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor. Podíase decir con verdad que era igual el partido entre los dos. Venid, Don Pompeyo, me dixo, y terminemos de una vez nuestras diferencias. Uno y otro debemos estar furiosos, vos por el tratamiento que os hice, y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto, echó mano á la espada arrebatadamente, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor viveza; pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer; y no sé lo que hubiera sucedido á no haber tropezado el Príncipe, y caido de espaldas quando se defendia retirándose. Detúveme así que le ví en tierra, y le dixe se levantase. ¿Por qué razon me perdonais? me preguntó. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. Tambien quedaria muy obscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera

aprovecharme de vuestra desgracia, vileza que no cabe en un corazon noble y español. Levantaos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

No, Don Pompeyo, me dixo miéntras se iba levantando, despues de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí, si tuviera la desgracia de pasaros el corazon? Tendríame por un villano cobarde, si quitaba la vida á quien me pudo dar la muerte. No puedo pues armarme contra vuestra vida; ántes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. Don Pompeyo, cesemos ya de aborrecernos. Poco dixe: seamos amigos. ¡Ah, Señor, exclamé yo, y con qué gusto acepto una proposicion tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad; y para daros desde luego la prueba mas concluyente, os prometo no poner mas los pies en casa de Doña Hortensia, aun quando ella lo deseara. No admito la promesa, dixo él, ántes bien quiero cederos aquella dama. Es mas razon que yo os la abandone, puesto que su inclinacion es natural por vos. No, no, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me dispensase podrian inquietaros, y así quiero sacrificárla á vuestra paz y quietud. ¡Oh, insigne Español, lleno todo de nobleza y generosidad! exclamó transportado Radzivil, y estrechándome entre sus brazos; me encanta, me hechiza ese vuestro nobilísimo modo de pensar.

¡Oh, y qué remordimientos siento al oirlo! ¡Con qué dolor y con quánta vergüenza se me viene á la memoria el villano ultraje que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del Rey. Quiero repararla de un modo mas público, para borrar enteramente la infamia. Tengo una sobrina, de cuya mano puedo absolutamente disponer: yo os la ofrezco; es una heredera rica, no tiene mas que quince años, y todavía es mas hermosa que jóven.

Hice al Príncipe todos los cumplimientos, y le dí todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de entrar en su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la Corte se congratuló con aquel Señor, por haber hecho la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegráron conmigo del feliz remate de una aventura que prometia mas doloroso y funesto desenlace. Desde entónces acá, Señores mios, vivo con el mayor gusto en Varsovia. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tio me da cada dia nuevos testimonios de su amistad; y puedo asegurar sin ostentacion que estoy bien puesto en el ánimo y en la gracia del Rey. Prueba es de su estimacion la importancia del negocio que de su órden me ha traido á Madrid.

CAPITULO VIII.

Muda Gil Blas de amo por cierto accidente que sucedió.

Esta fué la historia que contó Don Pompeyo, y que oímos el criado de Don Alexo y yo, aunque nos mandáron que nos retirásemos ántes que la principiase. Hicímoslo así; mas nos quedámos á la puerta de la sala, que de propósito dexámos entornada, y pudimos oir todo lo que dixo sin perder una sola palabra. Prosiguiéron despues aquellos Señores en beber; pero lo dexáron ántes del dia, porque como Don Pompeyo habia de hablar por la mañana al Ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El Marques de Zenete y mi amo se despidiéron de aquel caballero, abrazándole y dexándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostámos ántes de amanecer; y por la mañana mi amo me honró, añadiéndome otro nuevo empleo. Gil Blas, me dixo, toma papel, tinta y pluma, para escribir dos ó tres cartas que te quiero dictar, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dixe entre mí: esto se llama acrecimiento de títulos y de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas, dictándomelas su señoría. ¡El cielo sea loado! Voy,

como la triforme Hecates, á representar tres muy distintos personages. Tú no sabes, prosiguió mi amo, qué fin tengo en escribir estas cartas. Voy á decírtelo; pero sé callado, porque te va la vida en ello. A cada paso me encuéntro con gentes que me apestan, alabándose de sus felices aventuras; yo quiero sobrepujar á su vanidad, y para eso he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas, y leérselos quando ellos hagan necio alarde de sus conquistas. Esto me divertirá un rato, y seré mas afortunado que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas; y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú, añadió, procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé pues pluma, tinta y papel, para obedecer á Don Matias, quien me dictó un billete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dexaste ver en el sitio concertado. ¡ Ah Don Matias! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creía yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á Doña Clara de Mendoza.* Despues de este billete, me hizo escribir otro

como de una dama que sacrificaba un gran Señor al amor de su persona; y otro en el qual otra dama le decia que si estuviera segura de su discrecion y secreto, harian juntos el viage de Cytherea. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude ménos de decirle que la cosa me parecia demasiadamente delicada; pero me respondió secamente que nunca me metiese en darle consejos, miéntras no me los pidiese. Víme obligado á callar y obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo: metió los billetes en el bolsillo, y salióse de casa. Seguíle, y fuimos á la de Don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reynó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los festines. Todos los convidados contribuyéron á mantener viva la conversacion, unos con chistes, y otros contando historietas que les habian sucedido, siendo ellos mismos los héroes de ellas. No malogró mi amo la ocasion de que lo luciesen sus billetes y papeles amorosos. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que, á excepcion de su secretario, todos los demas pudiéron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan donosa lectura, habia uno que se llamaba Don Lope de Velasco. Era por casualidad hombre

grave y de juicio. Este, en vez de celebrar, como los otros, las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho la conquista de Doña Clara. Ménos que nada, le respondió Don Matias. Ella dió todos los primeros pasos. Vióme en el paseo; pagóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quién era yo; escribióme y citóme para su casa á la una de la noche, quando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introduxéronme en su quarto... lo demas no sufre mi discrecion que lo diga.

Quando Don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conociéron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos billetes, dixo á mi amo, mirándole con ojos torvos y ayrados, son absolutamente falsos, particularmente el de Doña Clara de Mendoza, de que haceis tanta ostentacion y pompa. No hay en España señorita mas reservada ni mas circunspecta que ella. Dos años ha que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en mérito personal, y apénas ha podido conseguir los mas indiferentes y mas inocentes favores: siendo así que se puede lisonjear de que si fuera ella capaz de dispensar algunos, á ningun otro que á él los dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlon. Convengo en que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballerito, con

que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. ¡Oh! eso ya es demasiado, interrumpió Don Lope. Dexémonos de truhanerías. Vos sois un embustero; y nunca os citó Doña Clara para su casa, ni de dia ni de noche. No puedo sufrir que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la discrecion deciros todo lo demas que mereceis. Y diciendo estas palabras, volvió broncamente las espaldas á todos, y se retiró con un ayre que anunciaba las malas conseqüencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un Señor de su carácter, hizo poco aprecio de las amenazas de Don Lope. ¡Gran tonto! exclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes, como Don Quixote de la Mancha, solo defendian la *sin par hermosura* de sus damas; pero este quiere defender la *sin par honestidad* de la suya: lo que me parece mayor empeño, ó á lo ménos mas risible extravagancia.

El retiro de Velasco, al que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atencion en ello, prosiguiéron alegrándose, y no se separáron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostámos á las cinco de la mañana. El sueño ya me vencia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huéspeda, ó por mejor decir, sin nuestro portero, que una hora despues me vino á despertar y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que pre-

guntaba por mí. ¡Ah maldito portero! le dixe bostezando, entre enfadado y dormido: ¿no consideras que solo ha una hora que me acosté? Di á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva de aquí á cinco ó seis horas. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa de importancia y de mucho apuro. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla; y echando mil pestes por la boca, fuí á ver lo que me queria el mozo que me buscaba. Amigo, le dixe, ¿qué negocio tan urgente es el que me ha procurado el poco gustoso honor de verte tan de mañana? Una carta, respondió él, que debo entregar en mano propia del Señor Don Matias, y es preciso la lea quanto ántes. Su contenido es de la mayor importancia, y así te ruego que me introduzcas en su quarto. Persuadido á que debia ser alguna cosa de grande conseqüencia, me tomé la libertad de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dixe, si le vengo á interrumpir el sueño; pero la importancia.... ¿Qué diantres me quieres? dixo enfadado. Señor, dixo entónces el mozo que me acompañaba, es una carta de Don Lope de Velasco, que debo poner en mano propia de V. S. Tomó el billete Don Matias, leyóle, y dixo con mucho sosiego al criado de Don Lope: hijo, yo nunca me levanto hasta mediodia, aunque conviden para la mayor diversion del mundo; mira si me levantaré á las seis de la

mañana para ir á reñir. Puedes decir á tu amo, que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos veremos en él. Dale esta respuesta; y diciendo esto, volvióse á zabullir entre las sábanas, y tardó muy poco en volverse tambien á dormir.

A las once y media se levantó y vistió con gran[illegible]dísima pachorra. Salió de casa, diciéndome que por aquella vez me dispensaba que le siguiese; pero no pude resistir á la curiosidad de ver en qué paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el Prado de San Gerónimo, donde ví á lo léjos á Don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y ví que se juntáron, y que un momento despues comenzáron á reñir. Duró mucho la riña, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por Don Lope, quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo; dexóle tendido en tierra, y se escapó muy satisfecho de haber tomado venganza. Corrí exhalado á Don Matias; halléle sin sentido y casi muerto: espectáculo que me enterneció, y no pude ménos de llorar una muerte de la qual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de eso y de mi justo dolor, no dexé de pensar en hacer lo que me convenia. Volvíme prontamente á casa sin decir palábra á nadie. Hice mi hatillo, en el qual por inadvertencia metí tambien algunas

cosillas de mi amo; y luego que lo llevé á casa del barbero, donde tenia depositado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido, siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oir; pero sobretodo fuí á contársela á Rodriguez. Este ménos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de Don Matias, mandóles que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantámos á Don Matias que aun respiraba; llevámosle á casa, y murió tres horas despues. Tal fué el trágico fin del Señor Don Matias, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos, fingidos y fabricados por él.

CAPITULO IX.

Del amo á quien fué á servir Gil Blas despues de la muerte de Don Matias.

Algunos dias despues del entierro de Don Matias, fuéron pagados y despedidos todos sus criados. Yo entablé mi alojamiento en casa del barberillo, con quien contraxe estrechísima amistad. Prometíame estar allí con mas gusto y mayor libertad que en casa de Melendez. Como tenia algun dinerillo, no me dí priesa á buscar nueva conveniencia. Por otra parte me habia hecho muy delicado en este particular. Ya no gustaba servir á

gente comun y plebeya; y aun entre la noble, queria primero exâminar bien el empleo á que me destinasen. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido á que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y petimetre.

Esperando á que la fortuna me presentase una casa qual me imaginaba yo merecia, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad, que dedicándome á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañámos los dos tan graciosa como pacificamente. No me pasó por el pensamiento volver á hacer el papel de Don César de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas quando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre Don César y Gil Blas; sobretodo hallándome bien calzado, peynado y afeytado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion la habia hablado. Exclamó luego que me vió: ¿qué milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño, porque creí que te habias muerto ó te habias perdido. ¿En siete ú ocho dias no has tenido tiempo para venir á verme? Bien se conoce que no abusas de las licencias que te conceden las damas.

Excuséme con la muerte de mi amo y con las ocupaciones que ocurriéron, añadiendo muy cortesanamente que aun en medio de ellas tenia siem-

pre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo así, me dixo ella, se acabáron ya las quejas, y te confesaré que tambien yo te he tenido muy presente. Luego que supe la desgracia de Don Matias, se me ofreció un pensamiento que acaso no te desagradará. Dias ha que oí á mi ama el gusto que tendria en encontrar un mozo que entendiese de cuentas y economía para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregase para el gobierno y gasto de la casa. Inmediatamente puse los ojos en su señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mí, respondí yo, que le desempeñaria á las mil maravillas. He leido las *Economías de Aristóteles;* y por lo que toca á llevar una cuenta, ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia, añadí, una sola dificultad tengo para entrar en el servicio de Arsenia. ¿Qué dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse, no servir jamas á gente comun; y lo peor es, que lo juré por la Laguna Stigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú quánto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quién llamas gente comun? replicó Laura con mucho sacudimiento. ¿Por quién tienes tú á las comediantas? ¿Parécete que son por ahí algunas Abogadillas ó algunas Procuradoras? Sábete, amigo mio, que las comediantas son nobles y archinobles, por los enlaces que contrahen con los primeros personages de la Corte.

Siendo así, la dixe, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinas; pero con tal que no me degrade, ni me haga ménos de lo que soy. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un petimetre al servicio de una heroina de teatro, es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma línea con las personas de la primera distincion: los mismos equipages, la misma mesa, y en el fondo es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un Marques y un comediante en el discurso de un dia, vienen casi á ser una misma cosa. Si el Marques en las tres partes del dia es superior al comediante, el comediante en la otra parte es muy superior al Marques, porque representa el papel de Emperador ó de Rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la Corte. Así es verdaderamente, respondí yo; sin duda que estais á nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí; y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro, repuso ella, y no tienes mas que volver de aquí á dos dias. Me tomo este tiempo, para ir disponiendo á mi ama á que te reciba. Hablaréla en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado á que lograré que entres en casa.

Dila las gracias por su buena voluntad, ase-

gurándola quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con expresiones tales que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decirla la llamaba su ama. Separámonos; y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de escupir en Corte. No dexé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando, me dixo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto, me llevó á una habitacion compuesta de cinco ó seis salas, á qual mas rica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Qué luxo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna Vireyna, ó por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo amontonadas en aquella. Lo cierto es que habia en ella lo mas precioso de todas las naciones, tanto que se podia definir con mucha propiedad: *el templo de una Diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y precioso de su respectivo pais.* Descubrí la deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso *désabillé*, y ocupaba sus bellísimas manos en acomodar un primoroso tocado para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, la dixo la criada, este es el mayordomo de que tengo ha-

blado; y puedo asegurar á vmd. que seria difícil encontrar otro que fuese mas á propósito. Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la fortuna de gustarla. Cómo así, Laura, exclamó ella, ¿quién te dió noticia de tan bello mozo? ya estoy viendo que me hallaré muy bien con él. Y volviéndose á mi: querido, me dixo, tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me conviene. Solo tengo que decirte una palabra: estarás contento de mí si me sirves bien. Respondíla que haria quanto estuviese de mi parte para darla gusto en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente, para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

CAPITULO X.

El qual no es mas largo que el antecedente.

Era poco mas ó ménos la hora de la comedia. Díxome mi nueva ama que la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entrámos en su vestuario, donde se despojó del vestido que llevaba, y se puso otro magnífico y como lo requeria su papel. Quando comenzó la representacion, me condujo Laura á un sitio de donde podiamos oir y ver perfectamente. Gustáronme poco los farsantes por la mayor parte, sin duda porque yá

estaba preocupado contra ellos, en virtud de lo que le habia oido á Don Pompeyo. Con todo eso fuéron muy aplaudidos, aunque algunos me hiciéron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de las comediantes y comediantas, conforme iban saliendo al teatro; mas no contenta con nombrarlos, añadia siempre algun repulgo satírico correspondiente á cada uno. Este, decia, es una mala cabeza; aquel un insolente. Aquella melindrosa que ves, cuyo ayre es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fué muy mala recluta para la compañía. Habia de ir con la que se estaba formando de órden del Virey de Nueva España, y partir incesantemente para la América; pero se quedó acá por nuestra desgracia. Mira bien aquel astro luminoso que se adelanta, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda; y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta Reyna de Egipto, podria haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin, á cada qual fué pegando Laura su parchecito, sin perdonar ni aun á su misma ama.

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza, estaba yo hechizado con ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. Hablaba de todos mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si

Arsenia necesitaba algo; y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y galanteos que la decian los hombres. Una vez fuí tras de ella para observarla, y ví que tenia muchos conocidos. Noté que tres comediantes, uno en pos de otro, la detuviéron para hablarla, y observé que usaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé á sentir lo que eran zelos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura me lo conoció luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dexé? Tienes una cara triste y sombría, que me da en qué pensar. Y lo peor es, reyna mia, que es con sobrada razon, la respondí. Me parece que andas algo suelta, y esto me da que pensar á mí mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes.... Aboir esto, dixo ella, soltando una grandísima carcajada: vamos claros, que es gracioso el motivo de tu tristeza. ¡Pues qué! ¿de tan poco te espantas? Esto es una friolera; y si estás algun tiempo con nosotros, verás otras mil bellas cosas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho ménos se usan zelos. En la nacion cómica los zelosos se llaman ridículos, y así apénas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos,

todos son la gente mas buena del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias, solicitándolas amistades, etc.

Despues de haberme exhortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de quanto viese, me declaró que yo era el único y feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me protestó que me amaria siempre y á nadie mas. Despues de una seguridad como esta, de la qual podia yo bien dudar sin miedo de que me tuviese por hombre muy desconfiado, la ofrecí no sobresaltarme por nada; y con efecto cumplí honradamente mi palabra. Aquella misma noche la ví hablar á solas, reir y divertirse con varios, sin dárseme un bledo. Acabada la comedia, volvimos á casa con nuestra ama; y poco despues llegó Florimunda con tres Señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Ademas de Laura, habia en casa otros tres criados, una cocinera, un cochero y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera, que á lo ménos tenia tanta habilidad como la señora Jacinta, el ama del Canónigo de marras, dispuso las viandas juntamente con el cochero y que era al mismo tiempo mozo de cocina. La camarera y el lacayuelo pusiéron la mesa; yo cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vaxilla de plata y algunos vasos de oro: votos ofrecidos á la Deidad de aquel templo. Adornéle tambien con diferentes botellas de vinos exquisitos,

haciendo de maestresala y de copero, á fin de mostrar que era hombre para todo. Admiréme de ver el porte y ayre de las comediantas durante toda la cena. Parecian unas damas de importancia, figurándose ellas mismas unas mugeres de la primera distincion. Léjos de dar á los Señores el tratamiento de *Excelencia*, no les daban ni aun el de *Señoría*, contentándose con llamarlos por sus nombres. Es verdad que ellos se tenian la culpa, porque se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de héroe, les trataba tambien con mucha familiaridad: brindaba freqüentemente á su salud, y hacia los honores de la mesa. A fe, dixe entre mí, que quando Laura me dixo que un Marques y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo y juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres y burlonas. Escapáronselas mil dichos tiernos, y algo mas, mezclados con favorcillos y menudencias, bien recibidas y mejor interpretadas por aquellos viejos pecadores. Miéntras mi ama se zumbaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre otros dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con los que tenia á su lado. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo, que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad, quando se sirviéron los postres y la fruta. En

tónces puse en la mesa las botellas de licores con los vasos correspondientes, y me retiré á cenar con Laura que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dixo: ¿qué te parece de esos Señores que hás visto? Sin duda, la respondí, pienso que son los amantes de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son dos cortejantes de profesion, que hacen el amor á todas sin fixarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos que pagan muy caro las friolerillas que se les conceden. Florimunda y mi ama, gracias á Dios, estan ahora sin amantes, quiero decir, de aquellos amantes que pretenden levantarse con la autoridad de maridos, y quieren para sí solos todos los gustos de la casa, precisamente porque hacen el gasto de ella. A mí me va bien con esta moda, y soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas cuenta tiene ganar poco á poco su equipage, que comprarle de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Quando á Laura la venia el prurito de parlar, y la venia casi siempre, era irrestañable. Nada la costaban las palabras, tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil aventuras que habian sucedido á las comediantas, y conocí por sus discursos que no podia estar yo en mejor escuela para entrar perfectamente en los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que

estos no causan horror, y añadíase á eso que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo descubria yo placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun en la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroinas de teatro, porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los Señores y el comediante se retiráron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que saliéron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome: toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras: procura tratarnos bien. Señora, la respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida á toda la quadrilla cómica. ¿Qué es eso de quadrilla? repuso ella. Mirá como hablas. No se debe llamar quadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una quadrilla de vagamundos ó de holgazanes; puede decirse una quadrilla de autores ó de poetas; pero guárdate de volver á decir quadrilla de comediantes. La nuestra es compañía, y sobretodo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre; solo á los cómicos de la legua se les puede llamar á veces una quadrilla. Pedí perdon á mi ama de haber usado una frase tan poco respetosa, suplicándola disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid, *colectivamente sumptos*, diria compañía, y jamas quadrilla.

CAPITULO XI.

Del modo con que vivian entre sí los Comediantes, y como trataban á los Autores.

Al dia siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por órden de mi ama compré buenos pollos, conejos, capones, y otros pescadillos de semejante especie. Llevé á casa comida que bastaria para hartar á doce glotones de profesion en los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Miéntras ella cuidaba de los guisados, se levantó Arsenia de la cama, y se metió en el tocador, donde estuvo hasta mediodia. Llegáron entónces los Señores comediantes, Ricardo y Casimiro. A estos se siguiéron dos comediantas, Constancia y Leonor; un momento despues se dexó ver Florimunda, acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo: el cabello roxo y rizado á la última moda; un sombrero á la inglesa, con su penacho de plumas en figura de ramillete; cálzones ajustados y de tela rica; chupa bordada con flores de oro, y medio abierta, por donde se descubria una finísima camisa con finísimos encaxes; guantes y pañuelo de Cambrai delicadísimo, depositados en la guarnicion

ó empuñadura de la espada; capa larga, terciada hácia las espaldas sobre el hombro, con mucho garbo y exquisita gracia.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien plantado, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible, decia yo entre mí, que no sea un hombre original este personage. No me engañé en mi concepto, porque era un carácter singular. Luego que entró en el quarto de Arsenia, corrió precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quién era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla, al ver por la primera vez al Señor Carlos Alfonso de la Ventolera. Voy á pintártele al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante. Retiróse del teatro por fantasía, y se arrepintió despues por razon. ¿Has reparado en su cabello roxo? pues sábete que es teñido, ni mas ni ménos como sus cejas y sus mostachos. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres,

quando nació, se olvidáron de hacer que se asentase su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo ménos. Fuera de eso, es el hombre mas satisfecho de sí mismo, que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una perfectísima ignorancia: y para hacerse sabio, encontró despues un cierto Preceptor que le enseñó á deletrear algunas palabras griegas y latinas. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos, se ha llegado á persuadir á que son suyos efectivamente. Hácelos venir á la conversacion, aunque sea arrastrándolos por los cabellos; y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor. Lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le he oido recitar; y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciacion tan afectada, y con una voz tan trémula, que da cierto ayre antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la Señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Queria hacer tambien del chistoso y discreto, sacando de la manga dos ó tres cuentos, que nos encaxó en tono muy estudiado y con todo el ayre de truhan. Las comediantas y los comediantes,

que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuviéron mudos por su parte. Comenzáron á divertirse á costa de sus camaradas ausentes, á la verdad de un modo no muy caritativo; pero este defectillo es menester absolutamente perdonárselo tanto á los comediantes como á los autores. Calentóse un poco la conversacion á expensas del próximo. ¿Habeis sabido, Madamas, dixo Casimiro, la nueva superchería de Lazarillo? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encaxes, disponiendo despues que un page se los presentase en el ensayo como de parte de cierta Condesa. ¡Gran maldad! exclamó el Señor Ventolera con cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno soñaba en semejantes ficciones. Es verdad que las damas, aun de mayor distincion, nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas; ántes bien las daba la fantasía de venir ellas mismas en persona á presentarnos sus regalos. Pardiez, repuso Ricardo, que esa fantasía aun no se las ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto.... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente quando entran en ellos personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplico á vmds. dexen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe. Hablemos un poco de nuestra Ismenia. He oido que se la ha escapado de las manos aquel Señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto, res-

pondió Constanza, y aun diré mas: tambien acaba de perder un rico mayordomo de cierta gran casa, á quien indubitablemente hubiera dexado sin camisa. Lo sé todo de buena parte. Su Mercurio hizo un fatal *qui pro quo*, trocando dos billetes, porque entregó al Señor el que era para el mayordomo, y al mayordomo el que escribia al Señor. Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda. ¡Oh! replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del Señor, es poco considerable. Al tal caballero le quedaba ya poco que dar, porque era cortejante antiguo; pero el mayordomo comenzaba ahora su carrera. No habia hecho aun sus caravanas, y así es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto se reduxo poco mas ó ménos la conversacion ántes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo, si hubiera de contar todas las especies que se tocárón, todas de murmuracion y de vanidad, el lector llevará á bien que las suprima, para referirle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor, que, por su desgracia, llegó á casa de Arsenia hácia el fin del convite.

Entró el lacayo donde estaban comiendo, y en voz alta dixo al ama: Señora, ahí está un hombre despilfarrado y mal vestido, que, hablando con el debido respeto, tiene traza de poeta, y dice que desea hablar dos palabras á vmd. Que suba y entre, respondió Arsenia. Sin duda,

Señores, añadió, que es algun autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia aceptada por la compañía, y traía el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Maya. Al entrar, hizo tres profundas reverencias á la compañía, sin que ninguno de ella se levantase, y ni aun siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una casi imperceptible inclinacion de cabeza. Fuése acercando un poco, pero siempre temblando y muy embarazado: cayéronsele de las manos los guantes y el sombrero; levantólos, y llegándose á mi ama, la presentó unos papeles con mas turbacion y rendimiento, que un litigante presenta á su Juez un memorial. Dignaos, Señora, la dixo, aceptar el papel que tengo el honor de ofrecer á vuestros pies. Recibióle ella con la mayor frialdad y con cierto ayre de desprecio, sin dignarse siquiera de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el qual aprovechando aquella ocasion de distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Rosimunda, quienes los recibiéron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia practicado Arsenia. Antes por el contrario, Casimiro le insultó con ciertas graciosas quemazones picantes; pero el buen Pedro de Maya las llevó en paciencia, y no se atrevió á retrucarle, porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra; pero á mi parecer

vivamente picado del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá dentro de sí no dexaria de apostrofar á los comediantes como merecian; y estos, despues que él salió, comenzáron á hablar de los autores como acostumbraban. Parécéme, dixo Florimunda, que el Señor Pedro de Maya no ha ido muy contento de nosotros.

Y bien, interrumpió Casimiro con viveza, ¿qué nos importa esto, ni qué cuidado os da? ¿Por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los hiciéramos iguales á nosotros, ese seria el mejor medio para echarlos á perder. Conozco bien á esos pobres diablos; y porque los tengo tan conocidos, sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos pues como esclavos, y no tengamos miedo de que los apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: el furor de escribir los hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios, si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dixo entónces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad; pues luego los hemos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer, se dan á la ociosidad y ya no quieren trabajar. Pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene ménos que sufrir.

Aplaudiéron todos uno y otro discurso, concluyendo que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les quedaban muy obligados; porque les eran deudores de todo lo que tenian. Así los abatian los histriones, haciéndoles inferiores á ellos; y ciertamente no podian despreciarlos mas.

CAPITULO XII.

Toma Gil Blas gusto al teatro, entrégase enteramente á los enredos de la vida cómica, y poco despues se disgusta de ella.

Los convidados se quedáron hablando sobremesa hasta que llegó la hora de ir al teatro. Entónces marcháron todos á él. Seguílos, y ví tambien la comedia que se representó aquel dia. Gustóme tanto, que resolví no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y contorsiones en las tablas, y no era yo solo de este gusto.

No me lo daba ménos la discrecion de las piezas, que el modo con que se representaban. Algunas verdaderamente me encantaban: sobretodo aquellas en que se dexaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los Cardenales, ó los

doce Pares de Francia. Aprendia de memoria muchos trozos de aquellos incomparables poemas. Acuérdome de que en dos dias tomé de memoria toda entera una comedia famosa, intitulada : *la Reyna de las flores*. La Rosa era la reyna, tenia por confidenta á la Violeta, y por escudero al Jazmin. No habia para mí obras mas ingeniosas que las parecidas á estas, persuadido á que hacian mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria, atestándola bien de semejantes maravillosas obras, sino que tambien me apliqué á perficionar el gusto; y para conseguirlo, escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba, y despreciaba todas aquellas de que les oía hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en esto de comedias, como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Maya fué muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silbarian. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y ántes quise creer que al público le faltaba gusto y sentido, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas nuevas comedias de que los actores tenian mala opinion, y por el contrario, silbadas de la mosquetería todas las que ellos celebraban mas. Decíanme que era

regla ó máxima suya general hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil exemplos de las piezas que habian desmentido sus magistrales decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

Jamas me olvidaré de lo que sucedió un dia en que se representó una comedia nueva. Habíales parecido á los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio se saldria ántes que se acabase. Con esta preocupacion representáron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admiróles mucho esto. Representáron la segunda, la qual aun fué mas aplaudida que la primera. Y he aquí á todos mis pobres actores desconcertados. ¡Cómo diablos es esto! exclamaba Casimiro. Representáron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dixo Ricardo. Yo sí, dixo entónces con mucha naturalidad otro comediante. A nosotros nos pareció que tendria mala fortuna esta comedia, porque no entendimos mil delicados pensamientos y mil finísimas gracias de que estaba llena.

Desde entónces dexé de tener á los comediantes por buenos jueces, y me hice justo apreciador de su verdadero mérito. Justificaban ellos mismos todo lo ridículo que la gente instruida motejaba. Veía yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los

quales, considerándose como personas de suma importancia y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos á que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me ví metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veía en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun quando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constanza, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Ademas de aquellos Señores ya viejos de que hablé ántes, concurrian á ella varios petimetres, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibian tambien á ciertos agentes de quienes se servian, los quales en vez de ser pagados por su trabajo, las pagaban á ellas porque se dexasen servir.

Florimunda vivia pared por medio de Arsenia, y todos los dias comian y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas, que causaban admiracion en gente de su oficio, y se creía que tarde ó temprano se romperia su union á causa de zelos, vanidad ó envidia; pero las conocian mal los que pensaban así. Era muy verdadera su amistad. En lugar de ser zelosas como las demas mugeres, hacian vida comun. Gustaban mas de repartir

entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á exemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dexando malograr lo mas florido de sus años. Habíame ella dicho que veria buenas cosas, y no me engañó. Con todo eso, yo no hacia del zeloso, por haberla prometido que procuraria imbuirme en el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarla el nombre de los sugetos con quienes la veía en conversacion particular. Siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡Oh, y quánta multitud tenia de parientes! Su familia debia ser mas numerosa que la del Rey Príamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus excursiones fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de quando en quando á representar el papel de Señora viuda en casa de la vieja de marras. En fin, Laura, por dar al lector una justa y precisa idea de su persona, era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que esta divertia al pueblo públicamente, y la criada solo lo divertia en privado. Cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia despedazado de crueles remordimientos, efectos de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la

disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores quanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzáron estos á causarme horror, gracias á las luces del cielo y á la docilidad de mi natural constitucion. ¡Ah desventurado! me decia yo á mí mismo: ¡es esto lo que esperaba de tí tu familia! ¿No te basta haberla engañado, habiendo tomado otra carrera que la de Preceptor? ¿El verte precisado á servir, te dispensa de cumplir con las leyes de cristiano y de hombre de bien? ¿Parécete que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reyna la envidia, la cólera y la avaricia; el pudor y la vergüenza estan desterrados de otros; estos se abandonan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto se acabó: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

FIN DEL TOMO I.

INDICE

De los Capítulos que se contienen en este tomo.

LIBRO PRIMERO.

CAP. I. Nacimiento de Gil Blas, y su educacion. Pág. 5.

CAP. II. De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor; lo que hizo quando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él..... 8.

CAP. III. De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en que paró, y como Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila..... 18.

CAP. IV. Descripcion de la cueva soterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas..... 23.

CAP. V. Del arribo de otros ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuviéron entre sí..... 27.

CAP. VI. Del intento de escaparse Gil Blas, y suceso de su tentativa..... 37.

CAP. VII. De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa..... 42.

CAP. VIII. Acompaña Gil Blas á los ladrones, y empieza su expedicion en los caminos reales..... 45.

CAP. IX. Del serio lance que se siguió á la aventura del Frayle..... 49.

CAP. X. De qué modo se portáron los bandoleros con la Señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y suceso que tuvo..... 52.

CAP. XI. Historia de Doña Mencía de Mosquera..... 61.

CAP. XII. Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la Dama y de Gil Blas..... 71.

CAP. XIII. Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adonde se dirigió despues..... 76.

CAP. XIV. Recibimiento que le hizo en Burgos Doña Mencía..... 81.

CAP. XV. De qué modo se vistió Gil Blas: del nuevo regalo que le hizo la Dama, y del equipage en que salió de Burgos..... 87.

YA 07002

135676

812l
hSi
v.1

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY